

ELVIRA GARCÍA

De Lunas Garapiñadas

Abrazando la memoria:
FRANCISCO GABILONDO SOLER CUENTA SU VIDA



*¡Ranita, dime cómo
puedo encontrar al gnomo!*



 FUNDACIÓN 
FRANCISCO GABILONDO SOLER
CRI-CRI



De Lunas Garapiñadas

Abrazando la memoria:

FRANCISCO GABILONDO SOLER CUENTA SU VIDA

ELVIRA GARCÍA

De Lunas Garapiñadas

Abrazando la memoria:

FRANCISCO GABILONDO SOLER CUENTA SU VIDA



Primera edición (1982). *De lunas garapiñadas Cri-Cri*

Segunda edición (1985). *...es Cri-Cri*

Tercera edición (2017). *De lunas garapiñadas, abrazando la memoria.*
Francisco Gabilondo Soler cuenta su vida

Primera reimpresión de la tercera edición (2017).
De lunas garapiñadas, abrazando la memoria. Francisco Gabilondo Soler cuenta su vida

Es una obra que forma parte de la Colección “Niños, Niñas y Jóvenes al Congreso” como un esfuerzo colectivo que encabeza el Consejo Editorial en coordinación con la Secretaría General; Secretaría de Servicios Parlamentarios; Dirección General de Servicios de Documentación, Información y Análisis; Centro de Estudios de las Finanzas Públicas; Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública; Centro de Estudios de Derecho e Investigaciones Parlamentarias; Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género y Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria de la Cámara de Diputados.

De Lunas Garapiñadas

Abrazando la memoria:

FRANCISCO GABILONDO SOLER CUENTA SU VIDA

D.R. © 2017, María Elvira García Espinosa de los Monteros

D.R. © LXIII Legislatura de la H. Cámara de Diputados
*Av. Congreso de la Unión Núm. 66. Edificio E, Planta Baja. Col. El Parque
Ciudad de México. Tel. 50360000 ext. 51091 y 51092
www.diputados.gob.mx*

D.R. © 2017, Fundación Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri, A.C.
Fundadores 21, Ciudad Satélite, Naucalpan, CP 53100, Estado de México.

D.R. © 2017, Imagia Comunicación S. de R.L. de C.V.
*Por características tipográficas, diseño gráfico y diseño editorial.
Facundo 1304, Col. Unidad Modelo, CP 44420, Guadalajara, Jal.
pedro@imagiacomunicacion.com*

Fotografía de portada: Rogelio Cúellar

ISBN: 978-607-96973-1-0

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las Leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante cualquier alquiler o préstamos públicos.

Impreso y hecho en México.
Printed and made in Mexico.

Para Alex y Bruno, mis nietos.

*Para los hijos, nietos,
bisnietos y tataranietos del
creador del Grillito Cantor.*

H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIII LEGISLATURA

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. Marko Antonio Cortés Mendoza
Presidente y Coordinador del Grupo Parlamentario del PAN

Dip. César Camacho
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Francisco Martínez Neri
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRD

Dip. Jesús Sesma Suárez
Coordinador del Grupo Parlamentario del PVEM

Dip. Norma Rocío Nahle García
Coordinadora del Grupo Parlamentario de MORENA

Dip. José Clemente Castañeda Hoefflich
Coordinador del Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano

Dip. Luis Alfredo Valles Mendoza
Coordinador del Grupo Parlamentario de Nueva Alianza

Dip. Alejandro González Murillo
Coordinador del Grupo Parlamentario de Encuentro Social

MESA DIRECTIVA

Dip. Jorge Carlos Ramírez Marín
Presidente

Dip. Martha Hilda González Calderón
Dip. Edmundo Javier Bolaños Aguilar

Dip. Arturo Santana Alfaro
Dip. María Ávila Serna
Vicepresidentes

Dip. Marco Antonio Aguilar Yunes
Dip. Alejandra Noemí Reynoso Sánchez
Dip. Isaura Ivanova Pool Pech
Dip. Andrés Fernández del Valle Laisequilla
Dip. Ernestina Godoy Ramos
Dip. Verónica Delgadillo García
Dip. María Eugenia Ocampo Bedolla
Dip. Ana Guadalupe Perea Santos
Secretarios

**H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIII LEGISLATURA**

CONSEJO EDITORIAL

PRESIDENTA

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. Emma Margarita Alemán Olvera, titular.

Dip. Luz Argelia Paniagua Figueroa, suplente.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. Adriana Ortiz Lanz, titular.

Dip. Miriam Dennis Ibarra Rangel, suplente.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. Ángel II Alanís Pedraza, titular.

Dip. Victoriano Wences Real, suplente.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Dip. Alma Lucia Arzaluz Alonso, titular.

Dip. José Refugio Sandoval Rodríguez, suplente.

GRUPO PARLAMENTARIO DE MORENA

Dip. Patricia Elena Aceves Pastrana, titular.

Dip. Virgilio Dante Caballero Pedraza, suplente.

GRUPO PARLAMENTARIO DE MOVIMIENTO CIUDADANO

Dip. René Cervera García, titular.

Dip. María Candelaria Ochoa Avalos, suplente.

GRUPO PARLAMENTARIO DE NUEVA ALIANZA

Dip. Carmen Victoria Campa Almaral, titular.

Dip. Francisco Javier Pinto Torres, suplente.

GRUPO PARLAMENTARIO DE ENCUENTRO SOCIAL

Dip. Ana Guadalupe Perea Santos, titular.

Dip. Melissa Torres Sandoval, suplente.

SECRETARÍA GENERAL

Mtro. Mauricio Farah Gebara

SECRETARÍA DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

Lic. Juan Carlos Delgadillo Salas

DIRECCIÓN GENERAL DE SERVICIOS DE DOCUMENTACIÓN, INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

Lic. José María Hernández Vallejo

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

SECRETARIO TÉCNICO

Mtro. José Luis Camacho Vargas

ACERCA DE LAS FOTOGRAFÍAS QUE
ACOMPANAN ESTE LIBRO

- ❖ La gran mayoría pertenece a los álbumes familiares de los hijos de Diana Gabilondo Patiño, quien me permitió conocerlos y fotografiarlos en 1981.
- ❖ Rogelio Cuéllar las reprodujo por primera vez ese mismo año.
- ❖ Dirk Meys las digitalizó en 2011.
- ❖ Los últimos retratos de Gabilondo Soler que aparecen en esta obra fueron tomados por Rogelio Cuéllar en 1980.
- ❖ El resto de las fotografías pertenece al archivo de la Fundación Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri, al acervo de Manuel Paz Rieger y a Bárbara Sanz Polo Gabilondo

AGRADECIMIENTOS

- ❖ A Diana y a Jorge Gabilondo Patiño, hijos de Francisco Gabilondo Soler, quienes me brindaron su amistad y material para realizar este libro.
- ❖ A Rosario Patiño Domínguez, quien fue el puente a través del cual llegué a Francisco Gabilondo Soler.
- ❖ A Fernando Curiel y a Edgardo Benítez, quienes en 1980 reconocieron el valor cultural de la obra de Gabilondo Soler y la necesidad de este libro.
- ❖ A la Fundación Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri, que me proporcionó documentos invaluableles que despejaron mis dudas.
- ❖ A Bárbara Sanz Polo Gabilondo; los recuerdos de su abuelo flotan por esta obra.
- ❖ A Andrés Ruiz, por su gozosa complicidad en la lectura y revisión de esta nueva versión.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| PRESENTACIÓN | 15 |
| PRÓLOGO. | 17 |
| ACERCAMIENTO | 23 |
| LA ABUELA, EL CENTRO DE SU VIDA | 41 |
| APRENDIZ DE TODO, OFICIAL DE NADA | 63 |
| UN GUASÓN MUY DULCE | 77 |
| LA RADIO EN UNA CIUDAD PROVINCIANA. | 91 |
| UN ELENCO ALREDEDOR DE UN GRILLO | 103 |
| EL ÉXITO LLEGA Y TAMBIÉN SE VA | 127 |
| DON JOSÉ Y DON LUIS, AMIGOS DE CRI-CRI | 149 |
| EL GRILLO VUELVE A CANTAR | 165 |
| ¿Y EL GRILLITO? EN LOS RINCONES | 189 |
| GABILONDO, CUENTISTA | 203 |
| ADIÓS, MAESTRO | 213 |
| LAS MARIPOSAS EN LA BARRIGA | 227 |

PRESENTACIÓN

ENCONTRAR LA forma de conversar con Francisco Gabilondo Soler no fue fácil. Por supuesto no lo era si carecías de imaginación, o si simplemente habías olvidado la infancia y los recuerdos que ésta deja.

Había que hacerlo con un espíritu sincero y franco. De esta forma cualquier conversación con él se tornaba fácil, pero sobre todo rica, solo si dejábamos a la vista todas las curiosidades existentes; desde temas científicos, hasta los que involucran a la imaginación y la fantasía. Todo cobraba importancia.

Elvira García encontró el puente que nos permite acercarnos y conocer mejor a Francisco Gabilondo Soler, no sólo a través de sus grandes pasiones como la astronomía, también transparentó al niño que siempre vivió en él; reveló que dentro de su vasto conocimiento, la imaginación estaba a flor de piel, y sus relatos muestran a la persona que permaneció detrás de un grillito que cantaba y contaba cuentos inesperados, con un pensamiento ágil, sin fronteras entre la fantasía y la realidad, que dejó un importante legado de identidades y valores para muchas generaciones, de México y del mundo hispanohablante. Un hombre sencillo, pero ejemplar, que trascendió aun sin el interés de ser recordado.

La autora también nos regala un recorrido muy significativo por la personalidad de los más cercanos colaboradores de don Francisco.

Francisco Gabilondo Soler siempre nos invitó, convivió, y compartió con nosotros su imaginación y sus grandes pasiones.

DIP. EMMA MARGARITA ALEMÁN OLVERA

Presidenta del Consejo Editorial de la H. Cámara De Diputados LXIII Legislatura



Fotografía: Rogelio Cuellar.

Francisco Gabilondo Soler y Elvira García

PRÓLOGO

ESTE LIBRO nació en la radio. No sólo en aquella que en los años treinta recibió a Francisco Gabilondo Soler, sino también en esa otra que a finales de los años setenta me invitó a crear *Retrato hablado*, una serie que produje y dirigí en Radio UNAM, que tuvo su primera etapa de 1979 a 1987, y en la que dediqué un serial al creador de Cri-Cri.

Para realizar dicha emisión, necesité conversar con el compositor. No fue fácil dar con él y menos convencerlo para que me recibiera, me contara su historia y me permitiera grabar su voz. Hacía décadas que no concedía entrevistas. Dio pocas a lo largo de su vida y en ocasiones terminó molesto con las preguntas de ciertos periodistas. Finalmente, con la ayuda de Rosario Patiño Domínguez, quien fue su primera esposa y representante hasta 1985, conseguí mi ansiada entrevista. Esto ocurrió en 1980¹.

Una vez que concluyó la transmisión de aquel serial acerca de Gabilondo, me di cuenta de que hasta esa fecha no existía ningún libro que se ocupara de la vida y la obra de ese hombre que enriqueció la fantasía de la niñez mexicana.

Por esa razón, a partir de 1981 dediqué buena parte de mi tiempo a recopilar datos de las distintas actividades que ese compositor realizó; también entrevisté a varias personas cercanas a él, cuyos testimonios me permitieron contextualizar la época en que surgió su trabajo en la radio. Así logré darle forma a este libro que privilegia al género de la entrevista como columna vertebral de su estructura.

Al respecto, me parece necesaria una observación: la gran virtud de la entrevista radiofónica —frente a la entrevista por escrito— es que permite *sentir* o *percibir* al personaje —disfrutarlo o

¹ Con la entrevista a Francisco Gabilondo Soler, prácticamente se inició la primera etapa de vida de *Retrato hablado* en Radio UNAM, y desde 2007 hasta 2010 la serie vivió una segunda época.



Francisco Gabilondo Soler y Elvira García

sufrirlo— gracias a eso que llamamos coloquialmente “el modo de platicar del mexicano”. En el caso de este libro, mi decisión fue respetar al máximo el lenguaje sencillo y directo de Francisco Gabilondo Soler y de otros personajes que aquí irán apareciendo, y que pondera la remembranza, el ejercicio de recordar.

El trabajo periodístico que he desarrollado durante poco más de cuatro décadas se basa principalmente en la entrevista; la predilección por ese género me ha permitido aprender que cuando el entrevistador corrige, adorna y edita a su entrevistado, éste pierde algo de su personalidad. Al cuidarlo y corregirlo tanto, quizás sus expresiones sean gramaticalmente correctas, pero le habremos quitado autenticidad y encanto a su hablar desparpajado y espontáneo.

Por eso he preferido mostrar al Gabilondo Soler que conocí, a ese hombre que se equivocaba, que olvidaba fechas, que titubeaba, que repetía, cortaba frases y que usaba muletillas que denotaban su edad, la época a la que perteneció y su origen veracruzano. Ese fue el Pancho Gabilondo que disfruté los dos o tres mediodías que me recibió en su refugio enclavado en un pueblo del estado de México. Y es ese el Gabilondo Soler que he querido retratar aquí.

La intención del presente volumen es hacer un reconocimiento al hombre que ha hecho cantar a generaciones y generaciones de niños a través de una obra que nació para motivar la imaginación y la fantasía. Es mi homenaje personal a Francisco Gabilondo Soler el aventurero, ese hombre renacentista que de manera autodidacta vivió en eterno aprendizaje a través de los libros y los viajes. Y desde luego, es mi reconocimiento al compositor de canciones, al escritor de cuentos para niños y al creador del Grillito Cantor, Cri-Cri, ese personaje que surgió justo dentro del contexto del nacimiento de tres grandes emporios: la industria radiofónica, la publicitaria y la del disco.

Francisco Gabilondo Soler tenía 73 años de edad cuando conversé con él en 1980. A partir de 1984, el olvido empezó a

apoderarse de zonas de su cerebro. Seis años después, falleció, dejando en la orfandad musical a millones de mexicanos que guardan en sus recuerdos de infancia un sinfín de aquellas obras. Se había ido el padre, el abuelo y el bisabuelo que nos enseñó a cantar y a imaginar.

Puedo afirmar sin temor a equivocarme que fui casi la última periodista a quien Pancho Gabilondo abrió casa, corazón y arcón de objetos y recuerdos. Con todo ello escribí la primera versión de este libro que apareció en 1982 y a cuya presentación acudió el mismísimo Francisco Gabilondo Soler, donde varios artistas interpretaron sus canciones. Mi obra vería una segunda edición en 1985.

Casi 30 años después de que se agotó la segunda tirada, la vida puso en mi camino a la Fundación Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri. Esa asociación civil jugó un papel fundamental para que yo empezara a darle vueltas a la idea de desempolvar mi libro. Oscar Gabilondo Vizcaíno, su presidente, y nieto del compositor, compartió conmigo no sólo cartas, grabaciones, cuentos, canciones desconocidas y fotografías nunca antes vistas; también me convidó recuerdos, paseos, confidencias y viajes a Orizaba que sacudieron del letargo aquella admiración que siempre he sentido por la obra de Pancho Gabilondo. Con ese tesoro recién descubierto, decidí abrir el archivo que durmió un largo sueño.

Empecé entonces un viaje al pasado: mi pasado y el del libro; mi pasado y el de Gabilondo Soler; mi pasado y el de la radio; mi pasado y el de México. Me senté frente a la computadora y, como si estuviese adherida a ella con pegamento imbatible, destacé la versión anterior y escribí nuevamente el libro que hoy ustedes están leyendo. Esta nueva versión es más íntima, más cercana al hombre que estuvo detrás de su creación; esta obra retrata al ser humano que acierta y se equivoca, que triunfa y luego padece, que se cae pero se levanta, siempre. Muestra al artista que le dio forma, sentido y personalidad al Grillito Cantor, un creador con

PRÓLOGO

inagotables recursos artísticos, poseedor de una curiosidad innata que lo motivó a estudiar y a observar las cosas sencillas y también las más complejas de la naturaleza. El libro, pues, es un acercamiento más íntimo a Francisco Gabilondo Soler, el niño perenne que paladeó la libertad en todos los órdenes de la vida, y al creador de una obra que cumplirá 110 años y seguirá viva.

ELVIRA GARCÍA



Francisco Gabilondo Soler y Elvira García

ACERCAMIENTO

UNA CARRETERA me llevó por zonas verdes y sin esmog. Al poco rato, tuve que abandonar el asfalto para entrar por una vereda que me condujo hacia un rudimentario camino bordeado de magueyes y nopaleras; esa brecha desembocaba en una ranchería con casas de adobe que se antojaban deshabitadas.

Pueblo silencioso, con unos cuantos moradores que no parecían tener más oficio que permanecer de pie en las esquinas, dejándose bañar por el polvo que levantaba mi auto al rodar por esas calles sin nombre.

El ruido del motor hizo ladrar a los perros que corrieron detrás del coche, en una persecución tan desesperante como absurda. Los niños, ventrudos y moquientos, aparecían por montones en las bocacalles, chupando paletas y mordiendo dulces, mientras las mamás se asomaban por las ventanas de las casas.

Empezó así, en aquel mediodía soleado, la lenta búsqueda de un hombre, si no olvidado, sí escondido en algún rincón de este pedazo de tierra dejado de la mano de los programas asistenciales y de los gobernantes. Ninguno de los habitantes del pueblo se atrevía a darme informes acerca de dónde podría yo encontrar al señor que buscaba; nadie se animaba a darme un norte al menos. Al fin, un muchacho me orientó, cuidando que otros no se enteraran de que rompía el pacto de silencio.

Así fue como llegué a la casa ubicada al final de una angosta calle. Era la Quinta Calyecac, una sencilla construcción asentada sobre un terreno de poco más de 500 metros. Ahí vivía el creador de Cri-Cri, el Grillito Cantor.

Toqué la campana, y mientras esperaba a que abrieran la reja vi que en medio del patio había una fuente con un chorrito que se hacía grandote y luego chiquito. De pronto, en el marco de la

puerta del comedor, apareció la robusta figura del señor que busqué durante largos meses, Francisco Gabilondo Soler.

Pancho Gabilondo salió del comedor y se echó a caminar hacia la reja. Sus pasos eran saltos pequeños, como los de una paloma; pero el cuerpo, el de un hombrón corpulento y con kilos de más, al que parecían pesarle las piernas; para aligerar la carga, apoyaba su humanidad sobre un negro bastón.

Mientras avanzaba por el corredor hacia mi encuentro, aproveché para observarlo: su cabeza lucía el cabello blanco, escaso y alborotado; su cara redonda estaba enmarcada por unas abundantes y albas patillas que brotaban desde el interior de sus orejas. El remate de ese rostro consistía en un par de ojos azules de mirar brillante, con pequeñas venas enrojecidas. Su ancha nariz soportaba con dificultad unos anteojos de armazón grueso, cuyos cristales tenían tal aumento que provocaban que las pupilas pareciesen enormes.

Francisco Gabilondo Soler por fin llegó hasta la verja. La abrió, me dio el paso, me saludó y gruñó algo ininteligible. Era la imagen de un oso dulce, algo torpe y hosco, pero amable. Paso a pasito nos encaminamos hacia el comedor. Nos sentamos frente a frente. Sobre la mesa había un mantel y encima una azucarera blanca por la que subían y bajaban, apuradas, dos o tres hormigas.

Un tanto resignado —o arrepentido— por haber aceptado esta entrevista en una época en la que ya no disfrutaba mucho del contacto con desconocidos, y menos con periodistas, inquiriere amablemente:

—¿De qué me va a preguntar? Por favor, que no sea acerca de en qué me inspiro, cuántas novias tuve, ni nada de eso; esas preguntitas de cajón tienen la virtud de... el Flaco, Agustín Lara, ¡se ponía furioso con ese tipo de cosas! Él tenía un carácter muy sui géneris, y hasta maltrataba a los periodistas. “¡Que digan lo que quieran!”, me comentaba... él sí era bravo con la

prensa. Yo lo traté mucho; a veces era muy cariñoso conmigo, y otras ni me hablaba, como si no nos conociéramos... era muy difícil.

—Así son los artistas, ¿o no todos?

—No, no todos. Pero no se crea, hay algunos muy complicados... Pero Gonzalo Curiel era un encanto.

Mientras explora el terreno por el que irán mis preguntas y observa mis tarjetas, que son muchas, me ofrece un café; se lo pide a Paula, su empleada doméstica, quien de inmediato pone manos a la obra en la cocina. Él también toma uno, y lo vamos saboreando. Rogelio Cuéllar me acompaña para tomar unas fotos.

—Muy bien. Ya terminé mi café, y ahora sí ya le voy a preguntar.

—Veo muchas tarjetitas, ¿no quiere mejor un chocolatito?

—No, gracias. Luego le acepto otro cafecito.

—Bueno. Paula, ya escuchaste. Ponle al rato a calentar su café. Ahora sí te estás ganando el cielo, Paulita. Así como la ve usted de chiquita, pues tiene tres hijos, uno de diez años de edad.

—Se apuró doña Paula, ¿eh?

—Pues sí, por este rumbo se apuran mucho. Ya a los 14 años ya son mamás. Ahora sí, dígame de qué se trata. Mire: ¡viene hasta con su cuestionario, muy bien armada!

—Bueno, quiero pedirle que haga una remembranza de su época de niño. Tengo un dato: nació usted en Orizaba, Veracruz, el 6 de octubre de 1907.

—Pues sí, si es que no se equivocaron mis papás, porque yo no estaba en condiciones de checar la fecha y el día... ¡jajaja! Uno sabe el dato de su fecha de nacimiento por... “díceres”...

—Pues no nos queda otra más que confiar en esos díceres...

—Ande, desayúnese unos frijolitos con cafecito negro; este queso es de por aquí del pueblo, lo puede tomar con confianza, está hecho limpiamente, no es queso comercial... Bueno, sí es comercial porque lo venden, ni modo que se lo vayan a echar a las gallinas; pero me refiero a que no es comercial, porque está

hecho con mucha limpieza; porque hay quien come queso y se va a visitar a san Pedro.

—Toda la población sabe dónde vive usted, pero no quiere revelarlo. ¿Cómo fue que decidió venir a esconderse acá?

—Me conocen todos porque aquí apenas hay unas cuantas casas... cómo no van a saber de mí. Decidí venir para acá gracias a una oportunidad que tuve para comprar este terreno; luego, poco a poco, empecé a construir mi casa y así me fui quedando aquí.

—¿Es cierto que la astronomía y la navegación le quitaron tiempo a Cri-Cri?

—¡Y las muchachas!... También fui pecador... Es muy difícil zafarse de eso, pero, pues así es la vida, ¿no cree? Y la gente decía extrañada: “¡Pero, cómo! ¿Cri-Cri de donjuán?” ¡Pues sí, era verdad!, aunque es una imagen que no se lleva, pero... me decía Alfonso Sordo Noriega: “Yo no sé cómo haces canciones para el sector ingenuo de la población, teniendo tú esa cara de bandido”.

—¿Y no compuso algunas canciones que hablaran de las mujeres y del amor?

—No... bueno, sí; allá por el año de 1925 o 1926, no recuerdo con exactitud, pero eran unas cosas muy mal hechas. Lógicamente, las primeras producciones son algo malas, es muy raro que a un principiante le salga algo bueno a la primera... claro, no niego la posibilidad, pero... ya cuando llegué a convertirme en Cri-Cri estaba yo bien fogueado en la música. Después de haber hecho algunos intentos de cancioncitas dizque románticas, luego me dio por la música de baile, entonces el *fox-trot* y el tango estaban muy de moda, y ¡por supuesto los danzones!, porque además soy de la tierra en la cual se baila mucho ese ritmo...

—Bueno, yo quisiera orientar...

—Usted coma sus frijoles y después se orienta; ándele, para que engorde y se ponga bonita; ahora las mujeres están tan flacas que parecen tísicas, puro pellejo con hueso... debe de ser un drama la vida de esas señoras que están obligadas a conservar la línea

y tienen que sacrificarse a comer menos cada día... es como la vida de los pobres boxeadores, ¿verdad?... esos sufren en el ring, pero antes de subir al cuadrilátero también padecen mucho, pues sus entrenadores los levantan en la madrugada para correr, no pueden comer más de lo indicado por el nutriólogo, llevan una vida de santos. Por eso es que, cuando ya tienen dinero, muchas veces se desbalagan...

—Usted también fue boxeador y practicó otros deportes...

—¡Puras chamacadas! Allá, antes de los 20 años de edad, me dio por boxear, torear y nadar, pero no profesionalmente... ¿quién se mete de profesión a eso!

—En realidad, cuando joven usted fue muy activo...

—Es la cosa del muchacho que anda... no se sabe a qué... buscando, buscando... quiere aprender y ser todo... eso es muy de los muchachos... inquietos... porque hay unos muy menos que nada anhelan y no pasan de maceta del corredor a lo largo de toda su vida. Bueno, quién sabe... a lo mejor sirven de eslabón, como sucede en la naturaleza, que si se deja descansar un terreno, al cabo de dos o tres años, ya produce muy bien. Me imagino que esa gente aparentemente inútil para la sociedad, es un eslabón; a lo mejor, después de dos o tres generaciones, a través de esa gente vuelve a fructificar el talento...

—Bueno, pero yo creo que...

—...la naturaleza jamás se equivoca, eso téngalo por seguro. Se equivoca uno, pero la naturaleza es infalible, ¡es una maravilla! Yo digo: ¿cómo diablos andan buscando platillos voladores?, se vuelven locos con su parapsicología cuando estamos rodeados de maravillas. Una simple planta nos ofrece doscientos casos de asombro... ya no digamos las estrellas, ¿no? Aquí pegadito a nosotros podemos palpar tantísimos fenómenos. Claro, la gente siempre se va a lo extraordinario, no se da cuenta que tenemos maravillas aquí cerquita y eso ocurre por falta de observación... Yo le dije un día a Pedro Ferriz Santacruz: “Tengo más de seis décadas de

estar observando el cielo, de día y de noche —porque también me interesan las nubes—, pero el día que vea yo un platillo volador te prometo que voy a hincarme delante de ti”... Cómo es posible que gente... ya no diga yo, sino profesionales del cielo, en toda su vida no han encontrado ovnis ni cosas por el estilo y, de repente, sale por ahí cualquier papanatas que dice que hasta habla con los viajeros extraterrestres, no sé si venusinos o marcianos... creo que venusinos, porque ya los científicos comprobaron que no hay vida en Marte y, pues, los otros planetas no tienen esperanza de vida porque está visto que son gaseosos, completamente gaseosos, pero por su misma naturaleza deben de ser así. Hoy día hay miles de adelantos tecnológicos para conocer el estado de los planetas... la electrónica es increíble, y quién sabe qué tanto llegarán a hacer...



Y mientras Gabilondo Soler lanzaba al aire esa incógnita, su imaginación viajaba montada en aquella oración, intentando quizás entrever qué tanto lograrán los astrónomos y otros científicos en unas décadas más; hasta qué planetas llegarán los expedicionarios espaciales y qué instrumentos electrónicos nos dejarán con los ojos cuadrados. Pero él ya no estará aquí para conocer, comprobar ni saborear todos esos hallazgos.

Si estuviese todavía entre nosotros, seguramente se habría enterado de que en el 2007 una sonda espacial, la Mars Express, de la NASA, descubrió que en Marte hay agua congelada en tal cantidad que podría inundar todo el estado de Texas. Que en el 2006, por decisión de la Unión Astronómica Internacional, Plutón perdió hasta su nombre y hoy se le denomina con un simple y triste número, el 134340.

Que a Xena, el planeta que figuraba en la lista para ser nominado como el décimo integrante de nuestro sistema solar, ya

también los astrónomos lo bautizaron con otro apelativo: hoy se llama Eris, como la diosa griega de la discordia. Que en el mismo año de 2007, una sonda espacial de la NASA —la Messenger— pasó por segunda ocasión muy cerquita de Venus, pero que nada más le echó un ojo, porque en realidad iba encarrerada hacia Mercurio, para tomarle fotografías, pues la NASA logró en 2010 que la Messenger entrara en su órbita.

Que las fotos que en 2007 tomó otra sonda, la Cassini, enviada por la Agencia Espacial Italiana, muestran que Hiperión, el mayor satélite de Saturno, es tan poroso que parece una esponja marina o un queso gruyere; pero ese descubrimiento no le resta belleza al sexto planeta, que gracias a los muchos anillos con los que se adorna seguirá gozando del título del más hermoso de nuestro sistema solar.

En fin, que si Gabilondo Soler estuviese vivo, sabría que Urano sigue ahí, en la fila de los planetas pequeñitos, pero que los científicos han encontrado que está dos veces más lejos del Sol que Saturno, lo cual prueba que los límites del sistema solar son inconmensurables.

Y Pancho Gabilondo, quien amaba tanto su tierra natal, Orizaba, hoy estaría fascinado y orgulloso al enterarse de que, desde hace un par de años, científicos de la NASA están usando las laderas de su volcán inactivo, en donde crecen árboles a gran altura, como una zona de pruebas que arrojará datos acerca de la posibilidad de sembrar y reproducir en Marte esos árboles, que existen a unos cuantos kilómetros del cráter del Pico de Orizaba. El proyecto, por más descabellado que parezca, está concebido para llevarse a cabo en el planeta rojo dentro de unos 60 años.



Pancho Gabilondo regresó de ese viaje instantáneo por sus ensañaciones y aterrizó de nuevo en el comedor de la Quinta Calyecac



Fotografía: Rogelio Cifellar.

Francisco Gabilondo Soler

para retomar el hilo de la plática. Hablaba y hablaba, haciendo apenas algunas pausas para jalar aire hacia su enorme caja torácica. El puro había afectado esos pulmones, que ya no eran más los de aquel muchacho que solía nadar a contracorriente en las frías aguas de los ríos de Orizaba.

Desde años atrás, su organismo comenzó a pasarle facturas acumuladas desde sus mocedades, aquellos tiempos de juventud y de locuras, excentricidades y aventuras. Sin embargo, Gabilondo había aprendido a sobreponerse de los achaques y a mirar más allá de sus marchitos ojos. Sabía que era anciano, entendía que no le quedaba mucho tiempo por delante, sin embargo, vivía la vida observando más el cielo que las calles; porque escudriñar en la inmensidad de la bóveda celeste constituyó su gran pasión desde la infancia.

—Usted, con su personaje Cri-Cri ganó dinero que seguramente invirtió en adquirir instrumentos para observar el cielo, ¿no es así?

—Sí, compré muchos aparatos, pero no tantos como hubiera querido; eran muy caros y no siempre tuve dinero. Al principio ganaba yo muy poco en mi programa de radio. Y luego, cuando grabé discos, ni le digo: me daban una miseria por concepto de regalías. Recuerdo que en una ocasión que se hizo una temporada en vivo con mis canciones me pagaron por derechos de autor la fabulosa cantidad de 60 pesos... sesenta pesos del año 1955... era de todos modos muy poco... y la temporada había durado casi tres meses. Claro, indirectamente esas presentaciones me hicieron bien, porque estaban fijando la imagen de Cri-Cri... Si por eso no me enojo: el otro día, uno de mis nietos que regresaba de Venezuela vino a verme, y me dijo muy asustado que allá había unos chocolates Cri-Cri... y yo pensé: bueno, pues de alguna manera esos chocolates le hacen bien a mi personaje, porque aquel que se come un chocolate Cri-Cri, tal vez después vea un disco de Cri-Cri y lo compre, ¿no cree?... tampoco hay que ser tan díscolo o agarrado... Hay que dejar que otros ganen.

—Nunca acabaría usted de cuidar a Cri-Cri...

—Ciertas cosas sí las tengo protegidas; por ejemplo, marcas de zapatos o ropa de niño, dulces o juguetes... yo no los hago ni quiero hacerlos, porque no soy comerciante, pero debo tener la marca registrada... y eso cuesta dinero, pero es un seguro; así me libro de que los Matusalém Yehuda se pongan a hacer negocio con el nombre de Cri-Cri... Con los dueños de la zapatería Canadá tuve hace años un problema: empezaron a hacer zapatos “Cri-Cri, El Grillito Cantor”, y que les echo luego luego al abogado. Resulta que una señora de Monterrey, muy viva, les había vendido la marca; ella registró el nombre de “El Grillito Cantor” como de su propiedad. Tuvimos que levantar acta notarial en las tiendas donde se vendían esos productos y, total, llegamos al acuerdo de que ni ellos ni yo íbamos a hacerlos... Bueno, fue un lío espantoso... Y algo parecido ocurrió con Calzado Blasito, que utilizó mi *Conejo Blas*... Pero le digo, en todas partes hay gente muy conchuda, muy fresca... ahí está el Güero Padilla, que tuvo la desfachatez de registrar *La Adelita* como suya. Pero cómo, si cuando nació *La Adelita*, ¡ni siquiera había llegado al mundo el Güero Padilla!... ¡Te digo que hay muchos conchudos! Otro que estuvo peor —a ese sí lo mandaron a paseo— llegó a la Secretaría de Educación Pública con la intención de registrar *Cielito lindo*, que es una canción española del siglo XVI, pero tomó carta de naturalización mexicana; como *La paloma*, que todos creen que es mexicana, pero es cubana.

En un tris, Pancho Gabilondo acababa de hacer un veloz recorrido por algunas anécdotas que rondan la historia de la canción popular. Con esa lección aprendí de aquellos que se han querido pasar de vivos; también, de cuánto había leído él sobre música, de la buena memoria que poseía y de por cuántos senderos se bifurcaba su mente.

—Si usted ahora cambiara de opinión y permitiera que utilizaran el nombre Cri-Cri para zapatos, dulces y otros productos...

—No, ¡sería un choteo!, como ha pasado con la obra de Walt Disney en los Estados Unidos. Prácticamente, Disney tuvo muy buenos aciertos, sobre todo cuando él mismo manejaba sus cosas; pero después de ese fracaso tan fuerte con la película *Fantasía*, se formó una compañía en la cual los intereses eran completamente ajenos a los de Disney... Bueno, ellos —los hermanos Disney— ya murieron, pero la empresa ha seguido trabajando con las bases de los fundadores, nada más que ahora es una cosa muy deshumanizada: producen todo comercialmente y han creado su Disneylandia, y tienen otro más en Florida, y querían hacer uno más acá en México. Pero cuando llegaron a nuestro país, las autoridades les dijeron: “bueno, está muy bien que sus cosas sirvan en Estados Unidos, pero aquí tienen que servir las de Cri-Cri”. Entonces quisieron saber quién era Cri-Cri. Lo averiguaron y se fueron muy asustados, porque encontraron que lo más popular en México es Cri-Cri y no los personajes de Disney.



Fue cierto lo que afirmó Gabilondo Soler. El productor, guionista y animador Walt Elías Disney vino, preguntó, se enteró y regresó a su país, sin negocio para echarse a la bolsa. Seguramente no se retiró asustado, pero sí convencido de que aquel momento —los años cincuenta— no era el mejor para intentar desbancar a Cri-Cri en su propia tierra. Como tampoco podía ser esa la ocasión más oportuna para asociarse con él y llevar al cine al Grillo Cantor. Disney se dio cuenta de la gran fuerza que tenía Cri-Cri entre los niños mexicanos, así como del respeto y cariño hacia su creador. Y dejó todo por la paz.

Lo que Pancho Gabilondo no me dijo durante aquella entrevista fue que Walt Disney quiso hablar personalmente con él, con

la intención de proponerle una película con todos sus personajes. Carlos Amador, productor de cine mexicano, se ofrecía de puente para acercarlos.

Gabilondo simplemente se negó a recibirlos. Quien los atendió —y esto me lo contó muchos años después Oscar Gabilondo, uno de sus nietos y presidente de la fundación que lleva el nombre del abuelo— fue doña Rosario Patiño, en ese entonces esposa y representante del creador de Cri-Cri. Ella le expuso a Disney que Gabilondo Soler se negaba rotundamente a llevar sus personajes hacia un ámbito distinto al radiofónico. Tanto el Grillo Cantor como la Patita Fea, el Ratón Vaquero y cientos más que hemos conocido, nacieron para vivir en el amplio y libérrimo territorio de la imaginación, en ese espacio donde no hay fronteras ni etiquetas. Y ahí quiso Gabilondo Soler que permanecieran.

—¿Y sus nietos son igual de imaginativos que usted?

—No; ni mis hijos ni mis nietos me han salido muy imaginativos. Excepto mi hija Diana, que ese es un Cri-Cri con faldas. A ella todavía le gustan los muñequitos y los cuentos, y tiene unas ideas muy aniñadas y va a cumplir 50 años. Es un Cri-Cri con faldas, le digo.

En aquel 1980, Pancho Gabilondo hablaba en presente al referirse a su hija Diana. En esa época, ella vivía. Y efectivamente, era tan fantasiosa como su papá. Fue la más apegada a él, su consentida. Sin duda, heredó su talento literario y lo puso en práctica.

—Los cuentos y canciones que usted creó han llegado a cuatro generaciones de niños...

—Si se cuentan biológicamente, sí; pero si se considera que cada año nacen miles de niños, entonces nunca acabaremos de hacer la suma. Son tres generaciones porque yo actualmente tengo hasta bisnietos; así que son mis hijos, mis nietos y mis bisnietos... y todavía en enero los Santos Reyes me trajeron a Lilly, una bisnieta más.

—Usted es una especie de padre, abuelo y bisabuelo de los mexicanos, ¿qué dicen sus nietos y bisnietos de eso?

—Pues supongo que les da gusto. Mi bisnieto Topetito es el más noble; ha sido el que más interés ha demostrado por mi obra. Bueno, mi descendencia femenina siempre ha sido un poquito más afecta a Cri-Cri. Los hombres son más desapegadotes, se han interesado en otros asuntos, y está bien. Aquí aplica el famoso dicho de “en casa del herrero, azadón de palo”. Imagínate, si tu papá es ingeniero, el hijo ingeniero y el nieto ingeniero, pues hígole... ¡qué aburrida esa vida!, así que, por ese lado, qué bueno que mis nietos y bisnietos tienen otros intereses.

El bisnieto al que se refirió como Topetito era un adolescente en aquel entonces, y efectivamente, heredó los genes artísticos del bisabuelo. Se llama Jesús Antonio Topete Sanz Polo y es músico, y de los buenos. Sus padres son Bárbara Sanz Polo Gabilondo —hija de Diana Gabilondo— y el tenista Jesús Topete. Don Pancho ya no vivió para escuchar la obra de su bisnieto y ponerse feliz con sus éxitos musicales.

—¿Y los bisnietos saben canciones de Cri-Cri?

—Sí, y se las saben mejor que yo, porque a mí hay cosas que ya se me olvidan...



Francisco Gabilondo reconocía sin pena alguna que, estando ya casi al final de su fructífera vida, la memoria le empezaba a jugar malas pasadas hasta con algo tan familiar como las canciones que él mismo creó. Además, las piernas no le respondían como antes y por eso apenas si se animaba a dar unos cuantos pasos por la casa. Durante nuestra conversación se levantó de la silla, con dificultad, en una o dos ocasiones, sólo para llevarme a conocer los juguetes que pertenecieron a su abuela y a su madre; juguetes que él atesoraba.



Francisco Gabilondo Soler

Recargado en la mesa permanecía el bastón negro que le servía de apoyo cada vez que quería sostener ese cuerpo que en otros tiempos fue de atleta y robó suspiros de las damas. Ya en los años ochenta su figura era la de un abuelo que, en un lento viaje hacia el pasado, mientras observaba cómo las hormigas se robaban el azúcar, desgranó frente a mí su vida y sus recuerdos al ritmo pausado que le dictaba su dificultosa respiración.

—¿Todavía compone canciones?

—Más bien, recompongo; luego me doy cuenta de que alguna tiene sus defectitos y la empiezo a cambiar... es que es muy difícil que una canción salga a la primera sentada. Hay piezas a las que, con el paso de los años, les he encontrado ciertos problemas en la música o en la letra, defectos muy chiquitos, si usted quiere, pero las arreglo haciéndoles modificaciones también pequeñas, porque el público no va a dejar que uno le cambie las canciones completamente; él las quiere tal y como las conoció originalmente.

—Entonces, en las nuevas ediciones de sus discos, ¿ya están las canciones corregidas?

—Sí, claro, y seleccionadas, por supuesto, que es como tienen aceptación mis canciones. Porque el sistema moderno de hoy es distinto: se graba un disco de una persona equis, y se incluyen en él dos piezas fuertes, las demás son de relleno. Mis discos nunca han llevado relleno; todos los números tienen su valor, y así han gustado a la gente.



Era abril de 1980 cuando Francisco Gabilondo Soler me permitió entrar a su casa y a la intimidad de sus reflexiones acerca de cuánto estaba cambiando el mundo frente a sus ojos. Si ya en ese año a él le parecía que había exceso de medios de comunicación, imaginemos qué pensaría hoy si conociera la variedad de nuevas

herramientas y se diera cuenta de la inmediatez del fax, los satélites, la Internet, el teléfono celular, el iPod, las *tablets*, el Facebook y el Twitter, medios y redes que han revolucionado y vuelto instantánea la comunicación humana.

En 1990, el último año de vida de Francisco Gabilondo Soler, la máquina de transmitir faxes, la contestadora y las computadoras ya se habían instalado en casas y oficinas, facilitándonos algunas tareas y acortando distancias. Dos años después de la muerte del creador de Cri-Cri, comenzó a masificarse la Internet en México para cambiar radicalmente nuestros códigos de comunicación cotidiana.

Estoy casi segura de que todos los inventos que precedieron a la Internet no le hubiesen emocionado demasiado; sin embargo, es posible que el acceso al ciberespacio le encantara, sobre todo por la gran libertad de expresión que la web permite a los niños y a los jóvenes. En la Internet, por cierto, es posible encontrar sitios oficiales y no oficiales creados por gente que admira la obra que Gabilondo Soler creó para los infantes. Esos cibernautas suben a la red los cuentos y las canciones de Cri-Cri, con el objetivo de que sigan vivos entre las nuevas generaciones. No buscan remuneración alguna, sólo que alguien más conozca, aprenda y cante sus canciones.

—Usted siempre dejó que la gente imaginara a Cri-Cri... No se ha roto la fantasía...

—Y también es que la he defendido: no me he prodigado, verá usted que no hay muchos discos: a pesar de tantos años de trabajo y de tantas canciones que compuse, no he pasado de ocho. Tal vez el próximo año grabe el noveno, porque me han estado insistiendo mucho². Y sí, todavía hay algunas canciones que vale la pena grabar... Pero la verdad es que siempre le he dado a la gente el Cri-Cri a cuentagotas, porque es el modo de defender mi obra y de evitar el hastío. Si tú comes diario caviar y champaña, llega un

² Hasta 1990 dejó grabados nueve discos de canciones.

momento en que mandas eso al demonio y pides tus frijoles. Y yo siempre fui muy parco, ¡para qué tanto dinero!, ¿qué hace luego uno con él? ¡Puras tonterías!



No era una buena idea pedirle a Francisco Gabilondo Soler que me platicara, en orden cronológico, todas las actividades que realizó a lo largo de su vida. Él conversaba así, desparpajado, sin que le importara mucho la cronología de las pasiones que abrazó en sus días de juventud. Desde su más tierna edad, este hombre emprendió cuatro o cinco tareas de manera casi simultánea y, además, para el año de nuestro encuentro había olvidado las fechas. Así que no me quedó más remedio que buscar por otras fuentes.



Archivo. Fundación Francisco Gablindo Soler.

Emilia Fernández Flores

LA ABUELA, EL CENTRO DE SU VIDA

PERO A quien jamás olvidó fue a su abuela, ni todo lo que le dio y enseñó en su infancia y adolescencia. Ella estuvo en su vida desde el día en que él llegó al mundo, el 6 de octubre de 1907. Panchito, como le llamaba su abuelita, fue el primogénito del matrimonio que formaron don Tiburcio Gabilondo Goya y doña Emilia Soler Fernández, dos miembros de la aristocracia orizabeña.

—¿Cómo era el ambiente de su casa de infancia, cómo vivió usted en Orizaba?

—Yo vivía en la casa de mis padres, pero mi encanto era pasar todo el día en la de mi abuela Emilia. Ella tenía una casona vieja, tal vez un poco parecida a ésta en la que hoy vivo; no la recuerdo bien, pero sí conservo la imagen de que allá en el traspatio existían varios cuartos con trebejos; además, se podía uno trepar a la azotea y disfrutar de un paisaje muy hermoso. Yo hacía eso con frecuencia. Por aquel tiempo, Orizaba era una ciudad muy pequeña y desde allá arriba, en la azotea, se alcanzaba a divisar la vía del tren... por ahí pasaba la maquineta echando humo de algodón. Y en la capilla que estaba adosada a la propiedad de mi abuela vivían muchas palomas... así nació entonces la canción de *Los palomos*... Y el ropero, ni se diga; ese mueble todavía hasta hace poco tiempo se encontraba en casa de mis hermanos; mi abuelita siempre lo tenía lleno de un montón de cositas; lo que yo veía ahí dentro significaba un tesoro para mí... y de esos recuerdos viene la canción de *El ropero*... y *La muñeca fea*, pues ahora la tiene Charo Patiño³, porque la va a llevar a que la arreglen y le pongan un peinado y un vestido de acuerdo a su época; es una muñeca de porcelana, finísima, que perteneció a mi abuela... Y el libro de

³ Rosario Patiño, su primera esposa, falleció el 14 de julio de 1988.

mil estampas aquí lo tengo. Las cosas que se perdieron fueron los vestidos de frufú, que estaban hechos con una seda muy gruesa; las damas elegantes usaban ese tipo de ropa; el nombre del vestido se debía seguramente a que, cuando las señoras caminaban, la seda del vestido rozaba entre sí y hacía el ruidito: frufú. Claro que para los niños de hoy esa palabra ya no tiene sentido, pues esa moda ya no existe... Y la espada... pues ésa quién sabe dónde quedó; era la espada de mi abuelito materno, que fue coronel. Mi hija Diana la ha buscado por todos lados, pero sepa Dios dónde habrá quedado, tal vez en la casa de algunas de las exesposas de mi tío Enrique, quien también fue militar... carrancista, para más concreto. Mi abuelo, no; él fue de la época de don Porfirio Díaz, porfirista ciento por ciento...

—¿Y cómo era la Orizaba de su niñez?

—En aquel tiempo era muy agradable; en tres zancadas ya estaba uno en el río, jugando con el agua o trepándose al cerro que estaba por allí cerca; todavía en ese tiempo había muchos árboles de guayabas silvestres... ¡yo me daba unos atracones de miedo!

El cerro al que Pancho Gabilondo hace alusión se ve desde cualquier parte de la ciudad, pero se hace más presente desde la Alameda. Conocido por los orizabeños como Del Borrego, es una imponente mole que vigila toda la ciudad y se extiende por tres municipios. Actualmente esa histórica montaña es un área natural protegida. En el pasado fue escenario y testigo de varias batallas. Se encuentra a 1700 metros sobre el nivel del mar. En su cima hay un museo que relata el papel que ese montículo ha tenido en la historia y la defensa de Orizaba.

—¿Y qué recuerda de las calles de su tierra?

—Pues me acuerdo mucho que corrían carretelas, por allá en 1917, cuando yo tendría como diez años de edad. Recuerdo que había de dos tipos: las de bandera azul y las de bandera roja; las de roja eran las más viejitas, las más populares; en las de bandera azul el viaje costaba 60 centavos la hora, y en la roja apenas 30 o 40.

Parece muy barata la hora, pero eran 60 centavos oro, así que más o menos equivaldría a 65 pesos de hoy hacer un viaje en carretela de bandera azul. Y cuando platico este recuerdo la gente me dice: “pero qué poquito costaba todo”. Pues no, porque, ¿cuánto ganaba la gente? Poco. O será que el salario del trabajador mexicano siempre ha sido muy bajo.



Para disfrutar a Gabilondo Soler había que despojarse de la solemnidad y la formalidad que nos imponemos como adultos. Porque después de la primera impresión que intentaba sostener, como de hombre hosco y refunfuñón, Pancho Gabilondo bajaba la guardia y se convertía en un anciano-niño, que emocionada y lentamente reconstruía pasajes de su vida. Para saborear con él los recuerdos, era mejor intentar contagiarse un poco del sarcasmo, del sentido del humor y de su fantasía, de la que fue privilegiado poseedor.

Mientras hablaba a ritmo pausado en lo que fue más bien un soliloquio, Francisco Gabilondo Soler descansaba su robusto cuerpo sobre una frágil silla de la cocina. Apoyaba sus rollizos brazos sobre la mesa, mientras los gruesos dedos de sus manos despojaban un puro de su envoltura y cortaban la punta. Luego tomó un cerillo, lo encendió y con parsimonia lo acercó a ese puro tan bien nutrido como él; aspiró el sabor de la hoja del tabaco y lanzó una voluta de humo que viajó sobre la mesa y huyó hacia el patio.

Ni con ese humo las hormigas abandonaron su fervorosa tarea de robar granos de azúcar. Pancho Gabilondo las miraba, las seguía con la vista en su apresurada carrera y, en lugar de correrlas, les ponía unos cuantos granos más en la mesa “para que no se fatiguen subiendo y bajando tanto”. Él estaba aquí abajo,

observando el mundo de los insectos, pero su mente seguía instalada en aquella casa de la abuela, de la que tanto se escucha en sus canciones.

—Entonces, las imágenes que usted conserva más vivas son las que tienen que ver con su infancia al lado de la abuela...

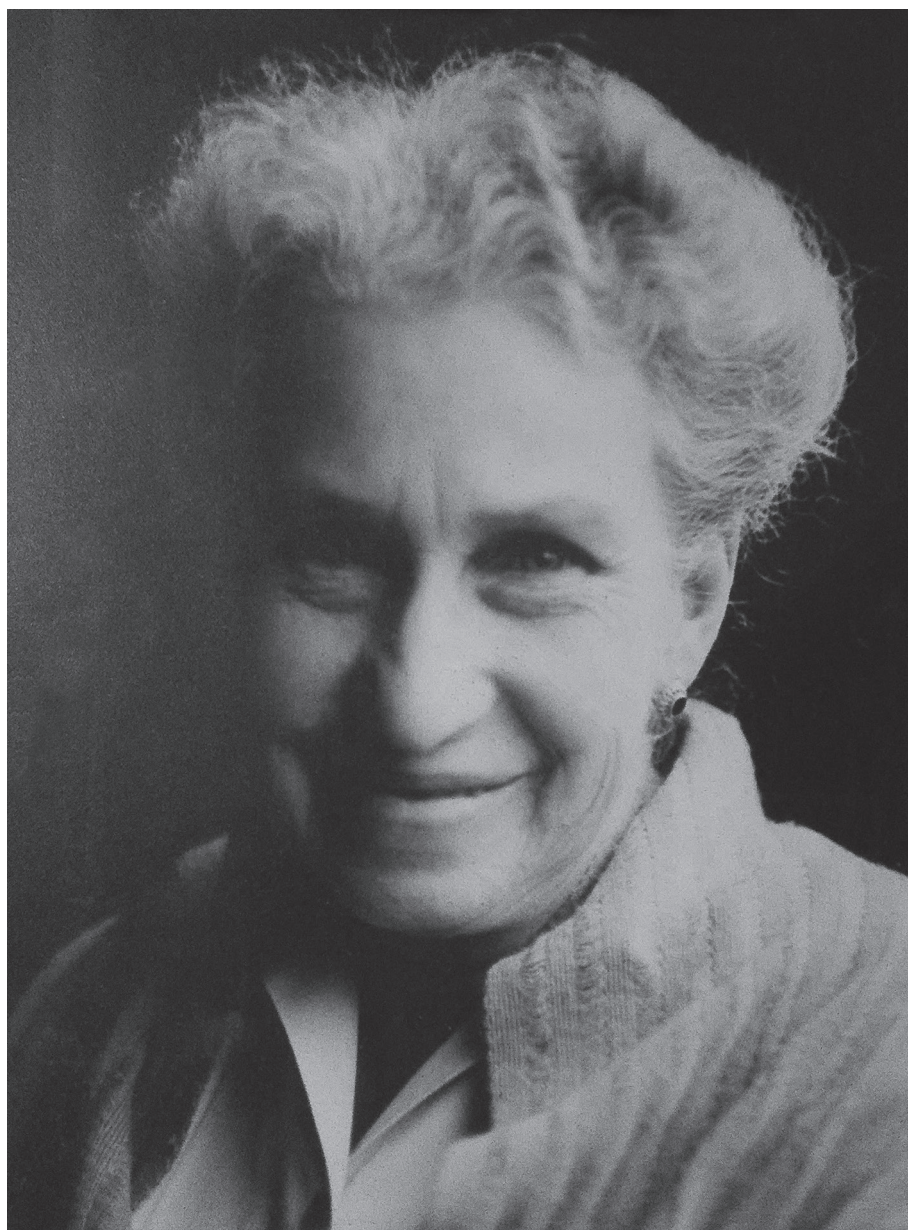
—Esa es la verdadera cuna de Cri-Cri. Mi abuela era muy niña, le gustaba invitar a los hijos de los vecinos y, desde luego, a mí. Se ponía a contarnos cuentos y nos hacía unas representaciones que consistían en lo siguiente: ponía una sábana en la puerta, detrás de ella una lámpara y de ese modo nos hacía figuras en las sombras; luego cantaba, tocaba el piano un poquito, como toda la gente de ese tiempo; además, nos hacía teatro con títeres... y, bueno: ahí estaba naciendo Cri-Cri.



De los cuatro hijos que procrearon Tiburcio Gabilondo Goya y Emilia Soler Fernández, el único que logró larga vida fue Francisco. Sus tres hermanos —dos varones y una mujer— murieron muchos años atrás. Además, para 1980 prácticamente todos sus familiares contemporáneos a él —o mayores— habían fallecido. Tendría yo que buscar algún sobreviviente que pudiese ayudarme a reconstruir cómo fueron la infancia y la adolescencia de don Pancho Gabilondo.

Gracias a Rosario Patiño tuve la suerte de conocer y encontrarme con la única tía que le quedaba a él por parte de su familia materna. Se trababa de doña Carmela Soler Fernández, hermana de su madre, una hermosa mujer que tenía 86 años de edad cuando la visité.

Esta tía fue una de las personas que más cerca estuvo de la infancia del compositor. Con ella conversé en su casa de la Ciudad de México. Poseedora de una memoria fotográfica que no



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler

Doña Carmela Soler Fernández

estropeaban los años, la tía Carmela habló con admiración de su sobrino preferido, Panchito.

—¿Cómo era Orizaba en 1907, cuando nació su sobrino, y cómo era la vida de la gente de aquel tiempo?

—En aquella época había una sociedad muy escogida. Existía una gran división de clases, como ocurría antiguamente en la provincia; sin que se menospreciara a los que no tenían dinero, pero sí había una muy marcada división social.

La tía Carmela, que vivía por las antiguas calles empedradas de San Ángel, en una casa pequeña y un tanto oscura, con paredes teñidas de rojo ladrillo, recordó el origen de la familia Soler. Dijo que su papá, el coronel José Antonio Soler del Mazo, era un catalán que llegó a Orizaba en 1861 y se naturalizó mexicano:

—En una época en que había invasiones francesas, inglesas y españolas. Llegó con las tropas españolas al mando del general Juan Prim. No le pareció seguir la causa con la que había llegado a México, que era la de instaurar una monarquía en el país, y entonces se pasó al Ejército Mexicano. Anduvo en campaña con don Porfirio Díaz, como integrante del Ejército de Oriente.

El coronel Soler del Mazo, efectivamente, llegó a Veracruz a inicios del conflicto armado por el cual desembarcaron tropas españolas e inglesas como aliadas de Francia para exigir al gobierno de Benito Juárez el pago de la deuda externa. Esta Segunda Intervención Francesa ocurrió entre 1862 y 1867.

Doña Carmela Soler Fernández se acordaba muy bien de cómo era su mamá, la abuelita de Francisco. La calificó como una señora “muy angelical y sencilla”.

—Mi mamá nació en Tlacotalpan, Veracruz. En la vida de Panchito, mi sobrino, ocupó un gran sitio; él dice que fue su musa. Ella lo quiso mucho, pues fue su primer nieto. Mi madre era muy dulce, muy paciente; le contaba cuentos, le tocaba el piano.

Efectivamente, ella fue el origen de muchas de las canciones de Cri-Cri.

—¿Y el coronel Soler, su papá, cómo conoció a su mamá, doña Emilia?

—Como le digo, él se naturalizó mexicano, pero en ese tiempo aún no sabía de la existencia de mi mamá. Después, ya retirado del Ejército Mexicano, se estableció en el puerto de Veracruz, donde puso una fábrica de licores. Tenía derecho a usar el uniforme, pero ya estaba retirado; no sé qué edad tendría cuando conoció a mi madre, pero recuerdo que cuando yo era muy niña mi papá era muy mayor de edad, le llevaba muchos años a ella.

Luego de “colgar” las armas, y sin dejar de usar el uniforme ni el grado militar, puso manos a la obra y abrió la licorería que bautizó como El Águila.



—Cuénteme algo de los Fernández Flores, la familia de su madre...

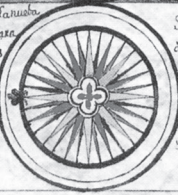
—Pues mire, mi mamá tuvo tres hermanas y dos hermanos. El cuidado de todos ellos estuvo a cargo de sus tías maternas. Su papá era andaluz, comerciante también. Luego él murió cuando los hijos estaban muy pequeños; falleció en un accidente, creo que ocurrió en la época en que empezó la novedad del ferrocarril en Veracruz. Según me platicó mi mamá, su padre intentó cruzar de un vagón a otro, el tren le lastimó una pierna, pero nunca quiso operarse, dijo que no quería ser un hombre inútil. Y así lo dejaron. Finalmente murió de gangrena, así que mi mamá y el resto de sus hermanos se quedaron con sus tías y su abuela.

Llama la atención cómo, a lo largo de la historia de las familias Soler y Fernández Flores, se repetirá el hecho de la pérdida temprana de los progenitores, la madre o el padre. Era común que eso ocurriera en muchas familias en México y el mundo de



La Cabeza de Orizaba está demarcada sobre campo amovible, la cual
 se divide en dos partes, y los cuartos circunvecinos, sobre Verde, y para
 que se vea la confusión que pueden causar las sombras de los colores
 que se usaron en los terminos de Orizaba con letras encarradas
 desde A. hasta L. y desde la Nueva Orizaba con las negras
 desde M. hasta Z. para demostrar la circunferencia de ambos.

Solo está fuera del tipo la medida que de la media legua que
 desde la salida de Orizaba hacia el Baño Nuevo de Santo Mateo
 y la otra media que heu desde San Mateo hacia la Cabeza
 de Orizaba, y como de las Nueve leguas poromas, que tiene
 de circunferencia la Nueva Orizaba: habrán entado las partes
 y distancias.



Mapa antiguo de Orizaba

esa época. El bacteriólogo británico Alexander Fleming todavía no descubría la penicilina, antibiótico que revolucionó el rostro de la medicina y salvó muchas vidas.

El coronel José Antonio Soler del Mazo y doña Emilia Fernández Flores se conocieron en el puerto de Veracruz, ahí contrajeron nupcias el 3 de febrero de 1887, y en ese sitio vivieron la primera época de su matrimonio; de hecho, ahí en el puerto nació su primogénita, Emilia Soler Fernández, y otro de los vástagos. Todo iba bien allá en la casa de Veracruz, hasta que un buen día el coronel viajó para conocer Orizaba.

Dicen los historiadores que la palabra *Orizaba* deriva de la voz primitiva *Ahuilizapan*:

Está compuesta del sustantivo *Ahuializtli*, que significa ‘alegría’ y la preposición *Apan* que significa ‘en o sobre el agua’. El uso de esa voz primitiva todavía se conserva entre los indígenas que la aplican a los baños que toman en los meses de mayo y junio, en medio de la más desbordante alegría. Literalmente quiere decir: alegría en o sobre el agua, valle de la alegría.

Ahora entiendo: de la alegría primigenia de esa agua que Pancho Gabilondo Soler bebió de niño, nació su inspiración para cantar y medio tocar el piano de la abuela, con permiso de ella o bajo su ayuda.

—¿Cómo es que la familia llega después a vivir a Orizaba?

—Esa ya es historia de mi papá. Ocurrió durante un fin de semana que fue a Orizaba por motivos de trabajo. No sé en qué época se casaron mis papás, esos datos no los tengo. Yo fui la hija menor, y usted sabe que en aquella época los niños no podíamos estar en las conversaciones de los adultos. Como le dije, mi papá era un hombre de edad avanzada, le llevaba 20 años a mi madre, y ella, como era bajita y menudita, representaba menos edad.

Así que, un domingo, a don José Antonio se le ocurrió ir de visita a Orizaba, pues le habían contado de su hermoso clima y del imponente Cerro del Borrego. Total, luego de conocer Orizaba, el coronel retornó al puerto, muy entusiasmado.

—Venía muy contento porque le encantó esa ciudad y animó a mi madre para que se fueran a vivir allá. Mi mamá le preguntaba por qué tenían que moverse hacia ese sitio. El decía: “pues porque me ha encantado, tiene un clima precioso”. En realidad, en Orizaba llueve mucho, pero ese día a él le tocó un día soleado. Y le dijo a mi madre: “Nos vamos a vivir a Orizaba, traspaso la fábrica, y ya”. Y como el coronel José Antonio Soler del Mazo era un hombre enérgico al que se le tenía que obedecer, y mi mamá una mujer muy dócil, se trasladaron a esa ciudad cuando tenían ya a mi hermana Emilia, que nació en 1887, y a mi hermano Jorge Enrique. Yo nací en Orizaba.

Puedo imaginar la tremolina, las prisas y las ganas del coronel Soler para dejar el puerto y conquistar Orizaba, al grado de que ya no le importó mucho la fábrica de licores. Y quién sabe si El Águila exista hasta la fecha, pero la tía Carmela la tenía muy presente en la memoria. Y me contó que al morir su padre, la tienda pasó a manos de uno de sus empleados y que luego los sucesores del empleado continuaron administrándola. Si sigue existiendo, algún día de estos pasaremos a comprarnos un alipús.



—Luego, ¿cómo empezaron su vida allá?

—Mi padre era muy hábil: primero puso una pastelería, luego la traspasó y se dedicó a otros negocios. Más tarde fue representante comercial de una fábrica de puros y de otras empresas.

La familia Soler Fernández se asentó en Orizaba después de 1900. En esa época, la ciudad vivía un poco menos inestable que



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler

Orizaba 1910, Palacio de Hierro

por aquel tiempo de los enfrentamientos de la Segunda Intervención Francesa en México. Pero la verdad es que el país no estaba en paz; en otros sitios seguía la lucha por la soberanía y se vislumbraban ya los primeros brotes de inconformidad con el gobierno de Porfirio Díaz.

Pero el coronel se había alejado del objetivo bélico que lo desembarcó en Veracruz: luchó del lado mexicano y más tarde se naturalizó y edificó apaciblemente su familia en Orizaba. Me contaba la tía Carmela que tuvieron una vida muy placentera en ese lugar con tanta riqueza acuífera, vegetación tropical y tierra fértil.

Años atrás, en 1875, se inauguró en esa ciudad el Teatro Ignacio de la Llave, recinto que imprimió en ella una intensa vida cultural y musical, y al que acudiría don José Antonio con su familia a escuchar algunos conciertos; grandes artistas de la Ciudad de México se presentaron allí. Acaso fue gracias al disfrute de esos recitales que Emilia, su hija mayor, se aficionó a la música y aprendió a tocar el piano. Interpretaba algunas piezas en reuniones caseras para sus parientes. No pasaba de los 16 años cuando se encontró a quien iba a ser su esposo, y más tarde el padre de Francisco.

Fue muy fácil que la joven Emilia conociera al muchacho llamado Tiburcio Gabilondo Goya. Resulta que eran vecinos, casi estaban frente a frente, en la misma calle, porque ahí estaba el empleo de él. Tiburcio nació en 1881, en Guipúzcoa, región del País Vasco. Él y su hermano menor, Aniceto, viajaron a México para probar fortuna, pues su tierra no les daba oportunidad de progresar. Arribaron al puerto de Veracruz en 1902 con los bolsillos vacíos. ¿Qué hacer, hacia dónde ir para buscar empleo? Aniceto agarró para el norte del país. Tiburcio se fue a Orizaba, donde alguien le dijo que había oportunidad de trabajo.

—¿Cómo consiguió empleo el pretendiente de su hermana, Tiburcio Gabilondo Goya?

—Pues él era muy activo y platicador así que, preguntando aquí y allá, consiguió rápidamente trabajo en Orizaba, porque era

contador, o tenedor de libros, como se decía antes. Lo emplearon en una fábrica que traía mercancía de Zongolica y que estaba frente a nuestra casa, lo que propició que mi hermana Emilia y él se conocieran. Don Tiburcio era vasco, un buen tipo, muy inteligente, un gran conversador; para los números era maravilloso, sólo él sabía hacer operaciones aritméticas velozmente.

¡Claro!, entonces de su padre hereda Francisco Gabilondo Soler esa virtud para las matemáticas que tanto le ayudaría, a la vuelta de los años, para sus cálculos y mediciones astronómicas. En lo conversador, pues quién sabe si esos genes pegaron, porque cuando yo conocí a Pancho Gabilondo ya lo precedía una añeja fama de silencioso; aunque conmigo fue conversador y paciente. En lo buen tipo, o guapo, pues, sin duda, superó al papá.

—¿Qué edad tendrían Tiburcio y Emilia cuando se casaron?

—Mi hermana, entre 16 y 18 años de edad, y Tiburcio le llevaba seis. A mi papá no le gustaba que anduviéramos noviendo, él era un militar rígido y enérgico, lo que él ordenaba se acataba en la casa. Sin embargo, estuvo de acuerdo en la relación de ambos, siempre y cuando fuera un noviazgo en serio.



Y claro que lo fue. Tanto, que hasta se matrimoniaron. Y, ya casada Emilia con el también muy joven Tiburcio, empezaron a hacer su vida no lejos de la residencia de los padres de ella. Al interior de ese hogar, las cosas seguían su curso bajo la rigidez de coronel don José Antonio, a quien ninguno de sus hijos debía ponerle mala cara. Tampoco su esposa. A sus 85 de edad, la tía Carmela todavía tenía indeleble el recuerdo de la formalidad que su padre imponía en sus vidas:

—Antes de que mi hermana Emilia se casara, tocaba el piano con mi mamá; esa era la diversión de las familias en esa época. Mi



Foto: B&Hera Saiz Polo Gabilondo.

Emilia Soler Fernández y Tiburcio Gabilondo Goya

madre siempre se dedicó al hogar, y mi hermano Jorge Enrique y yo, a los estudios. Por aquel tiempo, cuando una mujer llegaba a cierta etapa, ya no podía salir a la calle, dejaba la escuela; cumpliendo los 12 años de edad, se dedicaba a las labores del hogar. Aunque teníamos servidumbre y mi papá gozaba de una posición económica bastante buena, las mujeres pasábamos el tiempo bordando o aprendiendo a cocinar.

Esa sencilla, pero encerrada vida hogareña, iba a cambiar pronto con los primeros signos de otro conflicto armado. En Orizaba se gestó una de las huelgas con resultados más sangrientos durante los últimos años del porfiriato: la de Río Frío. Esa ciudad que se mantuvo por largos años fiel a las decisiones de Porfirio Díaz, viviría cruentas historias de saqueo y violencia durante la Revolución Mexicana. Si con Díaz fue calificada como la ciudad con más alto índice de población alfabetizada en el país, luego del Distrito Federal, durante la gesta revolucionaria perdería ese avance. La ciudad fue escenario de varios enfrentamientos armados.

El 22 de mayo de 1910, Francisco I. Madero, que andaba en campaña por la presidencia del país, llegó a Orizaba y se hospedó en el Gran Hotel de France. Desde uno de sus balcones, lanzó un discurso en honor a los caídos durante la Huelga de Río Blanco en 1907. En 1914, el Ejército Constitucionalista entró a la ciudad, tomó algunos templos y los hizo cuarteles. Y como Orizaba era una ciudad fabril en la que los obreros de distintas empresas sufrieron vejaciones, maltratos y falta de respeto a sus derechos laborales, y fue ejemplar su lucha, en 1915 se le declaró sede de la Casa del Obrero Mundial. Ese mismo año se convirtió en la capital del estado de Veracruz. En 1919, en octubre y noviembre, los trabajadores de la región organizaron una huelga en la que peleaban por el Contrato Colectivo de Trabajo.

En el hogar del coronel José Antonio Soler del Mazo se resentían esos vaivenes.

—¿Le afectó a su familia la Revolución Mexicana? —le pregunté a la tía Carmela.

—Definitivamente, nos afectó mucho. A partir de ese momento se marcó todavía más rotundamente la división de clases, entonces los importantes eran los obreros y los campesinos. Mi papá era porfirista, por tanto, no estaba de acuerdo con los revolucionarios. Se hizo agua todo su capital; no nos quedamos pobres, pero perdimos la posición económica que teníamos. La Revolución casi arruinó a mi padre, pues todo el oro y la plata que había guardado en los bancos perdió su valor real, ya que los banqueros lo transformaron en unos billetes sin valor, esos que llamaban “bilimbiques”; el nuevo gobierno se quedó con el oro y la plata de muchas familias. Todos los bancos cerraron, y las fortunas se fueron al movimiento revolucionario. Mi padre, como no estaba de acuerdo, y como viejo que era, decía constantemente: “Yo deposité oro y plata, y me tienen que devolver oro y plata”. Y mi hermano le respondía: “Papá, con el dinero que tenemos hay que comprar lo que se pueda”. Pero mi padre insistía en que le regresaran su oro y su plata. Y nada le devolvieron...



Y, muy cerca de la casa de sus padres, doña Emilia Soler Fernández y Tiburcio Gabilondo Goya hacían su vida, intentando capotear los daños que dejaba el conflicto revolucionario. Tal vez por lo mismo no acostumbraban salir a la calle, pasaban su existencia al interior de las cuatro paredes de la casa. La tía Carmela admiraba a su hermana por muchas razones, pero había una que no olvidaba:

—Le cuento que mi hermana era muy bonita, pero como mi papá la acostumbró al rigor de permanecer en casa, no salía nunca

a la calle, solamente cuando su esposo la llevaba al cine o al teatro, pero más bien vivió recluida en el hogar. Llevaban una relación muy tranquila los dos, hasta que llegó Panchito.



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler

Emilia Soler Fernández

—Cuando nace Francisco Gabilondo Soler, ¿cómo reaccionó la abuela Emilia?

—Contentísima, porque fue el primer nieto para ella. Y para mí, el primer sobrino, y además mi ahijado de bautismo cuando yo tenía apenas diez años de edad. Panchito era bellissimo, muy serio, muy formal; era tan bello que ganó el primer premio en un concurso de niños bonitos cuando apenas tenía uno de vida. Al empezar a crecer, tal vez a los cuatro o cinco años, ya no le gustaba que le dieran besos. Por eso le mandaron a hacer un sombrerito con una leyenda que decía: “No me beses”. Fue el único de los sobrinos al que le gustó mucho el campo; de esa afición nació el Grillito Cantor. Estudió dos o tres años en la escuela primaria de don Manuel Oropeza, luego vino a la Ciudad de México a terminar la instrucción básica y volvió más tarde a Orizaba. En realidad, estudios no tuvo. Sin embargo, sabe mucho. Es un gran astrónomo y un buen matemático, aunque ya no pudo continuar por la enfermedad de sus ojos, misma que yo atribuyo a su gran afán por aprender.

Ni una pausa hacía, ni aire tomaba la tía Carmela cuando se refería a su ahijado Panchito. Supongo que en su mente seguía viva la imagen del lindo niño, aquel por el que asumió la alta responsabilidad de convertirse en madrina, siendo ella también una niña. A partir de ese hecho, su vida quedó unida a la de él. Estaba enterada de todo lo que hacía. Vean si no:

—Me acuerdo que desde muchacho estaba siempre escribiendo, salía a ver las estrellas, a observar el firmamento, y volvía a entrar y salir a cada rato, y yo creo que exponía sus ojos a cambios de luz muy bruscos. Él, en guasa, en broma, decía que yo fui la culpable de su ceguera, porque le contaron que cuando nació, una amiga y yo estábamos tan entusiasmadas con él que nos fuimos a la casa de mi hermana Emilia y, en un descuidito de ella, lo sacamos al sol pues queríamos ver de qué color tenía realmente los ojos, si azules o verdes.



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler

La escuela primaria Manuel Oropeza

—¿Cómo estuvo eso?

—Pues ciertamente lo sacamos al patio y le abrimos los ojos de frente al sol, nada más un ratito. Y él por eso nos echaba la culpa de su mala vista. Pero en realidad, su ceguera fue progresiva a causa de todo el tiempo que se dedicó a la observación del cielo.

A la dulce tía Carmela se le humedecieron sus brillantes ojos azules al recordar el hecho. Estoy segura de que allá en el fondo de su corazón, todavía se preguntaba si la ceguera de Pancho no habría sido su responsabilidad. Así que rápidamente cambié de tema.

—¿Recuerda cómo era Francisco cuando niño?

—Claro que me acuerdo: era muy amiguelero, y le gustaba tanto el campo que apenas había empezado a caminar solo y ya se iba a los cerros, a los ríos. Todas las tardes las pasaba con su abuelita. La *Canción de las brujas* es en recuerdo de su infancia, porque en esa casa había unas bodegas grandes, medio téticas. Él se entretenía horas y horas oyendo los cuentos que le relataba mi mamá. Luego, cuando jovencito, integró un grupo de música; ensayaba en casa del dueño de unos baños, pues el señor tenía una pianola en su casa, y como lo quería mucho, le permitía que ensayara ahí. El grupo aquel se llamó Los Alemanes.

Y casi puedo vislumbrar a la tía Carmela, que rebasaba a Panchito por tan sólo diez años de edad, yendo a esos baños que se llamaban Mancera, invitada por su ahijado para que lo escuchara entonar, o desentonar, alguna melodía. Ella, sin duda, habrá aplaudido a rabiar. Tía Carmela fue, ni a qué dudar, su primera fan. Porque, además, uno y otro estaban medio solitarios. Ella era la menor de su familia, y Pancho el mayor de la suya, pero ya había nacido en él la rebeldía adolescente, y se sentía solo en el mundo e incomprendido.

—¿Y qué tan jóvenes murieron los hermanos de Pancho Gabilondo?

—No sé qué edad tenían al morir, pero sí eran jóvenes. Panchito fue el único que los sobrevivió por largos años. Luego de él, nació

Eva, que era guapísima; más tarde llegaron Jorge y Augusto; los tres fallecieron ya. Después, mi hermana, la mamá de Panchito, se divorció y se casó con don Enrique González Newton, y ambos dejaron Orizaba para vivir en la Ciudad de México.

—¿Francisco tuvo maestro de piano?

—Sí, aprendió con el profesor Ignacio Ashby; luego tomó clases con la profesora Piera Sarral. Pero en realidad estudió música muy poco tiempo.

Escuchar a la tía Carmela significó para mí una fascinación acompañada con el ritmo de sus palabras; también fue como abrir un álbum de recuerdos, o poner el oído atento a alguien que desde hace mucho tiene ganas de contar sus vivencias, pero nadie ha venido a pedirselo. Sus enormes ojos, brillantemente azules y acuosos, los conservo indelebles en la memoria. A sus más de 80 años de edad, vivía sola, se valía por sí misma, era activa y ágil, como una jovencita.



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler.

Francisco Gabilondo Soler en traje de luces. Su debut como novillero fue en la plaza de Tacuba en 1933 con el nombre de 'El Estudiante'

APRENDIZ DE TODO, OFICIAL DE NADA

EN SU adolescencia y juventud, Pancho Gabilondo hizo de todo, no para ganarse la vida, sino para emocionarse por la vida. Durante mi conversación con él, nunca habló de sus pesares de infancia y pubertad, pero me queda claro que los tuvo, y muchos. Y que ellos influyeron en su divagar, en esa inestabilidad emocional que le hizo ir de una actividad a otra, no sólo porque era inquieto, talentoso y temerario, también porque allá adentro, en su corazón, abundaba la tristeza.

Y no era para menos. Las pérdidas le dolían. Tenía siete años de edad cuando sus padres se divorciaron, en una época en que la separación de las parejas estaba terriblemente mal vista por la sociedad, y mucho más, dentro de una comunidad provinciana como la de Orizaba, Veracruz, de esos años.

Y, como si ese golpe no hubiese sido suficiente, muy pronto su mamá se fue lejos de él. Se casó con el empresario Enrique González Newton, más joven que don Tiburcio, el papá de Pancho. Los negocios del nuevo esposo estaban en la Ciudad de México. Y doña Emilia abandonó el terruño y al pequeño Francisco. Se llevó consigo a su hija Eva, más chica que él.

Fue su padre, don Tiburcio, quien haciendo de tripas corazón intentó sobreponerse para sacar adelante a Francisco. Sus otros dos hijos varones —Jorge y Augusto— fallecieron cuando todavía Emilia y él estaban casados. Pero comprendía que su Pancho estaba muy afectado, pues a pesar de su corta edad, ya se daba cuenta de lo que había ocurrido en la familia. Decidió entonces pedir el auxilio de su suegra, doña Emilia Fernández Flores, para que consolara y distrajera al nieto consentido, con quien construyó afinidades y apego. Ella de inmediato lo arropó, se hizo cargo de él y le dio cariño, aunque no fuese el calor que él necesitara en esa época.

Como contó la tía Carmela, Panchito andaba por los nueve años de edad cuando se incorporó a la vida de su madre en la capital de México. Coincidió con la decisión de don Tiburcio de instalarse en la capital del país y abandonar temporalmente Orizaba debido a la inestabilidad que ahí se vivía, producto de la lucha revolucionaria.

En la Ciudad de México, más cerca de su madre, Panchito terminó la instrucción primaria. Y fue por esa proximidad que se enteró de una realidad que ignoraba: tenía un medio hermano: se llamaba Antonio, fruto de una relación de su madre antes de casarse con don Enrique González Newton. Éste le dio su apellido y lo acogió como propio. Luego, ya matrimoniadados, doña Emilia y don Enrique traerían al mundo dos vástagos más: Enrique y Emilia González Soler. Con el correr del tiempo, Antonio y Pancho intentarían estrechar lazos, que nunca fueron tan cercanos como los que sí logró con sus dos últimos medios hermanos, Enrique y Emilia.

Pero en su niñez seguramente no le habrá resultado fácil aceptar la flamante vida conyugal y los nuevos hijos de su progenitora. No podía verbalizar lo que sentía, ni era permitido en esa época que los hijos opinaran sobre las decisiones de sus padres; recordemos, además, que “los niños no lloran”. En consecuencia, se comió sus emociones y seguramente se sintió por un tiempo un niño abandonado por su madre, trauma de infancia difícil de superar. En nuestra conversación, por cierto, nunca lo mencionó, como tampoco habló de esa casa donde ella vivía en la Ciudad de México.

Cuando fue posible, Panchito y su papá regresaron al hogar de Orizaba. Y como ahí calaba hondo la tristeza, sobre todo la del padre —quien no superaba el divorcio y nunca volvió a casarse—, el chico se refugió cada día más en su abuela, quien descubrió que una manera de protegerlo y distraerlo era enseñándole a tocar el piano y cantando con él.

Sin embargo, esa estancia paradisíaca se interrumpía de tanto en tanto por los viajes que ese Pancho casi adolescente debía hacer a la Ciudad de México para visitar a mamá y convivir con los nuevos hermanos.

Fueron los tiempos en que se inclinó por las actividades deportivas y rechazó continuar su instrucción escolar. Así, sólo llegó hasta sexto de primaria. Le atraía más probarse como buen nadador, boxeador y novillero. Y, claro, también cultivaba su gusto por mirar las estrellas con aparatejos que él mismo se inventaba.



Fue durante una de esas visitas a la Ciudad de México que recibió la noticia más triste, después del divorcio de sus padres: su abuela, doña Emilia Fernández Flores, había muerto en su linda casa orizabeña, a los 64 años de edad. Esto ocurrió una madrugada de 1923, cuando Pancho estaba en Ciudad de México y había cumplido los 16 años. Ese golpe lo sumió todavía más en una depresión y un mutismo que tardaría buen tiempo en dejar atrás.

Retornó al terruño para darle el último adiós a su abuela, su musa, su todo hasta aquel momento. Y ahí se quedó, casi paralizado por largos días. Aquel muchachote antes tan activo, con tanta iniciativa para inventar aparatos, modos de divertirse y aprender, abandonó todo por un buen lapso y se encerró en sus pensamientos y en el silencio.

Rechazaba seguir la instrucción formal y tampoco obedecía a don Tiburcio, quien no aceptaba que su hijo se quedara sin estudiar, pero el muchacho nomás no sacaba energía para hacerlo. El padre entendía el momento por el que pasaba Francisco, y pensaba que su medicina tal vez fuese trabajar.

Pero no. Pancho nada quería. Nada lo hacía salir de su mutismo ni lo animaba. Había que dejar que el tiempo pasara. Dicen que eso lo cura todo.

Poco a poco, comenzó a sacudirse el marasmo y la tristeza. Lo único que lo emocionaba era escuchar y hacer música, así que se hizo de amigos que también cultivaban esa afición. No tenía piano, pues quién sabe adónde fue a parar el de la abuela Emilia. Así que él solito ideaba sus métodos de aprendizaje. Como buen adolescente solitario, hablaba consigo mismo y resolvía sus dudas con lo que tenía a su alcance.

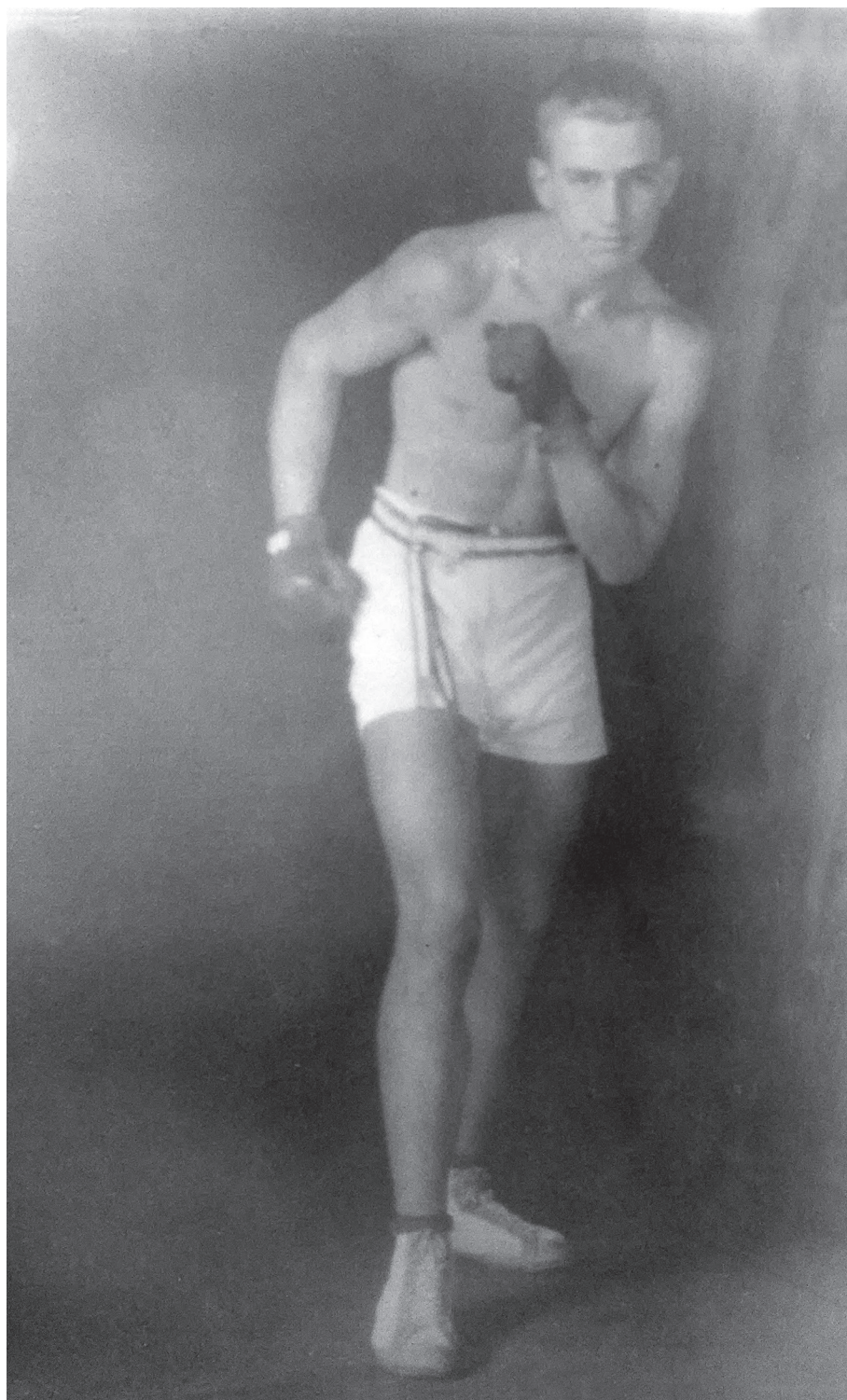
También practicaba en la pianola esa de los Baños Mancera, lugar que tenía una alberca grande en la que Pancho se lanzaba unos buenos clavados. Convenció a algunos de sus cuates músicos de formar el grupo Los Alemanes, integrado por puros adolescentes, güeros como él. No tenían instrumentos propios, en realidad. Los tomaban prestados cuando por las noches entraban a hurtadillas a la tienda de equipos musicales del padre de uno de ellos.

Ahí practicaban cuanto ritmo estaba de moda. Luego, Pancho convenció a su padre para que le pagara clases de piano con los maestros Piera Sarral e Ignacio Ashby, como rememoró la tía Carmela Soler, quien estuvo más cerca en esa etapa de su ahijado, el adorado Panchito.

A él le gustaba hacer música, pero su papá se escandalizaba con la sola idea de que pasara los días “sin oficio ni beneficio”, y anduviera de bohemio. En aquellos tiempos, y a veces en los actuales, hay padres de familia que siguen pensando que dedicarse al arte no es un buen y digno oficio.

Sin abandonar el piano, Pancho probó en el box, tanto en Orizaba como en la Ciudad de México. El entrenamiento en ese deporte le ayudaba a sacar el enojo que se escondía allá dentro, en lo más hondo de su hígado.

Se movía con destreza en el arte de los puños. Ambicionaba convertirse en boxeador y, ahí de paso, como quien no quiere la



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler

Francisco Gabilondo Soler, boxeador peso Welter

cosa, coronarse campeón de natación o de clavados; en este deporte tuvo ciertos logros, pero donde sí fue histórica su presencia fue en el box, al menos allá en su tierra, Orizaba.



Eso ocurrió cuando alcanzaba los 17 años de edad, allá por el año de 1924. Ya para ese tiempo, el viento orizabeño hacía correr la noticia de que aquel muchacho destacaba arriba del ring. No faltó el valiente que presumiera ser mejor que el güero aquel. Se trataba de un tal Topete, un líder ferrocarrillero de aquellos lares, un hombre que en sus ratos libres se entrenaba como boxeador. Lo apodaban el Terrible Mohamed.

Sin mayores trámites, quiso demostrar de qué estaban hechos sus puños. Impaciente como era, el Terrible Mohamed retó públicamente a Pancho Gabilondo. Éste, quien no tenía entre sus virtudes la paciencia, dijo que respondería, y lo cumplió.

De inmediato, los amigos de ambos improvisaron un ring. El robusto Gabilondo Soler, con 78 kilos y casi un metro noventa de estatura, noqueó de un solo golpe al Terrible Mohamed en los primeros segundos del único round al que llegó ese encuentro.

Gabilondo fue coronado campeón de peso welter del estado de Veracruz, aunque el título no se hizo oficial. Pasados los días, una anécdota invadía las lluviosas calles de Orizaba: el Terrible Mohamed, o exterrible, intentaba lavar su prestigio diciendo que perdió la pelea porque, sin saber cómo, en algún momento de la contienda volaron sus anteojos. Topete perdió el sobrenombre de Terrible, pero ganó el de Mentiroso, porque, ¿de cuándo acá un boxeador sube al ring a darse de trompadas con todo y lentes?

Pancho Gabilondo se fue a la capital del país para refrendar la fama que ganó al dejar en la lona a Mohamed Topete. Tenía la ilusión de obtener el cetro en el Distrito Federal. Lo consiguió en la

primera oportunidad; sin embargo, en la segunda lo aporrearón. Y el incipiente boxeador mejor se alejó de las cuerdas. Fue toda una aventura digna de recordar para siempre.



Pero en 1980, me encontré con un Pancho Gabilondo que ya no se emocionaba rememorando sus glorias deportivas de adolescente. En realidad, ya pocos asuntos le hacían saltar el corazón. Todas esas actividades que experimentó siendo muchacho le parecían “cosas de chamacos” de las que, según él, no tenía caso hablar. Pero, pues, una es necia.

—Volviendo a la pregunta que no me dejó terminar acerca de las diversas actividades deportivas que usted realizó en su juventud...

—Bueno, es que no vale la pena mencionar los deportes que practiqué; los hice como tantos muchachos en su juventud... Sí gané el campeonato de box en el Distrito Federal, ahí en el gimnasio del maestro Rosendo... Rosendo... ¡Ay, por Dios, cómo se me están olvidando las cosas!... Era un gran maestro del box que hasta tiene un parquecito en la avenida Revolución... ¡Ya me acordé, era el maestro Rosendo Arnaiz!, que fue profesor de cultura física, muy querido en su época. Gané el campeonato porque nada más había cuatro peleadores de mi peso; qué tal, ¿eh?, alguno de los cuatro tenía que ganar... y todavía en esa época me decían: “¡qué bárbaro!, ¡fuiste campeón de la capital del país!” Pues sí, pero nada más éramos cuatro; me parece que entre los más bajos de estatura y menor peso había más peleadores. Lógico, es la raza, ¿no?... ¡y en esta esquina, de cuatrocientos gramos y algunos kilos: el Patín Tacuba!, o algo así por el estilo. Me acuerdo que también en el gimnasio del maestro Arnaiz únicamente había un boxeador de peso completo, ése no podía pelear... ¡a menos de que se

pegara él solito!... Nosotros éramos semicompleto, de entre 72 y 80 kilos. Y de menor peso sí había otros... recuerdo al que apodaban el Cordobita, que tenía como 53 kilos, peso gallo, y era ¡rete bueno, caray!; quién sabe qué habrá sido de él. Pero, ya le digo, había muy pocos contrincantes de mi categoría, así era muy fácil ganar...



Tirar golpes, darle al costal —y si se podía, a uno de carne y hueso—, constituía un remedio temporal para curar el mal de la nostalgia, pues en ese tiempo no se conocía el concepto de depresión que pueden sufrir los hijos después del divorcio de sus padres. Don Tiburcio seguramente ignoraba el hecho, pero se proponía sacar al joven de ese estado anímico pidiéndole atendiera la librería que poco tiempo atrás había adquirido. Acaso pensó que conversando con los clientes dejaría de ser huraño y medio cascarrabias. Además, a su hijo le encantaba la lectura. Y lo puso al frente de ese negocio. Pancho lo atendió con gusto... por un tiempo; se la pasaba bien ahí, perdiéndose en las historias de cada libro. Pero...

Pero también le picaban las plantas de los pies por irse a la calle, al río, o a los Baños Mancera a nadar y a echarse unos buenos clavados. Casi a fuerza, cuando lo visité en su casa de Tocuila, rememoró conmigo aquellos tiempos, insistiendo siempre que habían sido puras “chamacadas”. Pese a ese dicho, yo veía cómo entornaba los ojos, viajando hacia aquel pasado:

—¿Y la natación?

—Pues desde niño estaba yo muy acostumbrado a meterme en los ríos de Orizaba, donde nadaba a contracorriente. Claro que en la Ciudad de México sobresalí, pero sin tener estilo; no nadaba yo de mariposa ni nada de eso. Braceaba como yo quería, haciendo

medio invenciones; sin embargo, jalaba fuerte... pero eso no importa en mi vida.

Gabilondo Soler insistía en que la natación y los clavados tampoco tuvieron importancia en su primera juventud. Tal vez lo expresaba desde el adulto mayor que era cuando lo conocí personalmente. Porque seguramente para aquel muchacho adolescente orizabeño, que andaba buscando alguna actividad para arraigarse, no sólo fue gratificante, sino distractor del entorno en que vivía.

En sus años mozos Gabilondo era un chico deportista que aprendía de fuentes no convencionales y siempre de manera autodidacta. Sin embargo, su papá se tiraba de los cabellos porque deseaba poner orden en la vida de su hijo. Para él, su primogénito era “aprendiz de todo y oficial de nada”, como reza el dicho popular.



Lo único que cambiaría la existencia de Francisco iba a ser el amor. Y éste llegó un día bajo el nombre de María Rosario Patiño Domínguez, dama originaria de Coscomatepec, Veracruz, en donde nació el 11 de septiembre de 1904. Sus padres fueron el doctor Lorenzo Patiño y Rosario Domínguez Fernández, a quienes perdió muy joven. Fue su padrino, Víctor de Jarmi, de origen húngaro, quien se hizo cargo de ella. Rosario se trasladó a la mansión de los De Jarmi, y como historia de radionovela, esa casa estaba ubicada en la calle Colón, en la que ¿quién cree usted que vivía? Pues nada menos que doña Emilia, la abuela de Pancho. Así que era difícil que no se conocieran. Y lo hicieron pronto. Aunque ella vivía prácticamente encerrada a piedra y lodo en la mansión de sus padrinos, alguna vez acudía a la librería cuyo dependiente era nada menos que Pancho Gabilondo Soler. Lo demás, fue asunto de Cupido.

Rosario tenía 19 años cuando ese muchacho de 16 le echó el ojo y cayó rendido ante la belleza y sonrisa de esa morenaza acin- turada de muy lindo cuerpo. Pero Charito no iba a ser conquista fácil. Pese a que supo que le gustaba el güero aquel, no dio su brazo a torcer y disfrutó que la pretendiera a fuego lento. Tiempo después, aceptó el romance y el noviazgo formal, que escandalizó a su familia por tres razones: una, Rosario era mayor que el no- vio; dos, su familia adoptiva gozaba de una mejor posición eco- nómica que él, y tres, Pancho no tenía profesión ni trabajo para mantenerla.

Pero los enamorados hacían como que no escuchaban las crí- ticas, lo que deseaban era casarse. La condición que los padres de ambos pusieron fue que Francisco estudiara, ahora sí en serio, una carrera que le diera un futuro próspero. Aceptó, claro, el amor a Rosario estaba de por medio.

Así pues, escuchó con atención la idea de don Tiburcio: allá en Estados Unidos, específicamente en el puerto de Nueva Orleans, existía una institución que impartía cursos sobre el ofi- cio que se perfilaba como el más promisorio de aquellos tiempos modernos, la linotipia, una técnica para componer y procesar textos tipográficos a través de una máquina inventada apenas en 1886, el linotipo, un aparatote como máquina de escribir, que ocupaba una habitación y en el que se empezaron a hacer los periódicos en el mundo. En Veracruz era ya el último grito de la moda, pues uno de esos linotipos llegó al puerto casi cuando Pancho nació.

Así las cosas y sin pensarlo dos veces, hizo su maleta y se fue a estudiar a la Academia Mergenthaler de Linotipo, enclavada en la ciudad de Nueva Orleans, la capital de Louisiana. Y también del jazz.

Ahora sí que, sin querer —¿o quería?— don Tiburcio Gabilondo Goya acertó al mero mole de su hijo. No el linotipo. La música. Y, mejor aún: el jazz.

Así podemos imaginar en qué terminaron las ilusiones paternas de que su hijo fuese linotipista. Sin duda, Pancho Gabilondo deseaba cumplir con la promesa hecha a su padre, pues de ello dependía su matrimonio con Rosario. Acudía a la escuela, aprendía los cánones de esa técnica... pero no era lo suyo, no le emocionaba, a decir verdad.

Esa estancia en Nueva Orleans lo enfrentó seguramente a muchas reflexiones, su antigua tristeza infantil, su nostalgia y amor por Rosario y, la más importante: la convicción de que su verdadera vocación era la música.

Dicen que es en la soledad, lejos de los nuestros, cuando realmente nos encontramos con nosotros mismos. Así debió sucederle al joven Gabilondo que, luego de ir por las mañanas a la Academia de Linotipo Mergenthaler, ocupaba sus noches en recorrer las calles de la zona más alegre, luminosa y creativa de Nueva Orleans: el Barrio Francés, el más antiguo y musical de esa ciudad, en donde se crea e interpreta el mejor blues y jazz del orbe. ¿Cómo no ir allá cuando se ama el jazz? Así pues, una noche tras otra, Francisco se acercó por los clubes de Bourbon Street, la avenida más sincopada de esa zona. Incluso, llegó a echarse algunos “palomazos” en sitios en los que Louis Armstrong y Duke Ellington triunfaron.

El resultado final: a la vuelta de un año Francisco Gabilondo Soler aprendió más jazz que técnicas de linotipista. Su padre se enteró de eso por los reportes que la propia Academia le envió por correo. Y excuso decirles cómo reaccionó. Después del enojo y la decepción, hizo regresar a su vástago a Orizaba.



Corría 1927 cuando Pancho retornó. Cumpliría 20 años en octubre. Traía consigo nociones del uso del linotipo, pero además, una bárbara y rica experiencia como músico de jazz.

El matrimonio se llevó a cabo muy pronto. El 30 de mayo de 1927, cuando Francisco todavía no llegaba a los 20 años de edad, contrajo nupcias con María Rosario Patiño Domínguez, de 22.

A partir de ese instante, Gabilondo Soler empezó a transformarse y por un tiempo no buscó más oficio que aquel que descubrió y consolidó lejos de casa: la música. Y sería Rosario, su esposa, quien estaría a su lado apoyándolo en las duras y en las maduras, por muchos años, en su carrera de compositor y en otras actividades que emprendió después.

Al poco tiempo, el enojo de don Tiburcio quedó atrás. Su hijo le empezó a mostrar que ese viaje a Nueva Orleans sí tuvo mucho sentido y que le iba a dar más satisfacciones que el duro y frío linotipo. Por fortuna, vivió para saborear los primeros años de éxito de su hijo en la música.

La cercanía de Pancho Gabilondo con su padre no iba a romperse con el matrimonio. Todo lo contrario: los unió más. Don Tiburcio ofreció su casa a la pareja en tanto su hijo conseguía un empleo. Pero como éste no llegaba, le donó la librería, que por cierto se llamaba Atenea y de la cual Pancho ya medio se hacía cargo tiempo atrás. Pero en un México de tan pocos lectores, vender libros nunca ha sido negocio.

Por otro lado, don Tiburcio comenzó a tener problemas de salud y de finanzas. Además, la situación política en su Estado ya no le gustaba nada, así que platicó con Francisco y juntos decidieron cerrar la casa de Orizaba, hacer las maletas e ir rumbo a la Ciudad de México. Ya para esa época había nacido Jorge, el primogénito de la pareja, que llegó al mundo orizabeño el 12 de abril de 1928.

Se instalaron en una casona de Isabel la Católica, en el centro de la capital del país. Pancho nada más veía pasar el dinero que su padre le prestaba para sustentar los gastos de manutención de Jorgito y Rosario. No había dinero que alcanzara. Así que era necesario buscar trabajo de lo que fuera y donde fuera.

Una noche se echó a caminar por las calles cercanas a su domicilio y encontró uno que otro bar donde ofreció sus servicios de pianista. Tocaba uno, dos, cuatro días, y le daban las gracias y algunos cuantos pesos. Finalmente, consiguió empleo en el cabaret La Primavera, en la calle de Brasil, donde al ritmo del piano arrullaba a las parejitas románticas que allí se citaban.

En ese empleo —al que ingresó haciéndose pasar por estadounidense— le pagaban cinco pesos diarios por la jornada nocturna y estuvo varios meses. El 8 de agosto de 1929 nació su hija Diana, que para Francisco era el sol de sus ojos.

Corrían los meses y el modesto sueldo que Gabilondo ganaba en La Primavera no alcanzaba para alimentar las dos boquitas de sus pequeños y hacer frente a otras necesidades de la casa. Ante tanta apuración, Rosario decidió buscar empleo. No tenía muchos estudios, pero sí gran iniciativa y ganas de ayudar a su esposo con los gastos. Pronto encontró trabajo en la empresa La Campana, como secretaria de ventas. Sin saberlo, años después este empleo iba a abrirle la puerta a la más grande compañía de la radio en esa época, la XEW, misma en la que Pancho Gabilondo crearía a Cri-Cri, el Grillito Cantor.



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler

Francisco Gabilondo Soler, 'El Guasón del Teclado'

UN GUASÓN MUY DULCE

PERO, ANTES de que Gabilondo Soler emprendiese el camino que iba a llevarlo a la fama de la mano de su Cri-Cri, empezó a foguearse con la creación de un personaje que bautizó como el Guasón del Teclado. El piano iba a ser su único apoyo, y comprobaría de ese modo si las clases de los maestros Sarral y Ashby, sus prácticas en los Baños Mancera, el curso intensivo de jazz en Nueva Orleans y el empleo en el bar La Primavera, le habían dado suficiente experiencia.

—¿Usted ya tocaba bien el piano?

—No, qué va. Lo que pasó fue que desde muy chico tuve la oportunidad de escuchar a mi madre tocar *Los andaluces*, una pieza que se sabían todas las señoras jóvenes de entonces. Mientras ella la interpretaba al piano, yo, sentado a su lado, la iba siguiendo en el teclado, con un solo dedo. Luego, emigramos hacia la Ciudad de México y no hubo piano. En la capital me ocupé casi únicamente de ir bien en el colegio, y así se me fueron los años. Cuando volvimos a Orizaba, nos pasamos a vivir a una casa muy pequeña, donde no había un piano; el nuestro se había quedado en el domicilio de una tía y me daba flojera ir allá.

En aquellos tiempos que rememora, los de su adolescencia, iba y venía de su terruño a la Ciudad de México. Fue en esa misma época cuando también se interesó por rasgar el violín que pertenecía a don Tiburcio, su papá. No tomó clases formales para dominar el instrumento, sin embargo hacía vibrar sus cuerdas cuando era necesario. Pero sin duda, el piano era lo suyo. Y fue determinante un hecho para que se decidiera por el teclado:

—Aproximadamente en el año de 1923, cuando iba a cumplir 16 años, conocí a Agustín Lara, quien trabajaba en una casa de “turismo” —así llamaban entonces a los burdeles—, y escuchándolo tocar volví a interesarme por el piano. Eso ocurrió exactamente

en 1923, fecha que recuerdo muy bien porque fue el año en que murió mi abuela. Por mi cercanía con Lara volví a la música; primero la toqué de pura oreja, pero más tarde comprendí que eran necesarias las notas, y las estudié solo.

Su empeño y disciplina para aprender “de oreja” fueron constantes; y los progresos, notorios. Empezaba a componer para él. La pérdida de su abuela desembocó en un impulso por continuar el aprendizaje autodidacta, que le sería útil para su siguiente reto: el Guasón del Teclado.

—¿Cómo surge el Guasón del Teclado?

—Pues nada, que además de mis pequeñas composiciones de música para bailar, se me ocurrió hacer canción festiva. Y esto coincidió con el hecho de que, leyendo un periódico, encontré un anuncio que decía: “Buscamos novedades para una estación de radio”. Esa emisora⁴ era del periódico *El Universal* y estuvo frente a la estatua de Carlos IV, mejor conocida como El Caballito, en el edificio de la Lotería Nacional. Recorté el anuncio y acudí a buscar una cita. Me recibieron dos personajes conocidos como el Che Bohr⁵ y la Duquesa Olga⁶, que eran esposos. Enseguida me hicieron un examen musical. Luego, al finalizar, me dijeron: “venga tal día por el veredicto”. Pues que llego en la fecha indicada y que me van entregando una tarjeta así de grande, y que siento muchísimo haber tirado a la basura, es una de las cosas que más me duele haber perdido. Esa tarjeta contenía el siguiente dictamen: “Francisco Gabilondo Soler, composiciones festivas. El señor Gabilondo Soler es un elemento completamente nulo para la música”. Lo firmaba la Duquesa Olga. ¡Y cómo me pesó esa respuesta!, pero con el tiempo me di cuenta del porqué de la misma. Sucedió que el marido de Olga hacía unas piezas que musicalmente se parecían mucho a las mías, y la señora supuso que si yo ingresaba a la radio le iba a

⁴ Era la emisora CYL, que luego fue la XEYZ, del diario *El Universal*.

⁵ Che Bohr era el sobrenombre de Yopes Böhr Elzer, de origen alemán, nacionalizado argentino.

⁶ La Duquesa Olga era el sobrenombre de la actriz y guionista argentina Eva Limiñana.

quitar el trabajo a su esposo, el Che... Pero dio la casualidad de que aquel día que hice la prueba estaba presente Samuel Ruiz Cabañas, quien era un periodista de *El Universal* y director de esa emisora, además de un poeta muy conocido en la época... Un día me lo encuentro en la calle y me dice: “¿Qué tal, amigo, cuándo empieza usted a trabajar en la radio?”. Y que le digo: “Pues no señor, no voy a entrar a la emisora, me rechazaron”. Y le muestro la tarjeta. Entonces él me respondió: “Nada, usted no haga caso de esas palabras; usted empieza tal día”, no recuerdo la fecha en que ingresé a esa estación. Pero ya le digo, fue el Vate, Ruiz Cabañas, el que me facilitó que entrara yo, y fue él quien me bautizó como el Guasón del Teclado. Al cabo de unos años me fui a la XEW y allá nació Cri-Cri; este era un trabajo musical que sí me gustaba, pues me recordaba mi infancia. En ese programa narraba hechos verídicos que habían ocurrido allá en Orizaba, en la casa de mi abuela. En cambio, con el Guasón del Teclado cantaba puras puntadas, bromas sobre cosas de la época, vacilándome al turismo, a los camioneros, en fin. Eran canciones festivas, todavía me acuerdo de una que se llamaba *Su majestad el chisme*, que pegó mucho y se escuchó hasta en Estados Unidos.

—¿Cómo iba la letra?

—La verdad, ya no me acuerdo. Tengo una amiga que se la sabe completa, se la voy a pedir, pues vale la pena guardarla como recuerdo...

Por fortuna, sus nietos, hijos de Jorge, su primogénito, sí guardaron la letra de la divertida canción *Su majestad el chisme*:

*Su majestad el chisme,
falso y dominador,
priva donde quiera,
desde el criado hasta el señor.*

*Nadie puede salvarse
del chisme lenguaraz
ni puede atacarse
porque viene por detrás.*

*Adoración al chisme,
es su único deber,
que todos practican
con igual desinterés.*

*Su majestad el chisme,
nunca se morirá,
pues se considera
de primera utilidad.*

*Fijese usted comadrita, que nuestra
vecinita tiene una perrita y cada vez
que sale, la deja encerrada, y a mi me
enternece por tanto que ladra, pobre
animalito, pues no se merece quedar
tan solito, y a mi me parece que la tal
fulana, por mucho que rece, tan sólo su
nombre tiene de cristiana. Si mi hijo
chambeara en la comisaria, al fondo
mandaba a encerrar a esa arpía.*

¡No me diga asté!

*Su majestad el chisme
falso y dominador
priva a donde quiera
desde el criado hasta el señor.*

*Nadie puede salvarse
del chisme lenguaraz
ni puede atacarse
porque viene por detrás.*

*Esa vecina de enfrente, tan retemetiche,
me tiene impaciente desde que amanece,
ya esta en la ventana tendiéndose un
sweter, que dice es de lana, pero en
realidad es para curiosear lo que hacen
las gentes de la vecindad, y voy y le
cuento que en su tendedor yo he visto
camisas llenas de agujeros. se pasa la
vida pidiendo prestado manteca, frijoles,
café, que descaro.*

¡No me diga asté!

*Adoración al chisme,
es su único deber,
que todos practican
con igual desinterés.*

*Su majestad el chisme,
nunca se morirá,
pues se considera
de primera utilidad.*

*Dice doña Sinforosa, que ya le contaron
como esta la cosa, que esa muchachita
que vive en el tres, ni se llama Rosa, ni
se llama Inés; que es una perdida, que
es una cualquiera, que no tiene padre*

*ni madre siquiera, que no oye consejos,
que cree que es muy lista, que ya se ha
enredado con un motorista, porque han
cortejado en el año pasado y que es muy
borrachal, ¿y si ya esta casado?*

¡No me diga asté!

*Su majestad el chisme,
falso y dominador,
priva donde quiera,
desde el criado hasta el señor.*

*Nadie puede salvarse
del chisme lenguaraz
ni puede atacarse
porque viene por detrás.*

*Adoración al chisme,
es su único deber,
que todos practican
con igual desinterés.*

*Su majestad el chisme,
nunca se morirá,
pues se considera
de primera utilidad.*



Pancho Gabilondo comprobó con el Guasón del Teclado que sí dominaba dignamente el piano y que sus composiciones sonaban bien y gustaban. Era un cronista, no en los términos del género periodístico, pero sí en el sentido de un puntual observador de la vida cotidiana. En sus mordaces y divertidas críticas había un mar de fondo.

—¿Y qué más hizo antes de crear su personaje de Cri-Cri?

—Pues fui acompañante de algunos cantantes; el Vate, Samuel Ruiz Cabañas, me apoyaba porque ya me había escuchado antes. Y, para más señas, a él le caía mal José, el Che, Bohr.

Ese famoso Che que ha mencionado en varias ocasiones Gabilondo Soler era, por aquellos tiempos, un hombre de múltiples habilidades artísticas; desde luego las radiofónicas fueron su especialidad, pero también las cinematográficas. José, el Che, Bohr nació en Bonn, Alemania, el 3 de septiembre de 1901, y murió en Oslo, Noruega, el 29 de mayo de 1994. Fue un director de cine, compositor, actor, productor, guionista, director de fotografía y cantante que ejerció buena parte de esas tareas en México. Una de sus cintas fue *¿Quién mató a Eva?* (1934), primer largometraje hablado simultáneamente en español e inglés; también trabajó en Estados Unidos de América, Chile y Argentina, según indica el portal de Internet *Hasta que el cuerpo aguante*.

—Y entonces, ¿a Ruiz Cabañas le debe usted su primera incursión en una estación de radio?

—Sí. Fue él quien me metió a la de *El Universal*. Y ahí empezaron conmigo Emilio Tuero y Jorge Negrete. A Negrete yo lo conocía de tiempo atrás, cuando él estudiaba en el Colegio Militar. Una vez me llevó a esas instalaciones a bañarme, ahí al tanque donde nadaban los militares. El otro día vino a verme un cadete que está en el nuevo edificio del Colegio Militar, y me dijo que en las instalaciones antiguas de San Jacinto todavía existe el tanque aquel. En ese tanque yo nadé, lo recuerdo bien.

Las instalaciones de San Jacinto que rememora Gabilondo las inauguró el presidente Venustiano Carranza el 5 de febrero de 1920, en el viejo barrio de San Jacinto en Popotla. Al correr de los años y con el crecimiento demográfico, al Colegio de San Jacinto lo empezaron a rodear otras edificaciones, casas y mercados, lo que impedía llevar a cabo algunas prácticas a campo abierto, indispensables en la capacitación militar de los alumnos. Además, como dice la Sedena en su página de Internet:

El número de oficiales para cubrir las necesidades del Ejército Mexicano había aumentado considerablemente, creándose la necesidad de trasladar el Colegio Militar a otro sitio donde tuviera las características de amplitud, cercanía con vías adecuadas de comunicación, vecindad con áreas despejadas para realizar ejercicios tácticos.

En 1976 se inauguró el Campo Militar 1-C, cerca de los poblados de San Pedro Mártir, San Andrés Totoltepec y Santiago Tepalcatitlán.



—¿Y cómo le fue a usted con el Guasón en esa emisora de *El Universal*?

—Pues bien, pero estuve poco tiempo. Como le decía, ahí empezamos musicalmente Emilio Tuero, Jorge Negrete y otra muchacha que entonces cantaba y ahora es... artista... ya está grande, cantaba... ¡ah, pues era hermana de Mario Ruiz Armengol!, no me acuerdo de su nombre. En fin, varias personas conocidas comenzamos en esa estacioncita de *El Universal*. Y yo se lo debo al Vate Ruiz Cabañas, que me bautizó como el Guasón del Teclado y me promovió para que entrara a esa emisora. Con ese nombre

interpretaba yo canciones festivas, ¡pero no duré demasiado en esa modalidad!

—¿Y le sirvió esa experiencia para aprender a componer canciones?

—Sí, porque cuando llegué a crear el personaje de Cri-Cri, ya tocaba bien, ya sabía componer, tenía idea clara de lo que podía hacer... sobre todo, junté el cuento con la música, y eso fue lo que más pegó porque, fíjese usted que siempre hay o buenos músicos o buenos cuentos, pero falta el enlace... porque realmente mis canciones son fantasías, no son canciones infantiles, porque vamos a decir que canción infantil es aquella como la que enseñan en los jardines de niños, que son piezas que tienen poco alcance, y que muy fácilmente puede uno hacerlas pasar de una nota a la otra, ¡esas sí son canciones infantiles! Las mías son ¡canciones para divertir!, y para los chicos son difíciles mis piezas, incluso para gente que sabe cantar. Yo me acuerdo que me decía... pues no sé si Paz Águila o su hermana, alguna de las dos me decía, “¡pero si están rete difíciles tus canciones!”. Y ellas que eran profesionales... Yo siempre he buscado que el estilo se lleve con la idea: si voy a escribir una canción sobre un camello, pues tengo que utilizar una música oriental, ¡ni modo que use un corrido mexicano!... cada letra tiene que llevar su estilo de música, y así se consigue, además, la variedad. Mis canciones tienen todo tipo de música, hasta la clásica, como el minueto, la gavota y también el corrido mexicano, ahí está *El comal y la olla*, o *El gato de barrio*.

—¿Y todavía era el Guasón cuando empezó con Cri-Cri?

—Pues no, ya había yo dejado el programa, pero la gente se acordaba del Guasón. Pero, volviendo al momento en que empecé como Cri-Cri en la XEW, le confieso que al estar creando ese personaje que me gustaba tanto, me desentendí completamente del Guasón, y un día que me voy encontrando en la calle 16 de Septiembre a Ruiz Cabañas, y que me dice: “Oiga, ¿por qué está usted haciendo cosas de patos y de borregos?, era tan bonito

lo que cantaba antes, cuando era el Guasón... ¡deje esas tarugadas!”. Claro, como el Vate se sentía padrino de aquel, mi primer programa, pues no le gustaba el invento de Cri-Cri. Además, las canciones que creaba para mi personaje del Guasón pues eran piezas muy afrancesadas, como esas que interpretaban los *chansonniers*; yo estaba medio copiándole a Maurice Chevalier, que en ese tiempo era el cantante de moda y tenía gran pegue en México. A Ruiz Cabañas le encantaba ese estilo, porque todos los señores de esa época eran afrancesados y guardaban gran admiración por Francia y su cultura, aunque sin duda todavía hoy sigue siendo muy apreciada. Bueno, total, que Samuel Ruiz Cabañas estaba tremendamente enojado conmigo y me insistía en que dejara lo que él llamó “esa tarugada de Cri-Cri”. Pero, pues no, ya no se le hizo; el que murió fue el Guasón del Teclado.



Sí, el que murió fue el Guasón del Teclado... pero volvería años después, temporalmente. La simpatía que concitó la originalidad del personaje, el humorismo y sarcasmo de las canciones que interpretaba —o, mejor dicho, platicaba, porque Gabilondo Soler no tuvo la mejor voz para cantar, pero sí excelente dicción—, provocó que algunas personas, entre ellas Ruiz Cabañas, le pidieran que volviera a la radio con ese mismo programa. La audiencia se identificaba con él pues era un crítico que sacaba a relucir una serie de problemas cotidianos propios de la vida de la gente en una ciudad como la nuestra, y que ya acusaba signos de que se tornaría muy compleja años después.

Una de las canciones exitosas que interpretaba Gabilondo en su carácter de Guasón del Teclado quedó impresa en una solitaria hoja de papel, al reverso de una carta que no consigna el año, pero sí el día, el mes y la hora en que la escribió para Rosario Patiño

Domínguez, su esposa: 17 de julio, a las 23 horas con 20 minutos. Antes de transcribir la letra de la canción, doy paso a las líneas manuscritas que Gabilondo concibió para Rosario:

Patiño preciosita:

Primero: ¡te quiero!... Después: ¡te quiero y te quiero, así como eres! Ya es muy noche, estoy cansado pero antes de cerrar los ojos para soñar contigo, quise escribirte aunque sea poquito, pero bonito.

La Luna no se ha asomado desde la noche en que falló el eclipse; tuve vergüenza, ¡Luna chambona!

No hay novedad, los nenes están muy bien y ansiosos de que regrese su mamacita.

Cuídate mucho, no engordes, quiéreme y tengo sueño. No sé lo que escribo, escribe por mí: ¡dile a mi prieta que el corazón me da brincos cuando pienso en ella! Que cuándo vuelve, porque no tengo quién me haga cariños y se pelee conmigo.

¡Dile muchas cosas porque tú conoces mi corazón! Dile que le mando besos, cariños y rabetas y que se acuerde de tres KIKIS que tienen sus sueños por Guadalajara.

Nenita de mi vida, mi muñequita linda, ya no puedo.

Pancho

La última parte de esta misiva consiste en el dibujo de tres corazones, el primero más grande que los dos restantes. Como al reverso de la misma está la letra de la canción que inventó para el Guasón..., Gabilondo debió escribir ambas entre 1930 y 1933, periodo de la primera etapa de esa serie radiofónica.

Escrita a máquina, en la hoy envejecida hoja, quedó para siempre la letra de *Timoleón*, que dice así:

*Timoleón es un viejo rabón popular en mi barrio,
y este santo señor no recuerda que ya es centenario;
siempre va tras las chicas pidiendo que le den un beso,
y la niñas, con picardía, le cantan esto:*

*¡Hay Timoleón! quiero un vestido.
Si tú me lo compras serás compalcido,
un beso, y dos, y tres, y cuatro...
todos los que quieras, pero en mi retrato!*

*Una linda morena, traviesa como un diablillo,
por su cuenta pescó a Timoleón para hacerle topillo,
y para conseguir que el vejete le hiciera regalos
con mil sonrisas, con mil halagos, le dijo así:*

*¡Ay Timoleón! Me has convencido
ándale chiquito, cómprame un vestido.
¡Ay Timolrón! Tu eres garboso,
con esa calvita, te ves muy hermoso.*

*Y por fin, Timoleón se animó a dar gusto a su “fiebre”,
pero como era miope le dieron gato por liebre;
Y cuando le llevó, con amor, el paquete a la hermosa,
la morenita, más que furiosa, le dijo así:*

*¡Ay Timoleón! No es un vestido.
Esto es una funda, y tu me has fundido.
¡Ay Timoleón! Eres un timo,
si he sabido esto, mejor te asesino.*

Años después de haber cerrado el primer ciclo de *El Guasón del Teclado*, y mientras hacía el programa de Cri-Cri, Francisco

Gabilondo empezó a trazar, para sí mismo, las incipientes líneas de otro personaje: Ulogio, que pretendía retomar el sentido sarcástico de su antecesor. El tal Ulogio fue de vida breve y lo estrenaría varios años después, cuando la desgracia de quedarse sin trabajo le cayó encima. No a Ulogio, sino a Pancho. Porque su travesía por el mundo de la radio mexicana resentiría el sube y baja, el éxito y también las crisis de esa industria que había nacido en un país pobre, siempre en crisis, cambiante e inestable.



Archivo-Fundación Francisco Gabilondo Soler.

Francisco Gabilondo Soler

LA RADIO EN UNA CIUDAD PROVINCIANA

EL AMBIENTE de la Ciudad de México, donde Pancho Gabilondo Soler comenzó a desarrollar su trabajo en los años treinta, era el de una capital que dejaba atrás el aspecto provinciano que privó durante los años veinte, tiempos en que la vida nocturna apenas si se extendía por unas cuantas calles, esas que formaban el antiguo Centro, aquel primer cuadro donde hervía la vida cultural y la bohemia. Hacia el norte o hacia el sur solamente se divisaban llanos, milpas y, más allá, las montañas y volcanes que milenariamente han protegido este imponente valle.

El aire limpio y transparente de los primeros años del siglo XX se empezó a enrarecer a principios de los treinta; sin embargo, todavía era posible apreciar, desde cualquier montículo, la hermosura del paisaje que cautivó por igual tanto a los naturales que ahí se asentaron como a los conquistadores españoles y, años más tarde, a los paisajistas José María Velasco y Gerardo Murillo, el Doctor Atl.

En esas polvorientas calles del centro de la capital, la novedad de la radio también estaba cambiando la vida y las costumbres de sus habitantes. El silencio diurno y nocturno empezaba a ser cosa del pasado, ya que en algunos almacenes del centro y en contadas casas y vecindades se escuchaban los ecos de las voces bien timbradas de cantantes y locutores. Esas voces salían de un aparato que en ese entonces resultaba un adelanto extraordinario para algunos, o cosa del diablo para otros: el radio.

Sí, a México había llegado la industria de la radiodifusión y, con ella, el aparato radorreceptor que empezaba a modificar los hábitos de ocio, diversión e informativos de todos los mexicanos.

Es cierto que en los años veinte comenzaron las rudimentarias transmisiones radiofónicas, pero no fue sino hasta 1930 que surgió la emisora comercial con mejor estrategia de mercado, más

alto alcance y señal más potente. Se trataba de la XEW, que el 18 de septiembre de ese año inició sus transmisiones en los altos del cine Olimpia, en la calle de 16 de Septiembre. Pronto, en aproximadamente dos años, Emilio Azcárraga Vidaurreta se asoció con la cadena norteamericana National Broadcasting Company (NBC) y luego con la Columbia Broadcasting System (CBS); entonces, las necesidades de expansión demandaron una mudanza hacia un nuevo domicilio, que fue el de Ayuntamiento 52 y 54, también en el centro de la capital.

En el perímetro donde se estableció la XEW, “La Catedral de la Radio”, se vivía a diario el ir y venir de músicos, cantantes, poetas, locutores, actores y actrices. Gracias al auge de la emisora, los cafés, restaurantes y bares de un buen tramo de Ayuntamiento y de la avenida entonces llamada San Juan de Letrán, se convirtieron en un importante centro de reunión de nuevos compositores que, con un legajo de hojas bajo el brazo, se acercaban a los ejecutivos de la emisora en busca de una oportunidad. Hablé con Gabilondo acerca de esa fiebre radiofónica:

—¿Y cómo se vivía en los años treinta la novedad de la radio?

—Esa novedad fue tremenda, y por eso tuve éxito... porque, imagínese que ahorita empezara a nacer Cri-Cri... sería muy difícil que triunfara, porque hay tanto y tanto que ver y escuchar... hay televisión, cine y no diga radio; ése ya nada más lo escuchan quienes van manejando, o los campesinos que caminan por el campo, con su radio en la mano.

—¿Es cierto que en los almacenes ponían a todo volumen el radio para que los transeúntes lo escucharan?

—Sí, eso pasó durante los primeros años. Como no toda la gente tenía dinero para comprarlo, recuerdo que en los negocios grandes se quedaban un rato escuchando los programas. Algunos amigos me contaban que cuando iba a empezar *El tío Polito* los niños se paraban alrededor de esos aparatos gigantescos que había en las grandes tiendas.

Ese mismo fenómeno ocurría, muy poco tiempo después, durante los primeros años de la emisión que Pancho Gabilondo bautizaría como *Cri-Cri, el Grillito Cantor*. Tiempo después, el radio se volvería de uso común en todas las casas, pues se empezó a fabricar en México a finales de los años treinta.



Francisco Gabilondo Soler conoció esa ciudad chiquita de aquellos tiempos, pues la hizo suya cuando dejó Orizaba. Lo recordaba como algo muy vivo, pese a los años que habían pasado desde aquella primera vez que decidió, siendo un joven adulto y con hijos, radicar definitivamente en la Ciudad de México:

—¿Cómo encontró la capital cuando optó radicar ahí?

—Pues, hija mía, era una ciudad muy provinciana, con decirte que me acuerdo muy bien que una noche iba yo caminando por la calles de Venustiano Carranza y Gante, acompañado de Alfonso Esparza Oteo, cuando nos dimos cuenta de que todos los negocios y restaurantes estaban cerrados, las calles desiertas, a oscuras, en silencio, y no pasaban de las nueve de la noche. Me impresionó tanto esa escena que le dije a Alfonso: “Oye, qué triste es esta ciudad”. Y él me contestó: “Pues sí, mi tierra está más animada a esta hora”. Él era de Aguascalientes. Todavía hoy, cómo me acuerdo de esa imagen tan triste de la Ciudad de México a las nueve de la noche. Y es que, ni quién, ni un alma. Íbamos los dos solos por la banqueta, ni gendarmes encontrabas, estaban vacías todas las calles.

A mediados la década de los treinta, con la aparición del automóvil, la tala de árboles, la desaparición de los lagos y el nacimiento de las primeras industrias de la construcción, la cristalina transparencia del aire capitalino empezó a empañarse. Era el principio de la contaminación ambiental que, casi 90 años más tarde, se convertiría en un grave problema de salud pública.

Aquellas primeras manchas en el rostro de la capital metropolitana entristecieron a don Alfonso Reyes, el escritor que dictaba el rumbo de la cultura y de los grupos literarios de ese México. Luego de haber sido representante diplomático en Buenos Aires y Río de Janeiro, don Alfonso no quiso guardar silencio ante lo que encontró a su retorno al país, en 1940.

El también ensayista, poeta y dramaturgo observó cómo el azul del cielo comenzaba a cubrirse de una muy ligera nata grisácea. Con esa realidad ante sus ojos, y recordando la limpieza del Valle que dejó cuando en 1913 partió por primera vez a Europa, Reyes escribió un ensayo en el que lanzó preguntas que contenían un dejo de reclamo y nostalgia. En su *Palinodia del polvo*, dijo:

¿Es ésta la región más transparente del aire? ¿Qué habéis hecho, entonces, de mi alto valle metafísico? ¿Por qué se empaña, por qué se amarillece? Corren sobre él como fuegos fatuos los remolinos de tierra. Caen sobre él los mantos de sepia, que roban profundidad al paisaje y precipitan en un solo plano espectral lejanías y cercanías, dando a sus rasgos y colores la irrealidad de una calcomanía grotesca, de una estampa vieja artificial, de una hoja prematuramente marchita.

Mordemos con asco las arenillas. Y el polvo se agarra en la garganta, nos tapa la respiración con las manos. Quiere asfixiarnos y quiere estrangularnos. Subterráneos alaridos llegan solapados en la polvareda, que debajo de su manta al rey mata [...].

¡Oh desecadores de lagos, taladores de bosques! ¡Cercenadores de pulmones, rompedores de espejos mágicos! Y cuando las montañas de andesita se vengan abajo, en el derrumbe paulatino del circo que nos guarece y ampara, veréis cómo, sorbido en el negro embudo giratorio, tromba de basura, nuestro valle mismo desaparece. Cansado el desierto de la injuria de las ciudades; cansado de la planta humana, que urbaniza por donde pasa, apretando el polvo contra el suelo; cansado de esperar por siglos de siglos, he aquí:

arroja contra las graciosas flores de piedra, contra las moradas y las calles, contra los jardines y las torres, las nefastas caballerías de Atila, la ligera tropa salvaje de grises y amarillas pezuñas. Venganza y venganza del polvo. Planeta condenado al desierto, la onda musulmana de la tolvenera se apercibe a barrer tus rastros.



En 1980, en su casa del pueblo de Tocuila, el polvo también se instalaba sobre algunos recuerdos de Gabilondo Soler. Ese refugio dejó de serlo muy pronto, porque hasta esa región llegó también la contaminación y el asfalto. Y rememoraba con nostalgia la ciudad que conoció en sus años mozos:

—En 1945, un periodista amigo mío decía que la Ciudad de México no tenía vida nocturna. Y, pues, sí, era muy chiquita, muy provinciana, pero habitable. Y, de 1945 para acá como que no ha pasado mucho tiempo... ¿o sí?...

Gabilondo Soler tenía más de 70 años cuando conversamos, allá en su Quinta Calyecac. Desde mediados de la década del sesenta vivía bastante enclaustrado. Prácticamente se enteraba de lo que ocurría en la ciudad a través de lo que sus hijos y nietos le contaban. Tal vez el reloj de Gabilondo se detuvo en la época de mayor éxito, la de su Cri-Cri.

—Pero, ¿el cambio de la provincia a la capital del país le impresionó?

—No, la Ciudad de México era muy tranquila. Bueno, para darte un ejemplo, si ibas por la calle que hoy es Eligio Ancona, en la colonia Santa María, y caminabas tres cuerdas hacia el norte, pues ya te encontrabas en medio del campo. Ahí donde está ahora la Nueva Santa María había hasta un laguito en el que la gente alquilaba trajineras, que no eran de remos sino de varas. Allá se iban de pinta los chamacos y por pasearse un rato en esas trajineras

les cobraban 15 centavos la hora, y el lugar siempre estaba así de lleno. Luego, nada más atravesando Nonoalco sólo había milpas; pasando la avenida Baja California se topaba uno con puros llanos; las colonias Narvarte y Del Valle no existían, únicamente veías huertas y pastizales, y apenas por ahí algún templo, el cuartel de La Piedad y la avenida Cuauhtémoc, que antes se llamó calzada de La Piedad. Ahora bien, por el otro lado, en la colonia San Rafael, apenas pasando la calle de Villalongín o Manuel María Contreras, te topabas de inmediato con el campo. Todavía recuerdo haber visto vehículos tirados por caballos y también carrozas muy elegantes, con *trancos* muy caros; así como ahora la gente rica tiene autos franceses, carísimos, o cadillacs, antes poseían coches tirados por *trancos* —que eran caballos— carísimos, y carretelas ¡finísimas! Yo me imagino que resultaba más costoso un vehículo de esos de lo que hoy puede ser el automóvil más caro, me imagino que sólo es comparable con el precio de un Rolls Royce.

En esos años de los que habla Gabilondo, la capital era una urbe que ocupaba 9.1 kilómetros cuadrados. Más tarde empezó a cambiar súbitamente debido a la ola de migrantes en busca de trabajo, provenientes de los campos ubicados en Hidalgo, Tlaxcala, Querétaro y el estado de México, donde se localizaban extensas zonas agrícolas que la rodeaban.

Gabilondo Soler hacía memoria de aquellos tiempos que pasó en la colonia Santa María la Ribera cuando aún vivía su padre, don Tiburcio Gabilondo Goya. Seguramente fue él quien la eligió como lugar de residencia inicial para él, Rosario, Pancho, Jorge y Diana. Esa fue una de las primeras zonas residenciales fundadas durante el porfiriato, y se distinguió como una de las más afrancesadas en sus mansiones, donde vivieron arquitectos tan importantes como Antonio Rivas Mercado, quien diseñó la suya en la calle de Héroes.

Pero hacia principios de los años treinta, cuando don Tiburcio y su familia llegaron a vivir a la Santa María, esta colonia ya



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler

Tiburcio Gabilondo Goya con Rosario Patiño y su nietos Diana y Jorge Gabilondo

comenzaba a convertirse en populosa. Conservaba en pie y en buenas condiciones sus señoriales residencias, pero abundaban las fábricas, los mercados, las misceláneas y los abarrotes. Con pocos recursos, los recién llegados del interior del país podían ocupar esas mansiones.



—¿Le gustó llegar a vivir a la colonia Santa María?

—Por supuesto. Y no era tan difícil que con diez mil pesos pudiese uno comprarse una casa, no muy grande pero sí de tres recámaras. Yo no la adquirí, pero un amigo de mi tío Pepe compró una muy bonita, y estaba justo frente al parque principal de la Santa María, ahí donde está el Quiosco Morisco.

Ese quiosco fue proyectado por el ingeniero José Ramón Ibarrola en 1884. La colonia Santa María surgió en 1861 sobre un trozo del terreno de los Ranchos de La Teja y Santa María. Por aquellos viejos tiempos abundaban árboles de distintas especies, mismos que fueron desapareciendo para dar lugar a las construcciones. El recuerdo de esa riqueza arbórea quedó en sus calles, que llevan nombres de Álamo, Pino, Chopo, Sabino, y más. Aquí abundaba el agua, y sus habitantes se proveían de ella a través de incontables pozos artesianos.

A lo largo de su historia, en esta señorial zona vivieron otras celebridades además de Gabilondo Soler, por ejemplo, la madre Conchita, personaje principal en la trama del asesinato del general Álvaro Obregón; el autor material del magnicidio, León Toral, vivía también por esos rumbos. El famoso Chucho el Roto habitó en esa colonia, y años después, la XEW haría una radionovela sobre las aventuras de ese Robin Hood mexicano.

—¿Y usted nunca ganó como para comprarse una casa por ese rumbo?

—No, era imposible para mí, hija. Era yo muy joven y antes de ingresar a la radio ganaba yo muy poco, y no era barato adquirir una en esa colonia. Todavía me acuerdo que en ese tiempo me quedé con las ganas de comprarme un telescopio que me encantaba, pero costaba tres mil pesos. Era una fortuna para mí. Y el salario en la Ciudad de México era bajo, pero era mejor que en los estados, y por eso cada día llegaba más gente del campo a instalarse acá.

Desde la Santa María la Ribera al joven Pancho le quedaba cerca la plaza de Tacuba, adonde un buen día decidió acudir para tomar lecciones, allá por los tiempos en que soñaba con ser torero.

—¿Y por qué quería ser torero?

—Pues eran cosas de muchachos. Un día se me ocurrió que podía hacerlo. Supe que había un andaluz al que apodaban Frascuelillo y que daba clases de tauromaquia... y ahí voy, ¡puras puntadas mías!... Como mi papá era generoso conmigo y tenía algo de dinero, dentro de sus posibilidades, pues de inmediato me metí a torear. Recuerdo que Frascuelillo me dio mis primeras lecciones en la Plaza de Tacuba, pero luego luego me soltó un novillo... y no me dio miedo, pese a que el animal me revolcó más de tres veces, pero intenté torearlo.

Su padre le compró un traje de luces para sus primeras incursiones en los ruedos. Porque en ese tiempo estaba convencido de que esa era también su vocación. Para lograrlo, luego de someterse a la disciplina de su primer guía, Frascuelillo —quien se llamaba José Ramón y en 1966 devino cronista de toros—, se acercó a Fermín y a Juan Espinosa Saucedo —apodados Armillita I y II, respectivamente—, y luego a Lorenzo Garza, quienes le enseñaron otras suertes con las cuales pensó que ya estaba listo para enfrentarse a un toro. En 1933 debutó como novillero en una plaza del pueblo de Tacuba.



Ya en los años cuarenta la Ciudad de México se veía cambiada. Néstor García Canclini habla acerca de ese decenio en su libro *La ciudad de los viajeros*, publicado en 1996:

La expansión demográfica y territorial fue remodelando los viajes (de los ciudadanos dentro de la propia capital): los reorganizó de acuerdo con el proceso de industrialización y las nuevas necesidades de los pobladores. A partir de 1945 los autobuses —que podían adaptar sus recorridos a los cambios urbanos— predominaron sobre el trazado rígido de los tranvías. Desde los años cuarenta los coches particulares fueron satisfaciendo las necesidades de transporte y dando signos de distinción al sector con más recursos económicos. Las revistas de la época comenzaron a publicar reportajes en los que intentaban ir construyendo una visión de conjunto de la ciudad y formar en los lectores conciencia de la necesidad de planificarla.

La ciudad crecía tan vertiginosamente que, la tarde del sábado 4 de agosto de 1943, mientras recorría alguna de sus colonias, el escritor Salvador Novo no pudo menos que sorprenderse ante una prueba irrefutable de la transformación capitalina, misma que consignó en una de sus crónicas publicadas en el libro *La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho*, en 1994.

En año y medio es prodigioso lo que se ha construido por este rumbo del bosque (de Chapultepec). Mi colonia Cuauhtémoc, mi San Rafael, han unido sus pinzas con un Anzures y un Polanco que representan sus avanzadas hacia las Lomas. Y mis viejas calzadas de la Verónica y del Hospital Inglés, que me deleitaba recorrer, se han transformado en un doble y amplio *boulevard* que me recuerda a Montevideo con sus casitas modernas instaladas en distintos niveles. Si uno sigue este *boulevard*, va a desembocar por la Escuela Nacional de Maestros, y si sigue adelante, llega a colonias nuevas

de Santa María, que han borrado la distancia que había entre el Instituto Técnico Industrial, en que yo daba clases, y la vieja colonia, vencida por la modernización hacia el poniente.

Ya esta ciudad no es mía, o bien yo ya no pertenezco a esta ciudad. Se me escapa, me desborda. No encontraba la calle del Clavel, en que quería comprar unas velas, y al dar con ella, descubrí toda una oculta y muy importante zona industrial, ocupada por grandes fábricas situadas a mano del ferrocarril.

Aceleré el regreso hacia la costumbre, lo conocido, lo inalterable...



La capital mutaba de piel. Poco quedaba de “lo conocido, lo inalterable” de la traza virreinal que permaneció casi intacta por décadas. A las huertas se las comía el asfalto, a las arboledas se las tragaba el cemento, a los ríos los confinaban en tuberías y más tarde los mezclarían con las aguas negras.

Nadie en ese momento deseaba considerar que quizás ese desarrollo, tan chic y tan propio de la modernidad, nos trajera con los años más desgracias que alegrías. Aquel Salvador Novo que se mostró sorprendido y asustado ante los cambios de su ciudad, en otro instante mudaba de opinión y se dejaba seducir por otro trozo de la capital en el que, como las grandes metrópolis del mundo, se ofrecía a sus habitantes una variada oferta teatral y musical. Y, para los que no podían pagar el precio de los boletos, pues estaba la democrática radio.



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler

Francisco Gabilondo Soler con los músicos y artistas que acompañaron sus programas

UN ELENCO ALREDEDOR DE UN GRILLO

ESA DEMOCRÁTICA radio sería el vehículo por el cual Francisco Gabilondo Soler iba a sembrar y a dispersar su fantasía a los cuatro vientos. Luego de dejar *El Guasón del Teclado*, un día se encontró en el umbral de la decisión de ir hacia la XEW para proponer una serie radiofónica dirigida a los niños. La idea resultaba seductora, pero quién podía asegurar que sería exitosa.

No era fácil encontrar una empresa que se interesara en patrocinar el proyecto, sobre todo porque los programas de radio para niños pocas veces han merecido el favor de los anunciantes. Y era obligado que cada serie de la XEW tuviese el respaldo monetario de una marca, al menos.

Por otro lado, crear una emisión dedicada a los pequeños implicaba trabajo de escritorio y de composición; todo ello obligaba a Gabilondo Soler a concentrarse solamente en dicha tarea, cosa que lo llevaría a abandonar sus otras pasiones. La pregunta era: ¿estaba dispuesto a hacerlo?

Después de mucho darle vueltas al asunto, optó por dejar otros intereses como el toreo, para explorar aquel ambiente que vivió en su infancia, allá en Orizaba. Accedió entonces a tener una cita con los ejecutivos de la XEW.

Llegó a la emisora del brazo de su esposa Rosario Patiño Domínguez, quien desde 1932 ya trabajaba en la estación como secretaria ejecutiva de ventas, haciéndose cargo de las cuentas de empresas muy importantes. La señora Patiño presentó a su marido con el gerente general de la emisora, Othón M. Vélez, quien lo motivó a crear un personaje que a través de la radio fuese atractivo para los niños. Así pues, cuando Pancho Gabilondo salió de la oficina de Othón M. Vélez empezó a escarbar en sus recuerdos de infancia.

Esto ocurrió en 1934, fecha en que la XEW tenía apenas cuatro años de haber sido fundada por Emilio Azcárraga Vidaurreta y sus socios estadounidenses. Gabilondo ingresó a la W justo en el momento en que la estación abría sus puertas para recibir un sinnúmero de artistas prácticamente desconocidos. Respaldados e impulsados por la fuerza y proyección que el medio electrónico les proporcionaba, en menos de un lustro esos jóvenes creadores se convirtieron en personajes de culto en la radio; de ahí, el brinco al cine y al disco fue juego de niños.

¿Cómo podría construir Pancho Gabilondo aquel programa? ¿Por dónde empezar? Tenía muchas historias pero, ¿cómo unir-las?, ¿cómo lograr esa aleación de sus correrías de infante con la música, y que eso no resultara aburrido para los chamacos? ¿Y hacer todo ello en sólo 15 minutos?, o mejor dicho, en 13, porque dos estarían destinados a los anuncios. Sonaba difícil, pero emocionante. Había que investigar, leer mucho, escribir por largas horas, imaginar bastante y rememorar aún más.

El resultado lo iba a someter a la presión dictatorial del tiempo y el ritmo radiofónicos. Y al de sus jefes. No quedaba de otra, para conquistar una audiencia ese trabajo tenía que hacerlo a puro valor mexicano. Y llegó ese día.



Era lunes. Francisco Gabilondo Soler llegó a las instalaciones de la XEW. El reloj indicaba que eran las 13:00 horas. Faltaban únicamente 15 minutos para que un nuevo programa hiciera su debut en la estación. Solo y su alma, sentado frente al enorme piano del estudio, Pancho se ajustaba la distancia del micrófono, aparentando serenidad. Le quedaban once, diez, nueve, ocho, siete, cinco minutos para ordenar su mente y sus partituras frente al piano, y aclarar la voz. Cuatro minutos después, se escuchó

el siguiente mensaje: “Amigos, ahora con ustedes, el pianista Francisco Gabilondo Soler, que va a interpretar algo de su cosecha”. Era la voz del anunciador Leopoldo Samaniego quien, acto seguido, le hizo una seña al compositor para que empezara a hablar.

El reloj marcaba las 13:15 de la tarde del 15 de octubre de 1934 cuando Francisco Gabilondo Soler se lanzó al aire. Pero no hacia el vacío desde un balcón, cual suicida, sino al aire radiofónico, cuyos mensajes se transportan a través de las ondas hertzianas, esos impulsos de energía electromagnética. Sería la primera ocasión que la voz, la música y una canción para niños compuesta por Francisco Gabilondo, viajaran por ese espacio radiofónico, alejándose de la XEW —el emisor central— para surcar calles, carreteras, ríos y puentes, y ser captadas por el radio, ese armatoste con bulbos y mueble elegante que era el privilegio de unas cuantas familias, debido a su todavía alto precio.

El pianista comenzó a tocar. Y luego a cantar. Y así fue desgranando la letra de su primera canción: *El chorrito*. Terminó. Seguía solo y su alma como dueño momentáneo de ese espacio. Hizo una breve pausa, ajustó nuevamente la distancia de su rostro frente al “cacarizo” y empezó a platicarle al anónimo radioescucha en qué hechos de su infancia se inspiró para escribir la letra de esa canción. Miró hacia el vidrio, al otro lado de la cabina, donde una mano le hacía señas. Era el operador, que le indicaba que sus 15 minutos de incipiente fama al aire habían concluido por ese día. Cerró el piano; tomó sus papeles, los guardó en la bolsa del saco, se despidió de Samaniego y salió. Tomó la calle.



“Fue un día triste”, recordaría muchos años después Pancho Gabilondo cuando, en 1985, la XEW lo volvió invitar para celebrar

el cincuenta aniversario de aquel primer día de muchos otros al aire. Esa vez, recordó que cayó en la cuenta de que su cuarto de hora había terminado cuando Samaniego, el presentador, empezó a leer un mensaje comercial, o *spot*, que lo bajó de golpe de la fantasía a la realidad. Se lo contó a Héctor Madera Ferrón; ese pasaje lo rescató Pável Granados en su libro *XEW, 70 años al aire*, de Editorial Clío. Estas fueron las palabras de Pancho Gabilondo en 1985:

De modo que a esa hora era el: “Ya vete pa’ tu casa”. Y así, recogí mis papelitos, salí por ese enorme pasillo del número 54. Ni quién me dijera nada, ni “adiós”, ni “ahí te pudras”. Me fui caminando por Ayuntamiento, tomé Dolores, en la esquina de Independencia pasaba el tranvía de La Rosa. Yo vivía en Santa María, entonces. Y que tomo mi tranvía y me voy muy calladito hasta Díaz Mirón, ahí me bajaba yo, pues vivía en Sabino 66, ahí fue donde se hicieron estas primeras canciones de Cri-Cri.

De regreso a Sabino 66, se limpió el sudor que perlaba su rostro por la caminata y la experiencia de su primer día ante los micrófonos de *La Voz de la América Latina desde México*. Se encerró en su estudio y a darle duro a la máquina de escribir. Mientras tecleaba con brío, se preguntó si habría de volver a la emisora, si aquella presentación no significaría su debut y despedida. Sacudió la cabeza para que se retiraran los fantasmas de la incertidumbre y se concentró en recordar y escribir. Así comenzó a rodar la piedra del recuerdo por ríos, cerros y árboles de su tiempo de niño. Travesuras, atracones de guayabas verdes, conquistas de montículos en el día y, por la noche, el mirar al cielo buscando estrellas y tratando de adivinar, achinando los ojos, el profundo color de sus entrañas.

Casi no durmió esa noche de su primera vez en la W. Trabajó intensamente en casa. Nadie podía molestarlo. Sus hijos Diana y

Jorge se habían acostumbrado a respetar a papá cuando cerraba la puerta del estudio y se quedaba a solas, en la única compañía de su piano y sus libros, diccionarios y enciclopedias. Ese hábito de trabajo lo había adquirido años atrás, cuando hacía canciones festivas bajo su personaje el Guasón del Teclado. En esa época nacieron piezas como *Adiós mi amor*, que surgió poquito antes del Guasón, pues está fechada en 1929. En 1930 había concebido otras, como *Los pistoleros* y *Madrid*, según datos de la Fundación Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri, que posee la más completa lista de su obra musical hasta hoy encontrada.

Al día siguiente, 16 de octubre, ya con otra canción, volvió a la XEW. Esa pieza era *Bombón I*, que luego sería más conocida como *El rey de chocolate*. Y la cantó, con la ayuda otra vez de su compañero el piano. Concluyó su interpretación y explicó, en los pocos minutos que le quedaban, cómo nació en su cabeza *Bombón I*. Concluyó la argumentación y también la emisión de esa jornada.

Caminó de nuevo, un poco más tranquilo que el día anterior, a la parada del tranvía que lo retornaba a casa, donde después de comer con sus hijos y su mujer, se encerró a piedra y lodo sacándole brillo a las teclas de la Smith-Corona, en afán de dar a luz nuevas canciones. Además de la letra, que escribía y reescribía, lo más complejo para él era la composición. Sus estudios musicales habían sido escasos, no por ello de menor calidad. Confiaba sobre todo en su oído y en su experiencia anterior que, aunque breve, le servía.

Así las cosas, en unos cuantos días de ir y venir de la casa a la emisora, Pancho Gabilondo había creado una canción diaria con su respectiva música, o había hecho una nueva versión de alguna que guardaba en el cajón del escritorio, como ocurriría con *Batallón de plomo* y otras. Además, aquella explicación anecdótica que vestía el principio y el final de su programa dejó de ser del todo improvisada cuando decidió ponerla por escrito, redondeando la historia. Como ocurría por aquellos tiempos de los inicios

de la XEW, todo estaba inventándose o por inventarse. Y su trabajo no era la excepción; había comenzado de manera autodidacta —como todos en la naciente radio—, trazando rudimentarias guías, a como dios le dio a entender, que le daban soporte a su presencia en solitario, frente al micrófono. Y así continuó un día tras otro; estaba dándose a conocer Francisco Gabilondo Soler como compositor para niños y, en breve, nacería su personaje Cri-Cri, el Grillito Cantor.



Mientras Gabilondo Soler se ocupaba de lo suyo, Rosario Patiño, su mujer, iba y venía por las calles del centro de la Ciudad de México. Debía conseguir que al menos una empresa se interesara en patrocinar el naciente programa de su marido. No quedaba de otra; don Othón M. Vélez, su jefe y gerente general de la emisora, le había advertido que si en el lapso de unas cuantas semanas el programa no encontraba apoyo financiero de una marca, se vería en la necesidad de retirarlo, con todo y el entusiasmo que él mismo puso en su nacimiento. Vélez creó muchos programas de la XEW, pero sabía también conseguirles un sostén, un papá patrocinador. Confiaba en que Rosario lograría su cometido, ella era muy buena vendedora, por eso la había invitado a unirse a sus filas desde años atrás. La había visto trabajar en La Campana, donde fungía como secretaria de ventas. Y se la robó para la W.

Charito, además de bella físicamente, era simpática y tenaz. Nada se le dificultaba. Por fin, un día logró que la Lotería Nacional quisiera anunciarse en el programa de su marido. Fue la primera marca que arriesgó dinero para apoyar esa aventura radiofónica. La suya sí que era una decisión temeraria, pues por esa fecha no había más que un antecedente de programa dedicado a los niños



Rita Rey, Othón M. Vélez



en la W. La estación creó años antes el *Tío Polito*. Y ya. El siguiente fue el de Gabilondo.

Era pues, la única serie infantil dentro de una parrilla programática pensada para adultos. Recordemos que Ruiz Cabañas alguna vez le dijo a Pancho, en tono despectivo, lo siguiente: “¿Por qué está usted haciendo cosas de patos y borregos? ¡Deje usted esas tarugadas!”. Eso se pensaba de los programas radiofónicos para niños.

Así pues, a las dos semanas de que salió al aire la emisión de Francisco Gabilondo Soler, la cual hasta aquel momento ni nombre ni rúbrica tenía, dejó de estar a prueba, o “a vistas”, y formó parte de la programación estable de la XEW. El compositor percibiría, por primera vez, un sueldo por su trabajo como creador de canciones infantiles y conductor de su propio programa. El monto sería de un peso con cincuenta centavos mientras estaba a prueba. Una vez que el patrocinio fue un hecho definitivo, su salario subiría a cinco pesos diarios.

Gabilondo escribía sin cesar. *La patita, Adivina adivinador, Amanecer, Baile de los muñecos*, y así, más y más canciones. La presión diaria era grande. En pocos minutos debía atrapar la atención del público. Poco a poco, aquella explicación espontánea de la primera emisión acerca del origen de sus canciones, se iría transformando en un relato más largo, escrito con gracia, sarcasmo y sentido del humor.

Dos años sudó la gota gorda para no defraudar a su patrocinador, a Charito ni a sus hijos. Le echaba los kilos, escribía letra y música de un día para el otro. Llegaba temprano a la emisora y despejaba sus dudas musicales con alguno de los músicos y directores de orquesta que trabajaban para otros programas ahí mismo.

La originalidad de su trabajo fue un rumor que llegó a oídos de don Emilio Azcárraga Vidaurreta, quien habló con don Othón para que apoyara más a Gabilondo enriqueciendo artísticamente su producción. Vélez llevó entonces al violinista Alfredo Núñez

Cañas (artísticamente conocido como Núñez de Borbón) con Pancho. Pronto ambos se pusieron de acuerdo.



La emisión se escuchaba mejor vestida. Y Pancho ya no estaba solo, como dedo, en el frío estudio de la W. En 1989, trajo a su memoria un recuerdo de aquellos años:

—Me habían puesto a Núñez de Borbón [...] para que no sonara tan triste el piano, porque yo en ese tiempo presentaba las canciones muy sencillitas. Y eso, junto al pianazo tan elegante de Agustín Lara, imagínense, era una blasfemia. Y entonces me pusieron a Núñez de Borbón para que engalanara un poquito la cosa.

Y sí, el programa se engalanó algo más con el violín y el ingenio de Alfredo Núñez, quien rápido hizo migas con el bromista y mordaz Gabilondo. Pero faltaba algo fundamental para vestir del todo esa emisión: el nombre del programa y una rúbrica.

Así que un día, don Othón, a quien ya se le iluminaban los ojos por los ingresos que entraban a la caja registradora de la W y la creciente audiencia del programa de Gabilondo, le pidió que creara un personaje que fuese el que narrara a los niños las historias que escribía; le propuso que pensara en algún animal: un gato, un conejo o un pajarito, y lo convirtiera en su interlocutor y en el personaje central para su público. Dicen que dijo algo así como: “Invente, por ejemplo, un grillito; sí, un grillito que toque el violín”. Y con ese pendiente entre ceja y oreja, el compositor se fue a casa, a quebrarse la cabeza y buscar en libros y enciclopedias.

Semanas después, encontró que ese animalito sería un grillo, un grillito cantor y saltarín. Pero, imprimirle corporeidad y que hablara y contara aventuras por el novísimo medio llamado radio,

no iba a ser asunto fácil; crear un personaje que pudiese conectarse con los niños implicaba resolver varias cosas.

Primero, imaginar y diseñar la figura, luego encontrarle una personalidad, un discurso verbal y otro musical. También era obligado preguntarse quién traduciría o interpretaría los mensajes que ese bicho enviaría a la audiencia infantil. Surgió entonces la necesidad de buscar un locutor o un actor que operase como una especie de vocero o traductor del grillito.

Así las cosas, en la gerencia de la XEW se discurrió que el declamador y locutor Manuel Bernal, el ex Tío Polito, parecía la voz más indicada. La idea era que Pancho se sentara frente al piano a tocar y a interpretar sus canciones, y se sugería deseable que estuviesen relacionadas con la historia que el saltarín habría de susurrarle al oído a don Manuel Bernal.

Y así brincó a escena el Grillito Cantor. Faltaba algo más difícil: la rúbrica que abriría y cerraría cada emisión. Nuevamente, el trayecto al hogar en la calle Sabino se tornó sinuoso. ¿Qué poner en la rúbrica, qué decir, con qué música, cuánto debe durar? Y no fue de un día para otro que pudo despejar tantas incógnitas. Se llevó sus días y sus noches de ensayo arduo frente al piano, y de escritura con el lápiz sobre el papel. Por fin, un día quedó satisfecho con el resultado. Y así surgió la famosa estrofa: “¿Quién es el que anda aquí? / ¡Es Cri-Cri! ¡Es Cri-Cri! / ¿Y quién es ese señor? / ¡El grillo cantor!”.

Gabilondo Soler, acompañado al violín por Alfredo Núñez de Borbón, exploraba todas sus habilidades musicales, letrísticas, verbales y de escritura para echarse a la bolsa al público. Cada vez adquiría más destreza para crear esos cuentos que enmarcaban cada canción; sin embargo, el horario no se le hacía el más adecuado para contar esas historias colmadas de fantasía. Así pues, un día le dijo a don Othón que lo cambiara de hora, pues los cuentos, por lo general, se narran al caer la tarde, durante el crepúsculo. Vélez le hizo caso y movió el programa a las seis y media de la tarde.

Si la amalgama músico-literaria que inventó Pancho Gabilondo era casi redonda, la voz de Manuel Bernal le ponía el broche de oro. Bernal, un cálido narrador, era dueño de una voz de terciopelo educada para la declamación, la narración y el canto. Tenía seis años más que Pancho; había nacido el 3 de diciembre de 1901, en Almoloya de Juárez, estado de México. Pancho y Manuel se encontraron afines en algunos hechos: a los siete años de edad, Manuelito quedó huérfano; desde niño se inclinó por la lectura y el dominio de la lengua española. A los 12 se fue a Toluca con unos tíos, quienes le costearon sus estudios en el Instituto Científico y Literario, donde destacó en el campo del deporte, la literatura y las ciencias fisicoquímicas. Participó por el estado de México en un concurso nacional de oratoria patrocinado por el periódico *El Universal* y obtuvo el primer lugar, al lado de Adolfo López Mateos. Luego se instaló en la Ciudad de México, donde ingresó en el Conservatorio Nacional de Música y ganó la Beca Caruso para ir a Italia a estudiar *bel canto*. Pero declinó el viaje; no tenía dinero. Se quedó en el país a concluir las carreras de Medicina y Leyes. En 1930, bajo el consejo de su esposa participó en el concurso de voces que lanzó la XEW, cuando integraba su equipo de presentadores; obtuvo el primer lugar. Empezó de inmediato. En 1930 Azcárraga creó el programa de *El Tío Polito*; el papel lo hacía el actor Leopoldo Beristáin, apodado el Cuatezón. Cuando éste dejó la emisora para retornar al teatro, don Emilio le pidió a Bernal que fuera el segundo Tío Polito. Se trababa del personaje de un viejecito que bajaba todas las tardes del Ajusco a contar cuentos y dar consejos a los niños. Bernal tuvo enorme éxito. Dicen que recibía 500 cartas diarias de los niños. Poco después de que concluyó su papel de Tío Polito, se integró al equipo de Francisco Gabilondo Soler. Fue Bernal quien le dio voz a un grillo preguntón, nada conformista y bastante autocrítico; un grillo cantor que en cuanto podía saltaba al bosque en busca de aventuras.

La conexión entre el grillito, el traductor, los músicos y sus escuchas se fue dando poco a poco, pero era evidente que suscitaba interés creciente. Al principio, Gabilondo Soler trabajó con tensión, pero una vez que encontró la fórmula, empezó a disfrutar no sólo su creación, sino esa mágica comunión con el radioescucha, que es posible cuando los programas son en vivo.

Y se sorprendió al darse cuenta del efecto de sus canciones. *El chorrito* y otras comenzaron a ser rápidamente tarareadas no sólo por los niños, también por los adultos. Comprendió que había dado en el clavo; descubrió que bucear en el profundo mar de sus recuerdos de infancia no sólo resultaba placentero sino que constituía una mina de oro. Dejó atrás sus dudas y se concentró en el diseño y la creación diaria de su programa, que inicialmente se llamó *Cuentos y canciones de Francisco Gabilondo Soler*, y que en épocas posteriores se iría modificando ligeramente el nombre a *Cuentos y canciones de Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri, el Grillito Cantor, Canciones de Cri-Cri, el Grillito Cantor, y el vasto mundo imaginario de Francisco Gabilondo Soler*. Casi al final de su estadía en la XEW, se denominó *Más literatura y canciones de Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri, el Grillito Cantor*.

Pancho abandonó por un buen tiempo aquella otra vida intensa, emocionante y diversa que desde los 15 y hasta los 27 años de edad lo mantuvo en un ir y venir de la natación al boxeo, de los puños a los toros. Todo lo dejó por un grillo cantor.



Pero para él no representaba un sacrificio cerrar el ciclo de todo aquello. Lo emocionaba su programa y, sobre todo, la posibilidad de componer y escribir historias. Desempolvo una carta de las muchas que me proporcionó la Fundación Francisco Gabilondo Soler, las cuales —al igual que las letras de las canciones que

aparecen en este libro— forman parte del rico acervo documental, fotográfico y sonoro que ilustra la trayectoria y la obra del creador de Cri-Cri. Dicha Fundación tiene como tarea buscar, reunir, preservar y, principalmente, difundir y poner al alcance de la sociedad mexicana los archivos que paciente y amorosamente ha colectado.

En aquella quedó impreso el gusto con el que Pancho Gabilondo vivía y hacía su trabajo en la XEW. La misiva, escrita en 1934, semanas después de haber iniciado su programa, constituye un tesoro que nos deja ver cuán ilusionado estaba con el personaje de Cri-Cri, qué buen padre era cuando su esposa salía de viaje por motivos de trabajo y cuánto amaba la astronomía:

Julio 7 de 1934 a las 22:00 horas

Charito de mi vida:

... No he salido en todo el día. Me quedé estudiando porque el día 15 hay un eclipse total de Luna y estuve repasando esa materia. Creo que no lo voy a poder ver porque en estos días hay muchos nublados. Si tú te quieres fijar tal vez tengas más suerte; yo nunca he visto un eclipse total y tengo el presentimiento de que seguiré sin verlo. Si tienes oportunidad en la noche del día 15 fíjate en el cielo para que luego me lo cuentes. Aquí va a ser imposible, pues hay días que ni siquiera vemos el Sol.

En la noche del día 15 (hay Luna llena) verás que a las 9 horas 12 minutos la Luna empieza a entrar en la sombra que la Tierra proyecta en el espacio. Sobre nuestro satélite verás la silueta de la forma curva de la Tierra. Poco a poco se irá internando la Luna en la sombra hasta quedar completamente eclipsada a las 10 horas 9 minutos; dicen los libros que la Luna no queda absolutamente invisible sino que se distingue con una débil coloración rojiza. A las 11 horas 50 minutos comenzará a salir de la sombra; el eclipse terminará a las 12 horas 47

minutos. Es un fenómeno muy interesante y que sólo ocurre de tarde en tarde. Me gustaría que lo observaras; como no se necesita ningún aparato para verlo, ¿quieres que te nombre mi secretaria astronómica?

Haz de estar contrariada por no vender nada; pero ya me imagino que cuanto menos consuman más lata te han de dar. Yo quisiera que a cuanta ciudad fueras no te encontraras ni una gente para que regresaras pronto. Dos meses sin ti va a ser mucho. Por más que me lo propongo, no puedo vivir sin tu mamarracho prieto.

Además estoy intranquilo porque aquí hablan mucho de revolución, y aunque ya sé que las gentes son muy afectas a exagerar las cosas, bien sabes que soy muy propenso a alarmarme. Si estuviéramos de malas y se llegara a interrumpir la comunicación, no salgas de donde estés hasta que haya completa seguridad. Prométeme que así lo harías si llega el caso, pues si no me volvería loco.

A Jorge se le cayó otro diente, y el ratón que es muy cumplido le trajo su peso. Todavía no he encontrado un albañil que me arregle la pared en donde pienso arreglar el teatrillo; ayer vino toda la chamacada pero no hubo función. Compré una corrida de toros completa: decoración, toro, matador, banderilleros, picador, monosabios, manolas y chulos. Todo está bonito y espero que tenga gran éxito.

Hoy escribí más letras para la Patita y para el Rey Bombón I. Quedaron muy chistosas, ¡veremos si gustan!

Te mando tres recibos de comisiones de la “W” para que los firmes y me los regreses para poder usarlos cuando sea necesario. Por favor, también envíame una carta para La Campana, con fecha 15 de julio, pidiéndoles que entreguen a “la portadora” tus dos quincenas y las comisiones de la ventas foráneas que hiciste. Mañana mismo voy a comenzar a buscar el coche, porque me han dicho los muchachos que se tarda uno algo para poder conseguir un carro que valga la pena; voy a recorrer todas la agencias de la ciudad.

He estado de mal humor porque desde que estoy yendo a ver al dentista sigo peor de las encías, pero tal vez sea una reacción provocada por las curaciones. Tú cuídate mucho: no comas porquerías

ni hagas diabluras y dedícate a hacer ejercicio porque no quiero que regreses gorda.

Hoy te escribo más, ¿verdad? Es que estoy muy enamorado de ti en este momento (y en los otros también) ya llevo 54 minutos de no pensar más que en ti. ¡Ajustaré la hora!

Ayer cumplí 38 semanas de Cri-Cri. Casi no lo he sentido; es un programa muy noble y que me gusta mucho. Esta semana compuse una canción que se llama “Crepúsculo” ¡vienen las vacas y becerros mugiendo al caer la tarde, una campana da el toque de oración y comienzan a brillar las estrellas y, ya para terminar digo:

*... Cuando cae la tarde,
Caperucita
come arroz con leche
junto a su abuelita.
Y, mientras escuchan
el cuento del Lobo,
tiembla el becerrito
¡que se siente solo!*

¿Te imaginas a Caperucita pelando los ojos y con un platote de arroz con leche sobre las rodillas? La melodía está muy adecuada, pero no he podido estrenar la canción porque no consigo por ninguna parte un cencerro que me hace falta. También he compuesto otras cuatro melodías, todas bonitas, a las que todavía no les he puesto letra porque no se me ha ocurrido. Estoy apurándome porque quiero impulsar un poquito mi repertorio antes de entrar a trabajar en las tardes.

Ahora sí, mi negra, ¡a la cama! Que mañana nos tenemos que levantar temprano. Toma un besito ¡saca la sábana y abrázame por detrás! ¡Ya duérmase!

*Patxi
El gigante tuyo*

En esa carta, Gabilondo Soler nos revela que componía primero la música, luego buscaba imaginar una historia y entonces escribía la letra de la canción. No sé si ese fue su método permanente de trabajo, pero es hermoso saber, al menos un poquito, y de su puño y letra, cómo confeccionaba sus obras. En 1980, allá en Tocuila, no quiso hablar de eso, pero sí de Cri-Cri, quien al final de cuentas, era su *alter ego*.

—¿Y por qué bautizó usted con el nombre de Cri-Cri a su personaje?

—Porque las que yo relataba eran aventuras de un animalito, y como mi compañero al violín era Alfredo Núñez de Borbón, pues a los dos se nos ocurrió que el personaje tenía que ser el de un grillito. No estábamos haciendo nada original porque, según la fantasía milenaria, el animalito típico que toca el violín es el grillo, y según yo, la palabra *cri-cri* se parece mucho al sonido que hacen esos insectos cuando cantan. Pero nunca imaginé que mi personaje fuese a tener tal impacto en la radio; pegó de manera inusitada. Yo hacía con mucho gusto el programa, fuera de todo interés económico, porque me gustaba lo que iba creando; en realidad estaba acordándome de mi infancia, pues muchas de las canciones que hice tienen su origen en las experiencias de aquella época. Además, en mi familia nos hemos caracterizado por tener apego a lo antiguo. Aquí en la casa no sólo hay muebles de cuando yo nací, sino juguetes de cuando era chiquito... bueno, gracias a las tías se salvaron, porque de chamacos siempre rompemos todo... ahí los tengo, guardados y bien conservados, luego se los enseño. Conservo también algunos juguetes modernos, pero me inclino por los antiguos; no tengo demasiados, pero sí bastantitos; todos eran objetos con los que me entretuve y jugué durante toda mi infancia. Mi familia y yo así hemos sido, nos ha gustado conservar todo. Por eso el ropero de mi abuelita estaba lleno de objetos que a ella le traían muchos recuerdos.

—Cuando empezó usted a hacer el programa de Cri-Cri, ¿existía alguno más dedicado a los niños en otra emisora?

—Hubo un programa anterior al mío en la misma XEW, el de Manuel Bernal, *El Tío Polito*, que leía cuentos de Pinocho a los chamacos. Y en la XEB existía el que se llamaba *La abuelita Patona*.

—¿Quién era esa abuelita?

—Una mujer era la que hacía el programa. Y yo creo que... estaba inspirado en *Mother Goose*⁷, porque Mother Goose vivía en un zapato. Por cierto que a la muchacha que creó y condujo el programa de *La abuela Patona* en la XEB, también le daba por componer... Luego, se puso a declarar que yo le había robado toda la idea. Pues no. Yo ni escuchaba su serie. Y no necesitaba robar lo que era mío, porque mi abuelita, mi Orizaba, mi ropero, mi río, no solamente existió: ¡existe! En Orizaba todavía sobrevive la casa de mi abuela donde hay un chorrillo como el que tengo aquí en esta casa. Ahora sí que donde yo viva debe haber un chorrillo, ¡es la marca de fábrica!

Pues sí. Pancho Gabilondo no tenía necesidad de robar historias. Con las que vio en su infancia le sobraba tela de dónde cortar. Esa *mélange* bien medida de cuento y canción fue muy singular. Además de ser un buen músico, era un pulcro escritor, de lápiz afilado. Sin ser su oficio —y tal vez por eso—, no sólo puso especial empeño en aprender a redactar para que sus textos resultaran claros, sencillos y directos; también buscó imprimirles una calidad narrativa, con imágenes bien logradas. He aquí una probadita de su buena prosa, plasmada en el cuento *Los negocios imposibles*:

Sí, la Luna te lo dirá. En aquel atardecer, la Luna creciente colgada del cielo apuntaba sus cuernos hacia el oriente cuando Cri-Cri y

⁷ *Mother goose in prose (Mamá oca en prosa)*, de Lyman Frank Baum, 1897; Lyman fue el autor de *El mago de Oz*.

Farfulla preguntaron dónde estaba el Gnomo. La Luna respondió “está detrás de ustedes”. Ambos amigos se volvieron sin lograr ver a nadie. “Está detrás de ustedes”, volvió a repetir la Luna; sólo que así se gire a toda velocidad, el Gnomo siempre queda detrás de uno y, como es muy incorrecto hablarle a quien esté detrás de nuestras espaldas, Farfulla desistió de dirigirse al rico Gnomo que hubiera podido gastarse un dineral en avisos y anuncios de toda clase. Antes de buscar otro posible cliente, Ditirambo Farfulla, que ya tenía apetito, preguntó ¿Aquí, dónde se come? En ningún sitio, y como viera a Farfulla alarmado tomándolo por los hombros, Cri-Cri lo volteó para que respirara la brisa que en ese momento soplaba desde el trigal. Cinco o seis profundas aspiraciones de aire triguero equivalen a comerse un pan de buen tamaño. Cri-Cri previno a Farfulla que cuando la brisa cambiara soplando desde el pantano, se abstuviera de inhalarla, porque el aire del pantano es venenoso y huele a ranas despeinadas.

Esa advertencia hizo que Farfulla preguntara si en el País de los Cuentos se acostumbran los perfumes. Claro que sí, dijo Cri-Cri; cuando queremos oler perfume nos ponemos una abeja viva en el labio superior debajo de la nariz, como bigotito ¿Porqué una abeja? Pues porque como las abejas liban continuamente en las flores adquieren un aroma delicioso. Ditirambo Farfulla pensó que en aquel raro país anunciar alimentos y perfumes resultaría ruinoso, pero algo debe haber aquí, insistió Farfulla, que guste mucho a los habitantes. Desde luego les gusta escribir versos; los pobladores del País de los Cuentos están dotados de un alto sentido poético. Todos son vates, pero sus versos jamás se publican pues, tal como sucede en el mundo real, ningún poeta puede soportar las rimas de otro poeta...



Aunque Pancho también tocaba el violín, siempre agradeció que Alfredo Núñez de Borbón estuviese a su lado, pues absorbió mucha de su maestría como violinista. Hacían un gran dueto. Se las ingeniaban para vestir las canciones con apenas el piano, el violín y algunos ruidillos que inventaba Alfredo.

Cuando llegó a la XEW, Núñez de Borbón traía ya una fructífera carrera que empezó mucho tiempo atrás, a los nueve años de edad. Empíricamente aprendió violín y piano en su casa; luego tuvo como maestros a Estanislao Mejía en solfeo, a José Rocabrana en violín y a Pedro Luis Ogazón en piano. A los 17, sin permiso de sus padres, se integró a la Orquesta de Miguel Lerdo de Tejada que iba de gira a Atlanta, en Estados Unidos. Al concluir aquella, se trasladó a Nueva York. Trabajó tocando piano y órgano para acompañar películas mudas. En 1925 formó una orquesta de baile con la que recorrió América del Norte. Después se sumó a la orquesta de un barco transatlántico. Trabajó en un conjunto ruso gitano en la ciudad de Nueva York y después a bordo de un buque de matrícula alemana, que hacía el recorrido a Miami, Florida. Ahí laboró en un hotel de lujo como pianista. Regresó a Nueva York, contratado por Sam Getz, para actuar en el Club Mirador, con la orquesta de Johnny Johnson. Volvió a México en 1936. A los 28 ingresó a la XEW e hizo equipo con Gabilondo. Sin duda el violín fue la voz del personaje Cri-Cri. Cualquier otro instrumento podría faltar, ese no.



Para 1936 el programa de Gabilondo Soler tenía público ya identificable y ascendente. Rosario Patiño visitaba más empresas que podrían patrocinar la serie de su marido. Los reportes del alto índice de radioescuchas y de ingresos por concepto de la publicidad en ese segmento llamaban cada vez más la atención de Azcárraga

Vidaurreta y de Othón M. Vélez. Por ello aprobaron que otros músicos se incorporaran a la emisión diaria. Así las cosas, Juan García Esquivel se integró al equipo, inicialmente tocando la marimba y las campanas. Ese trío se volvió fenomenal.

Esquivel era más joven que Pancho Gabilondo, pues nació el 20 de enero de 1918, en Tampico Tamaulipas. Pero, al igual que él y Núñez de Borbón, fue en la niñez que comenzó a estudiar piano. Ya sus padres se habían trasladado a vivir a la Ciudad de México cuando a los diez años de edad empezó sus estudios de ese instrumento. Y al cumplir los 14 compuso sus primeras piezas, que no se conservan. Había sido pues, tan precoz como Gabilondo y, como él, se interesaba por el jazz.

En 1935, cuando cumplía los 17 años, lo contrató la XEW para formar la orquesta de la emisora, agrupación con 30 elementos que cumplía varias tareas, entre ellas, los arreglos para programas y la creación de *jingles* para marcas que ahí se anunciaban. A la par de su labor en la W, Juanito estudiaba ingeniería en el Instituto Politécnico Nacional. Eso, dicen quienes lo conocieron, le sirvió para los experimentos electrónicos que eran su pasatiempo. En los años cuarenta musicalizaría la serie *El panzón Panseco*, que conducía el locutor y humorista regiomontano Arturo Manrique, quien por cierto, cuando ingresó a XEW ya había actuado en la cinta *La mujer del puerto*, que Arcady Boytler rodó en 1933 y que consagró a Andrea Palma.

Bajo esa pasión por la experimentación sonora, en 1956 Esquivel grabó su primer disco, donde mostró lo bueno que era para los efectos y ambientaciones. En 1957 realizó la banda de la película *Cabaret trágico*, donde mezcló ritmos tropicales con jazz. Dos años más tarde, la RCA Victor le extendió un contrato para que su música sirviera como fondo en la promoción de las consolas estereofónicas. Permaneció una década en la disquera, donde grabó once LP. Vivió por años en Estados Unidos, en donde hizo arreglos musicales para Henry Mancini, Frank Sinatra y Walt

Disney. A Sinatra habría de acompañarlo buena parte de su vida, sobre todo en Las Vegas. Son legendarias las historias en torno a los espectáculos que montaba con su orquesta y a los que acudían como espectadores Sinatra y Mancini. Las extravagancias sonoras de Juanito fueron adelantadas para su tiempo, pues utilizaba la electrónica con instrumentos orquestales acústicos, lo que abrió la brecha, de forma muy temprana, a lo que en los años sesenta harían compositores como John Cage. En una ocasión García Esquivel experimentó grabando dos orquestas por separado y luego las mezcló. Eso le dio libertad para crear en los años noventa el estilo *lounge music*. La Revista *Rolling Stone* reconocía que Matt Groening, U2 y Quentin Tarantino fueron influenciados por la obra de García Esquivel. Sin duda, la apreciación de su obra fue mayor en Estados Unidos que en México. García Esquivel murió el 3 de enero del 2002, a punto de cumplir los 84 años de edad.



Si bien García Esquivel ayudaba a Gabilondo haciendo algunos efectos sonoros para el programa, su profesión no era la de “creador de ruidos”. Y a Pancho le urgía alguien que exclusivamente se dedicara a eso. Así que, con el apoyo de Rosario, buscó convencer al gerente de la W para que le permitieran contratar uno.

Al fin, un día llegó un hombre menudito, de ojos risueños y cabello negro; era Carlos Max García, apodado Alpiste. Su talento era grande. Rápidamente entendió los requerimientos para “vestir” con efectos las canciones de Cri-Cri. Y armado con un peine, una lámina delgada, unas hojas de papel, un par de cáscaras de coco, unos cuantos cerillos, una lija, trozos de madera y algunos objetos más, Carlos Max se presentó desde ese día en el programa e hizo brotar los efectos. “¡Ah, qué diferencia!”, diría Pancho al finalizar la primera emisión en la que participó Apiste. Era todo

un artista el muchacho. Con su trabajo, Max abrió brecha en esa especialidad. Estudiaba con anticipación las letras de las canciones, marcaba con lápiz el momento previo al que debía generar el efecto y elegía sus herramientas para lograrlo.

Había que verlo trabajar durante el programa; allá en una esquina, armado de su arsenal, Alpiste creaba: si el personaje iba veloz sobre su caballo, golpeaba dos cáscaras de coco; si surgía fuego en el bosque, frotaba celofán cerca del micrófono; cuando la lluvia arreciaba, dejaba caer sal sobre un trozo de papel; si la locomotora corría echando humo de algodón, Alpiste tallaba dos trozos de madera sobre lijas, y casi al momento en que el Chivo Ciclista se iba a dar el porrazo, movía en el piso pedazos de hojalata, muy cerca del micrófono. Estos ruidos, más la música del piano, el violín de Núñez de Borbón y la marimba de Esquivel, hacían del conjunto musical algo verdaderamente mágico.

El experimentado oficio de Carlos Max García provenía de la radionovela. Ese género lo inició en México la XEW y fueron el cineasta Alejandro Galindo y su hermano Marco Aurelio los que realizaron la primera. Su título: *Los tres mosqueteros*, una adaptación de la novela de Alejandro Dumas. Fue ese producto radiofónico el que hizo necesaria la creación de un tercer lenguaje radial: el ruido ambiental. Y, con él, un nuevo oficio: efectista de sonido. Y Max fue uno de sus artífices; aprendió de manera autodidacta y, como dicen, a veces echando a perder, pues en esa época no existían escuelas para estudiarlo.

Carlos Max trabajó con Pancho Gabilondo por largos años. En ocasiones, a la tarea de Alpiste se sumaba José Luis Peimbert, también creador de efectos. Pero sin duda, Max García era la mano derecha del Gabilondo en esos menesteres.

Y, aunque consagrado a ese quehacer, Alpiste se daba tiempo para vivir de otro: la actuación. Participó en *El rosario de Amozoc*, cinta que se estrenó en 1938 y dirigió José Bohr (el famoso Che). El productor: Vicente Saisó Piquer. El guión fue de

José F. Elizondo y Pepe Nava. Las estrellas: Lupita Tovar, Carlos Orellana y Emilio Tuero. La música la hizo Gonzalo Curiel. En esa cinta, Carlos Max García hace un papel secundario: secretario de la Junta de Mejoras Materiales del pueblo.

Ese mismo año participó en el filme: *Los millones de Chaflán*, que dirigió Rolando Aguilar con libreto de Alejandro Galindo. El reparto lo encabezaron Carlos López, Emma Roldán, Joaquín Pardavé, Pedro Armendáriz, Gloria Marín, Carmelita Bohr y Carlos López Moctezuma. Alpiste tuvo el rol de un botones de hotel. Su última participación conocida fue en 1940 en *Al son de la marimba*, una adaptación de la comedia *Los mollarés de Aragón*, de Augusto Martínez Olmedilla, bajo la dirección de Juan Bustillo Oro; el libreto es de Bustillo Oro y de Humberto Gómez Landero. La fotografía de Jack Draper. La protagonizan Sara García, Fernando Soler, Emilio Tuero, Joaquín Pardavé y Marina Tamayo. Se desconoce el papel que Max García hizo en este filme.

George Gabrilondo Patiño.



Archivo Fundación Francisco Gabrilondo Patiño

Portada del álbum de Cri-Cri promovido por la compañía Larín

EL ÉXITO LLEGA Y TAMBIÉN SE VA

LOS DÍAS pasaban y el pobre calendario adelgazaba de modo extraordinario. Corrían los meses y los años, y la fantasía que escribía y cantaba Gabilondo Soler para su programa de radio en la XEW alimentaba la imaginación de un buen filón de radioescuchas que, ya para finales de los años treinta, se sabía estaba conformado por un ejército de mamás y de hijos de esas mamás. Era innegable el trancazo que significó ese esfuerzo. Otras marcas ya querían anunciarse en ese espacio. Así pues, a la Lotería Nacional le siguió chocolates Larín como patrocinador.

La empresa que elaboraba Larín era la Fábrica Modelo de Chocolates y Dulces Larín y Compañía, cuya historia empieza en 1892, en la colonia San Rafael. Para 1940, sus dueños compran la mitad de una manzana de ocho mil metros cuadrados en Avenida de los Morales, hoy Ejército Nacional; ahí construyeron su nueva casa.

Con los ingresos publicitarios resultado del nuevo anunciante, Gabilondo Soler y su elenco obtuvieron un mejor sueldo. Estaban contentos; el asunto iba viento en popa, como un barquito sobre un mar tranquilo, y se dejaron mecer por la racha de buen viento durante unos años más, plazo en el que Gabilondo estrenó piezas como: *Canción de chinos*, *Abuelito*, *La negrita Cucurumbé*, *El abejorro Mostachón* y *El conejo turista*, de la que escribió dos versiones.

Gabilondo deseaba con intensidad plasmar su gusto por el jazz en sus piezas, para lo cual necesita un elemento más, un contrabajista. Desde los inicios de su programa ya hacía guiños jazzísticos a su música; *Los mayates*, de 1934, es una de las más representativas, y *Caminito de la escuela*, también de ese año, tiene aires muy cercanos al jazz.

Así que un día invitó al contrabajista veracruzano Víctor Manuel Pazos, quien incorporó el ritmo sincopado que es notorio

en *Al agua todos*, esa canción en la que Gabilondo crea una sección instrumental deliciosamente jazzeada.

Sin embargo, a la vida de Pancho no había llegado todavía ni el mucho dinero ni la gran tranquilidad. Vivía la presión que le imponía el programa en el sentido de estrenar canciones cada semana. Cada estreno significaba una moneda al aire, y había que cruzar los dedos para que fuese pegador.

Y la gran mayoría lo fue, como las obras que hizo entre 1935 y 1936, tales como *Canción de las brujas*, *Los tres cochinitos* o *Los conejos panaderos*, que fueron un éxito inmediato. En esa época compuso algunas otras como *Aritmética*, *Arbolito de navidad*, *El cazador*, *El charrito de barro* o *Baile de los inditos*, que aunque son muy hermosas, no tuvieron el impacto que Gabilondo deseaba.

Año tras año su obra mostraba mejor factura, fuerza metafórica y mayor riqueza armónica e interpretativa. Para no haber estudiado música de manera académica, el resultado era de calidad; Gabilondo Soler se quemaba las pestañas de tarde a madrugada para obtenerlo. Al llegar al estudio de la W y antes de repartir las particellas a los ejecutantes, todavía hacía correcciones y observaciones a lápiz. Durante los primeros meses, ensayaba con sus músicos minutos antes de la salida al aire del programa, pero con el tiempo y el profesionalismo de cada uno, el ensayo se hizo prescindible.



Para el programa trabajaron básicamente dos locutores a lo largo de los años que permaneció al aire. Como dije, fue Leopoldo Samaniego quien dio el banderazo de salida a la emisión, pero al poco tiempo decidió irse de la XEW para asumir de lleno su tarea de poeta. Luis Cáceres tomó la estafeta. Y cumplió con creces la tarea de presentador del programa. Su excelente memoria,

dicción y simpatía también ayudaban. Inmediatamente hizo gran amistad con Pancho por aquello de que les gustaban las desveladas y la música.

Cáceres nació en la calle 63, en Mérida, Yucatán, el 1 de mayo de 1912; quedó huérfano de madre a los 12 años y aún niño llegó a la Ciudad de México a buscar trabajo; lo encontró en la Remington Rank, como cobrador. No le gustó. Se fue a probar suerte a San Antonio, Texas; ahí, hizo dueto con un amigo que tocaba la guitarra y los contrataron en la WEOY; les pagaban diez dólares a la semana, según le contó a Bertha Zacatecas, quien consigna el dato en su libro *Vidas en el aire*.

Como era indocumentado, “la migra” lo deportó. Llegó a Monterrey e ingresó a la XET como cantante. La estación era de Rogelio Azcárraga Vidaurreta, hermano de don Emilio, a quien pronto conocería. Cuando cumplía los 19 años de edad, don Emilio le lanzó esta pregunta: “¿Querría usted ir a trabajar a la XEW?”. Era 1929, y la W estaba en ciernes. Cáceres lo pensó un año. Por fin, se integró al equipo de anunciadores-vendedores en 1931. Hacía de todo un poco; permaneció en la emisora hasta que se jubiló, 50 años después. Fue tan amigo de Gabilondo que éste le escribió la canción *Cocuyito playero*.



La XEW no era únicamente la fábrica que cumplía los sueños empresariales de don Emilio y sus socios; también fue un semillero de músicos y orquestas. Desde su inauguración en 1930, la estación se caracterizó por un estilo musical ecléctico, plural, que por igual daba oportunidad a autores campiranos de sones huastecos y de marimba, que a músicos formados en la academia como Miguel Lerdo de Tejada y Alfonso Ortiz Tirado; a cantantes de ópera como Luis G. Roldán, Nicolás Urcelay y José Mojica;

a violinistas como Henryk Szeryng y Fausto Pinelo, sin olvidar que fue Enrico Caruso quien puso la primera piedra del Cine Olimpia.

La emisora fue centro de creación de orquestas cuya finalidad principal era cubrir las necesidades tanto de las series radiofónicas como de la producción de cortinillas, rúbricas y *jingles* para los anuncios publicitarios. Esas agrupaciones resolvían las urgencias de una radio cuyos programas eran en vivo, pues hasta los años cincuenta no existió tecnología para grabarlos.

La W nació eminentemente musical y lo seguiría siendo a lo largo de sus primeras tres décadas. Los ejecutantes y compositores que formaban parte de aquellas orquestas tenían una estabilidad y un sueldo, quizás no muy alto, pero sí seguro y cotidiano. Y los directores artísticos, productores y titulares de programas descansaban buena parte de su tarea en esos ensambles. Francisco Gabilondo Soler se nutrió del talento de varios directores de orquesta, pues en la emisora había más de dos agrupaciones trabajando simultáneamente.



Hacia finales de la década de los treinta, la emisión de *Cri-Cri*, *el Grillito Cantor* estaba en la cima del éxito. Niños y adultos se habían aprendido sus canciones, y las entonaban a la menor provocación. El programa ya se conocía fuera de la Ciudad de México porque la señal de la W era cada vez más potente. El 18 de septiembre de 1938, en una ceremonia en sus instalaciones, en la cual que estuvo el general Francisco J. Mújica, titular de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, se puso en marcha una nueva planta transmisora de 100 mil watts de potencia que bañaría el territorio nacional y buena parte del Caribe. Un folleto de la emisora consignó el acto: “XEW vistió sus mejores

galas para tal ocasión, en que a la vez se festejaba su octavo aniversario, y de todas partes de la República y de multitud de ciudades del Continente, se recibieron amables y calurosas felicitaciones”.

Un año antes se había echado a andar la onda corta, bajo las siglas XEWW. Y en 1940, se instaló la enorme antena de media onda, con 200 mil watts de potencia, acontecimiento que por haber ocurrido en plena Segunda Guerra Mundial, levantó suspicacias y “sospechosismo”, asunto que podría dar pie a un libro acerca del papel secreto que jugó la XEW durante ese conflicto bélico.

Pero, más allá de esas especulaciones, es indudable que aquel avance tecnológico benefició a los programas y a sus hacedores, así como al área de publicidad, pues los anunciantes multiplicaron el impacto de sus mensajes. El de Pancho Gabilondo también salía ganando con ese alcance, pues su serie encontraba nuevos patrocinadores sin la dificultad de antaño. Charito Patiño también estaba feliz por los ingresos monetarios que vislumbraba iban a multiplicarse. El éxito había llegado a la obra de Gabilondo Soler y con ello, el dinero a casa.

Pero, en un pestañear, las cosas cambiaron. En 1940, el mundo ya padecía el impacto de la Segunda Guerra Mundial. Sus estragos económicos se sentían también en México y sin duda en las emisoras; los ejecutivos de la XEW ya no podían importar equipos y refacciones para la buena marcha técnica de sus estaciones y, cuando eso era posible, su precio las hacía inalcanzables. Tomaron entonces la decisión de que ingenieros y técnicos de la planta transmisora se las arreglaran para fabricar esas refacciones. Y lo lograron.

La situación económica de todos modos iba mal. Si en marzo de 1936 don Emilio Azcárraga mandó construir e inauguró el Teatro Alameda y en 1938 estuvo en Europa buscando intercambios de programación con las principales cadenas del viejo continente, ahora los tiempos de vacas flacas habían llegado a sus negocios.

Y qué decir de los empresarios que se anunciaban en la W: ante el enfrentamiento armado, prefirieron tomar sus provisiones financieras. Varios retiraron sus campañas del consorcio de Azcárraga. Eso lo obligó a suspender programas que habían perdido su patrocinador, sin importar el éxito que tuviesen. Uno de ellos fue el de Francisco Gabilondo Soler, que salió del aire ese 1940.

No era época, según los directivos, de escuchar por la emisora canciones infantiles, sino de crear noticiarios, esa novedad y necesidad de un mundo en guerra. Por ello también suspendieron temporalmente otros programas para lanzar el noticiero que sería patrocinado por una empresa cervecera económicamente muy fuerte.



Desolado, Pancho Gabilondo se lanzó a buscar trabajo. Rosario Patiño no perdió el suyo, pero las mismas estrecheces económicas de la XEW y de su hogar la obligaron a diversificarlo, intensificar y prolongar sus viajes por otros estados de la República Mexicana, promoviendo la empresa y buscando anunciantes, y vendiendo productos cosméticos cuando la situación económica en casa se tornó alarmante.

Gabilondo, un tanto desesperado y un mucho ilusionado, recordó el comentario del tenor Pedro Vargas, quien un día le dijo que en Argentina había mucho trabajo para los artistas mexicanos. Y, sin pensarlo dos veces, empezó a planear el viaje. Navegar era otro de sus grandes anhelos, ya lo había hecho de vez en cuando, pero ahora iba a concretarlo por necesidad. El último día de su programa al aire concluyó como cualquiera otro. No hubo fiesta, no hubo despedida. No hubo discurso. Ese no era un adiós, sino un hasta pronto.



Foto: Bárbara Sanz Polo Gabilondo.

Rosario Patiño, gran promotora y primera mujer que vendió tiempo aire en México

Todavía optimista, planeó combinar su pasión por la navegación con la obligación de ganar dinero. Tenía como meta llegar a Argentina, pero antes se detendría en un país más cercano para probar su suerte, a ratos como Cri-Cri, otros como pianista en centros nocturnos. Se hizo a la mar cuando tenía casi 33 años de edad y una familia que mantener. Salió desde Acapulco hacia costas de Centroamérica. Y allá se quedó varado, en espera de que alguien lo ayudara. Se encontraba en Panamá, adonde llegó con la ilusión de trabajar; había hecho hasta lo indecible para conseguir algo de chamba en la radio. Nada encontró. He aquí una carta que nos muestra cuánta angustia le causaba eso:

Panamá, agosto 31 de 1940

Charito linda:

Como en este sitio me las he visto negras tuve que aprovechar una oportunidad que se me presentó.

Un barco inglés está embarcando importación y me aceptaron para trabajar en las calderas; tengo contrato por dos meses con ocho dólares semanales.

El asunto es que el barco va para el sur, que es lo que me interesa; necesito acercarme a la Argentina como sea. Como estos barcos están expuestos a ser torpedeados te voy a dar los datos, aunque te ruego no te pongas a pensar en lo peor, por lo que más quieras. Se llama S.S. Ondina y es de la Steam Navigation Co. Con casa matriz en Garee, 3 Water Street, Liverpool, Inglaterra: Vale la pena arriesgarse, porque es peor no comer, y además resulta que estoy palúdico y el aire del mar creo que me hará bien.

Te ruego que hagas exactamente lo siguiente: vende el piano y el dinero me lo giras al Consulado Mexicano de allí (Buenos Aires), manda una carta al cónsul encareciéndole entregue el giro a un compatriota que pasará por allá; pero de que llego, ¡llego!... Esos pianos

los están vendiendo a más de \$200.00 pesos en México; yo lo compré como precio de propaganda, confío en ese dinero que será lo que me salve y me permita vestirme como gente. De otro modo, será difícil conseguir algo en la radio.

Espero que hayan estado todos bien, cuídame a mi viejo y no le digas nada de lo que me pasa.

Procura dedicarte algo a la casa y que todos ellos se sientan recogidos en tu cariño.

Patxi

Como narra en esa carta, buscó un barco que lo llevara hacia Argentina. Decían que ese país se alzaba como el paraíso de los artistas en medio de la crisis bélica: allá había trabajo de sobra para todos. Gabilondo fue tras el sueño. La realidad iba a mostrarle que aquello no constituía más que una quimera.

Desde el canal de Panamá, el compositor se hizo contratar por esa embarcación mercante de bandera inglesa que viajaría hasta el Estrecho de Magallanes vendiendo provisiones; Gabilondo, que no tenía dinero en el bolsillo ni ánimo para esperar más, viajó en ese buque, el Ondinna, pese a los peligros y contratiempos que el conflicto armado podría significar para esas naves en alta mar. El viaje hacia la capital bonaerense no lo hizo como músico sino como trabajador en las calderas, como lo dice en la carta, para ganarse el sustento diario.

Finalmente, cuando la embarcación atracó cerca de Buenos Aires, de ella descendió un Pancho Gabilondo bastante desmejorado y triste. Luego de dormir, descansar y recuperarse un poco, buscó empleo.

Se acercó a la radio, ofreciendo su Cri-Cri y su Guasón del Teclado, y nada. Acudió entonces a los cabarets y centros de espectáculos, solicitando que lo contrataran como pianista, y nada. La

crisis económica, producto de la guerra, así como una gran huelga de la comunidad obrera que repercutía en los rubros del arte y la radiodifusión, cerraban las puertas a los creadores. Infinidad de teatros, centros nocturnos y emisoras estaban sin dinero y a punto de la quiebra. Gabilondo consiguió unas cuantas contrataciones como pianista, por lapsos muy breves y con muy mala paga. El producto de esa faena apenas si le alcanzaba para comer y cubrir el alquiler del cuarto en un hotelucho.



Flaco, cansado, ojeroso y sin ilusiones, Pancho Gabilondo se deprimía; casi no abandonaba su habitación, no quería salir a la calle para no gastar, extrañaba a su familia y ansiaba fervientemente volver a su tierra. He aquí varias cartas que revelan la creciente desesperanza de Patxi y la desolación de que era presa:

Buenos Aires, octubre 14 de 1940

Charito linda:

¡Aquí estoy ya! Pero parece que llegué en mal momento: hay desbandada de artistas, el asunto del radio anda mal, especialmente para los mexicanos.

Me siento bien aunque un poco cansado por tantas fatigas y el poco comer; Luis Roldán me prestó \$50.00 pesos y estoy salvado por el momento.

De Panamá te pedí que vendieras el piano y me mandaras el dinero al Consulado Mexicano en esta ciudad. No ha llegado nada; tal vez venga en camino o no recibiste mi carta o no te ha sido posible venderlo. Bueno, es igual; ya encontraré el modo de pasarla.

Escríbeme por aéreo pues, si no, tardan las cartas más de un mes. Estoy loco por saber de ustedes y el día que reciba tu carta será el único gusto desde que salí de México.

Por favor saluda a todos; no puedo estar escribiendo a mi mamá, amigos y todo el mundo. Cada carta es un café con leche y ando muy amolado.

Mi constante preocupación es que seas muy cariñosa con mi papá y los nenes; yo sé que a ellos les falta el calor que yo les daba. Sé buena y dedícate algo a la casa.

Por favor envíame la publicidad de Cri-Cri; es algo muy importante. Por favor, muñequita.

Háblame mucho de ti, de Jorge, de Diana y del viejito. Si te das prisa sabré de ustedes a final del mes. Luego te escribiré con calma para contarte todo.

Hoy estoy inquieto y cansado. Te quiero mucho; ¡ahora lo sé bien! Adiós prietita, les mando todo mi corazón.

Patxi

Consulado de México

Arroyo 820, Ciudad de Buenos Aires

La correspondencia también denota la desesperación que sentía al no poder estar cerca de sus hijos, Jorge, de doce años, y Diana, de diez. Esa aventura de navegar durante tanto tiempo lejos de casa era menos divertida y emocionante de lo que soñó. Quizás porque ya no tenía 20 años, o acaso porque era un hombre con responsabilidades familiares, lo cierto es que para él ese viaje fue una pesadilla de la que necesitaba despertar pronto y, de ser posible, en su cama mexicana:

Buenos Aires, 20 de diciembre 1940

Charito linda:

Quiero que conozcas exactamente las dificultades con que he tropezado aquí: 1.º Un convenio de artistas radio-teatrales con sus respectivos empresarios para evitar que trabajen los artistas extranjeros más de 6 semanas por año; además, 80% del tiempo de cada programa debe ser cubierto por música de autores argentinos, exceptuando escritos clásicos. 2.º El poco interés de las radiodifusoras locales en un número “para niños” que encuentran de difícil colocación en el comercio. 3.º La actual temporada de verano en que, igual que en México, disminuye la publicidad. 4.º La mala situación a causa de la guerra, dado que este factor vive exclusivamente de sus exportaciones a Europa. 5.º La incapacidad en que me ponen las leyes para registrar mis obras y actuar personalmente por la forma en que entré al país. 6.º Mi desastrosa presentación, cosa que aquí es 100% . 7.º La debilidad que tengo y que no me dejan tocar por las cantinas para ganar la comida. He sido valiente, constante e ingenioso, pero las circunstancias y sólo un milagro me pueden sacar adelante. Con mi último peso te escribo para desearte feliz Año Nuevo, ¿te acuerdas de aquella vez que nos emborrachamos y cantamos?... No creas que te escribo para pedirte dinero; yo no merezco nada, he sido muy malo contigo: en México hay otra mujer. Yo te quiero mucho y créeme que es una tortura tener el corazón dividido; para probártelo te envío un retratito que siempre traigo conmigo; por favor devuélvemelo, aunque te enojas por lo que te dije.

Me paso el día ansiando en que llegue la noche, porque cuando me sube la calentura veo cosas maravillosas. Vienen Cri-Cri y los enanos, y animales muy raros, todos se sientan a los pies de la cama; por la calle pasan barcos que apenas caben entre casa y casa. No creas que son mentiras, porque la otra noche el borreguito dejó lana en el suelo. Luego pasan sombras frías y en el cielo se ve un arco iris de estrellas, la Luna se vuelve cruz. Lo que no me gusta es cuando el río tapa la

cuidad; luego hay que secarlo todo y amanezco muy cansado... Bueno ya no te aburro más con mis cosas. Necesitarías tener ojos de resplandor, ¡ojos que rompieran espejos! Adiós.

Pancho

Después de leer esta carta, es posible comprender la magnitud del mal momento por el que pasaba Gabilondo Soler en Argentina. Sin trabajo, sin dinero y con el corazón dividido porque “en México hay otra mujer”, como le confiesa abierta y dolorosamente a su esposa, debe haberse sentido el hombre más solo del planeta, sobre todo cuando a lo anterior hay que agregar que el Año Nuevo lo iba a encontrar enfermo y encerrado en la habitación de un hotel de medio pelo. Aquí se acabó el “sueño argentino”. A principios de 1941 pedía a gritos que lo ayudasen a retornar a México:

Buenos Aires, enero 24 (1941)

Charito linda:

Ya veo que no me quieres escribir, pues por muchos días he esperado carta tuya pero nunca llega. Ahora te escribo porque me siento más mal que nunca, he tenido tres días muy pesados; necesito que me ayuden a salir de aquí, pues voy a acabar por dar en el hospital. De los sesenta dólares de mi mamá pagué el día 11 un mes adelantado y compré algo de ropa, el resto se lo ha llevado el médico. Ya no tengo más que unos pesos y no sé como pagar las pequeñas necesidades en los días que vienen y el día 11 de febrero me tendré que ir otra vez a la calle. Me ha sido imposible dar con el Maestro Posadas, pues me lo niegan a todas horas. ¡Ya sé que esto significa que mi asunto ha fallado

y es algo que no entiendo, porque en la radio hay muchos números malos! Pero traigo la suerte volteada en todo. La huelga sigue y toda la ciudad está llena de propaganda de ambas partes, la verdad es que ya no quiero más que irme, porque sin salud no se puede hacer nada y cada día me desespero más.

Por favor, no dejes de ver a mi mamá para que el dinero llegue pronto, pues presiento algo malo de verdad... Tú creerás que es miedo porque bien sé que te volviste orgullosa con tu trabajo, pero no, es que quiero volver a mi tierra y no tengo ganas de reventar aquí. Era mentira que aquí se pelean a los artistas. Yo quiero volver a Orizaba. Aunque has sido mala te mando un beso. Adiós Charito, que estés bien.

Patxi

Finalmente, Gabilondo pudo volver a México gracias a la ayuda de su esposa. Llegó primero a Orizaba, donde permaneció un rato, quizás para reflexionar acerca de qué hacer con ese corazón dividido que lo agobiaba. Luego arribó a la Ciudad de México. Era febrero de 1941.



En esos largos meses de travesía muchas cosas habían cambiado en el mundo, en el país y en el hogar de la familia de Gabilondo. Una fundamental, la muerte de su padre, don Tiburcio Gabilondo Goya, quien unas semanas atrás había sufrido un paro cardíaco del cual los médicos no pudieron salvarlo.

Otra novedad con la que se encontró fue que doña Rosario y sus hijos, Jorge y Diana, habían dejado la casa de la colonia Santa María la Rivera para irse a vivir a un flamante departamento del señorial Conjunto Condesa, en la colonia de ese mismo nombre.

Hervía una crisis matrimonial, y Pancho tendría que empezar a enfrentarla.

En 1941 le había querido dar vuelo a la vida, allá por Buenos Aires. En realidad, los aires fueron malos para él, pues sus composiciones y su talento no encontraron eco entre los argentinos, ni espacio para trabajar dignamente.

A los reveses que le deparó el destino a su regreso se sumaba otro: la W no tenía espacio para él, todavía. En aquel año, tanto los problemas económicos producto de la guerra como los nuevos modelos de radiodifusión que adoptaba la XEW continuarían afectándolo. Pese al éxito probado, el programa de Cri-Cri resultó menos arrollador que el auge de las radionovelas cubanas y los noticiarios mexicanos. Y Gabilondo tuvo que buscar que otras emisoras lo contrataran, con tal de poder ganar dinero para dar de comer a sus patitos.

Así pues, desempolvó de entre sus papeles el proyecto del personaje sobre el que ya había estado trabajando años atrás: Ulogio que, como he dicho, era un tanto parecido a el Guasón del Teclado. La novedad era que Ulogio se burlaba de los políticos y de sus indescifrables y grotescas declaraciones. Con Ulogio viajó a Monterrey, Nuevo León, donde permaneció durante varios meses trabajando en una pequeña emisora, la XET, que pertenecía a la familia de Emilio Azcárraga Vidaurreta.

Por la necesidad apremiante de billetes, Francisco Gabilondo hacía dos programas y dos personajes distintos para esa emisora. Unos días era Ulogio, y otros se convertía en Cri-Cri. Pero, los pagos no eran para brincar de gusto. En una carta que data de esos años, le contaba a Rosario cómo le estaba yendo en la XET, donde había inventado un noticiero burlón, con Ulogio como personaje central:

Monterrey, octubre 13 de 1941

Charito de mi vida:

Son casi las dos de la mañana, pero me pongo a escribirte con gusto. Por muchos días he sentido la necesidad de dirigirme a ti, pero me pasa igual que a ti: me falta tiempo. Te contaré lo que hago: me levanto a las diez y me voy a la carpa a estudiar acordeón; luego, como; vuelvo al hotel para preparar mi noticiario en broma que ha sido un éxito en esta ciudad. Además, tengo que escribir ideas para una parodia que hago de un programa de Pepe Piña, que es muy popular aquí. Se titula: *La consulta del espacio*; yo le puse a mi parodia: *Consúltamelo despacio*, y con el choteo que me traigo ha sido un éxito. Las primeras semanas he sufrido de verdad porque no le encontraba el modo a mi número. Pero ahora me he metido en política y a criticar las cosas del gobierno y del extranjero y he tenido mucha aceptación. Fíjate que estuve varios días en cama, pues me atacó una epidemia que hay aquí y que ha llegado de Estados Unidos. Durante esos días pensé en una transformación de mi número y ha resultado, porque al principio recibí muchos desprecios y frialdad del público. Te participo que Monterrey es muy duro y que aquí han pasado artistas de la talla de Cantinflas y Medel. De modo que me conformo con haber sacado alguna ventaja.

Estoy pasando el Cri-Cri en la XET, pero en verdad Charito, no sabes lo que me duele. No hago más que poner las manos en el piano y me acuerdo de mi papá⁸; el número me resulta muy triste recordando al viejito, al que tanto le gustaba, y es una verdadera tortura para mí.

Me comprometí a trabajar hasta diciembre y aunque pagan muy poco porque esto es muy raquítico y son muy agarrados, espero juntar algo de dinero para ayudarte a fin de año. Créeme, mi vida, que lo haré y que no desperdiciaré ni un solo centavo. Actualmente no hago más que trabajar y estudiar mucho con la sola idea de que tú descanses y ya no te tengas que sacrificar tanto por nuestros hijitos. Yo te quiero

⁸ Su padre, don Tiburcio Gabilondo Goya, había muerto en enero de 1941.

mucho y en estos tiempos duros debemos confiar uno en el otro. Ya verás cómo el año que entra vas a ser la señora de un artista de verdad. Mil besos para los tres.

Patxi.



Eran tiempos duros, efectivamente. En todas las cartas que le envió a Rosario durante esa temporada en Monterrey, el compositor —que acababa de cumplir 34 años de edad— se mostraba un tanto apesadumbrado por la frialdad del público hacia su trabajo; también se revelaba angustiado porque el éxito de sus composiciones y personajes no traía consigo un montón de dinero.

Tal y como dice en aquella misiva fechada en octubre de 1941, anhelaba consolidarse como “un artista de verdad”. Habían transcurrido apenas siete años del lanzamiento del programa de Cri-Cri que le proporcionaba, sí, muchas satisfacciones y recuerdos, pero pocos, muy pocos centavos.

Sin embargo, ni en sus peores momentos abandonó el gusto por seguir aprendiendo a tocar otros instrumentos o por escribir nuevas canciones. Todo lo motivaba a hacerlo, principalmente su familia. Se había dado cuenta de que amaba a Rosario, y hacía lo increíble para reconquistarla.

En las líneas que le escribió el 30 de octubre de ese año, precisamente durante aquel viaje de trabajo a Monterrey, manifiesta su preocupación por la noticia que la propia Rosario le hizo saber también por correo: que su hijo Jorge, apenas adolescente, había empezado a fumar, pues quería dárselas de mucho mundo frente las chicas. Al no poder estar en casa para vivir de cerca esa situación y quizás orientarlo, le aconsejó lo siguiente a Charito:

...Me preocupa mucho lo que me dices de Jorge; si se le dice que no fume lo seguirá haciendo, es un problema... Me duele estar tan lejos de ustedes, pero es necesario Charito. Si vuelvo a México sin la debida preparación, retardaré el éxito. Háblale a ver si quiere entender por las buenas; yo sigo trabajando duro en el estudio de mi Ulogio. Tengo esperanzas de que nos saque de apuros. Bueno, Charito, aquí termino y me voy corriendo para que la carta te llegue el sábado, no sea que el domingo no tengan dinero para pasearse. Adiós chiquita, te quiero mucho y nunca te olvido.

Patxi

La correspondencia aquí expuesta nos abre la puerta para conocer la situación económica real que vivía la familia Gabilondo Patiño. Pocas veces hubo dinero suficiente para darse lujos, más bien las estrecheces fueron el signo habitual a lo largo de muchos años.

Es importante subrayar este punto porque sucede que hoy, a décadas de distancia del nacimiento del personaje Cri-Cri, todavía hay gente que piensa que el autor se hizo millonario y que pasó una vida relajada una vez que echó a andar la máquina de inventar historias.

Siete años después de haber dado vida a su Grillito Cantor, Pancho Gabilondo seguía buscando el sustento diario en Monterrey —donde también trabajó como pianista y animador de variedad en carpas y centros nocturnos.

En la siguiente misiva queda de manifiesto la lucha continua, incansable, hartante a veces, por hacer que su personaje y sus canciones le trajesen alguna vez, no el éxito, porque ya lo había conocido, pero sí la estabilidad económica anhelada:

Monterrey, octubre 4 de 1941

Charito linda:

Tuve que esperar a tener más ánimo, porque si te hubiera escrito en días pasados mi carta habría sido una tragedia. Iba a tener que entrar al hospital pero llegaron \$50.00 pesos que me mandó mi mamá. He estado malísimo y no he podido volver al trabajo sino hasta ayer; todavía estoy débil, pero más animado.

Conseguí que la XET contratara el Cri-Cri para programas de cuarto de hora, pero a un precio muy miserable; no tienes idea de lo agarrados que son aquí, todo lo quieren de balde y encima te exigen. Francamente, si no fuera por la disciplina que me he impuesto para mejorar mi número, me volvería a México.

Estoy re' flaco, peso 65 kilos; es decir, que en mes y medio he perdido 9 kilos.

En la carpa voy a pedir aumento de sueldo porque son una de privaciones que ya no aguanto. En todo caso, a ver cómo le hago con el puro radio y las variedades que consiguiera.

Y encima un clima de los diablos, para completarla; la otra vez me cayó mal Monterrey, pero ahora me cae peor. Todo sea por Ulogio.

Pero ya verás cómo el año entrante nos va ir bien en México. Es esencial que trabaje yo por radio antes que en el teatro; tenías razón al decir que eso da mucha popularidad. Lo malo será que el Sr. Vélez no esté conforme con mi tipo y eche todo a nadar.

Me estoy apurando para poder ayudarte y que no trabajes tanto y que vivamos los cuatro juntos ya para siempre. Bésame a mis chamacos y diles que pronto les escribiré.

Nenita, te quiero mucho. Cuídate y haz a un lado el mal humor; te prometo que en enero estaré a tu lado para ayudarte de verdad. Adiós muñequita.

Patxi

Fueron años muy difíciles para Pancho Gabilondo y, en consecuencia, para su familia. La ansiada reincorporación a la XEW iba a tardar todavía un buen rato, porque la emisora que dio cabida a su programa para niños, también vivía tiempos de transformación.



En sus inicios, la radio mexicana tuvo la enorme virtud de cautivar y reunir un público que estuvo disperso, segmentado en actividades de entretenimiento marcadas por la capacidad económica de cada grupo social. Su rápida expansión sorprende. Si en 1923 ya existían cuatro estaciones comerciales y tres culturales en manos del gobierno, y dos años más tarde operaban once radios comerciales —siete de ellas en la capital y cuatro en el resto del país—, para 1927 México contaba con 17 emisoras comerciales y dos culturales de onda corta. En 1932, dos años después de la creación de la XEW, se habían fundado diez radiodifusoras comerciales más en el Distrito Federal; seis nuevas en Tijuana; tres, en Nuevo Laredo; dos, en Matamoros, y una en Piedras Negras⁹.

Ante tal desarrollo, la demanda de refacciones y de equipos radiorreceptores empezó a crecer. A la vuelta de los años, en México se importaban todo ese tipo de radios, bulbos y aditamentos necesarios para su funcionamiento. Si en 1930 se adquirieron de Estados Unidos tres millones de esos equipos, para 1934 la cifra era de cuatro millones 271 mil 771, según datos de Gabriel Sosa Plata en su libro *Innovaciones tecnológicas de la radio en México*.

Ese veloz crecimiento, mediante la venta barata y masiva de aparatos radiorreceptores, corrió paralela a la creación de repetidoras de la XEW. Para el público creciente, escuchar la radio era

⁹ Tomado del libro *La radiodifusión en México*, de Serafina Llano y Oscar Morales, editado por Comunicación Tecnológica e Investigación, A.C. en 1984.

una nueva diversión, una atractiva forma de pasar el tiempo, de aprender y de considerarse parte de una identidad nacional.

Emilio Azcárraga Vidaurreta y su reducido grupo de colaboradores trabajaban en consolidar la XEW. Deseaban que el público adquiriese la costumbre de sintonizarla a diario, que se le convirtiese en una necesidad, como el comer o el dormir. La meta se cumplió ampliamente. Y si buscáramos cuáles fueron las razones del éxito inicial de esa sintonía masiva, encontraríamos que una de ellas fue la programación, basada casi toda en el rescate, la revaloración y la difusión de la música popular mexicana, cantada por los artistas que la misma estación descubrió o aprovechó, lanzó y consagró como grandes intérpretes. Pero este diseño programático no iba a permanecer demasiados años.

A la par de ese éxito, se empezaron a tender los hilos de otra industria: la publicitaria. Con la consolidación de la empresa de Azcárraga, centrada en la XEW y luego en la XEQ, que surgió en 1940, y más tarde en sus asociadas y repetidoras, la empresa publicitaria nació como un elemento hermanado; sin la radio no se entendería su auge. Como luego ocurriría con otra: la del disco.

Por aquellos años, los creadores de anuncios eran los mismos locutores o anunciadores, que aprendían su oficio sobre las rodillas, pero dentro de la radio; en ese entonces no había escuelas para estudiar aquella materia; es más, no existía la carrera de publicista. Esos incipientes creadores de *slogans*, algunos provenientes de la poesía, la narrativa o el periodismo, escribían breves frases simpáticas y pegadoras, mismas que, lanzadas a través del micrófono, impactaban y seducían al radioescucha, creándole hábitos de consumo.

La radio comercial, pues, era el vehículo ideal para la propaganda que daba a conocer la existencia de tiendas, restaurantes, calcetines, perfumes, comida, antiácidos, chocolates; todo lo imaginable e inimaginable. Comprar era el verbo.

Atrás irían a quedar las intenciones culturales de algunos de los fundadores de la XEW. Con el correr de los años, se fue haciendo a un lado el compromiso de llevar educación y cultura a través de las ondas hertzianas y de apoyar a los creadores mexicanos de calidad. Se empezó a prescindir de la difusión de la cultura, pues como se dijo en aquella época y todavía hoy se subraya, la difusión de cultura por la radio comercial no deja dinero. Por eso, varios productos radiofónicos artísticos que nacieron y lograron éxito en los años treinta y cuarenta, como el Grillito Cantor, tendrían fecha de caducidad. El avance de la radio iba a zancadas, y no se detenía para lamentar las pérdidas.

DON JOSÉ Y DON LUIS, AMIGOS DE CRI-CRI

PERO ESAS zancadas empezaron con un primer pequeño paso, el que se dio hace ya muchos ayeres. Porque la radiodifusión en el mundo es una anciana poco más que centenaria. Todo lo que hoy podemos escuchar a través de un sencillo aparato radiotransmisor o ahora por el celular o la computadora, vía Internet, nació un día como resultado del interés científico y la curiosidad de Guillermo Marconi, quien desarrolló la telegrafía sin hilos; más tarde, jugaron un papel fundamental los hallazgos del británico James Clerk Maxwell y del alemán Heinrich Hertz, en el descubrimiento de las ondas electromagnéticas bautizadas con su apellido.

Muchos otros ingenieros contribuyeron a hacer que la comunicación por radio fuese posible y siga vigente, con los cambios debidos a los avances tecnológicos que ocurrieron entre mediados del siglo XX y lo que llevamos del XXI.

No me detendré en ellos, aunque sé que lo merecen, pero sí en dos personajes de México que pusieron su grano de arena para echar a andar y enriquecer la comunicación radiofónica. Además, y por si esto no fuese ya suficiente, los elegí por el hecho de que conocieron y trabaron amistad con Francisco Gabilondo Soler y, al lado de él y cada uno en su ámbito, sentaron las bases de un modelo de radiodifusión comercial mexicana en la XEW.

El primer personaje fue José de la Herrán Pau¹⁰, quien llegó a México en 1922, proveniente de Estados Unidos, donde hizo sus estudios y sus primeras incursiones en la ingeniería del sonido. Llegó acá cuando la radiodifusión en nuestro país apenas daba sus balbuceantes pasos. Ese muchacho originario de Barcelona,

¹⁰ José de la Herrán Pau. Nació en 1899 y falleció el 6 de agosto de 1991.

España, desembarcó en nuestro país equipado con cajas que contenían aparatos, bulbos, cables y alambres extraños. José de la Herrán Pau se instaló en el barrio de la Santa María la Rivera. Ahí comenzó a adquirir cierta popularidad entre los vecinos, todo porque construía algo con lo que podían escucharse transmisiones provenientes de miles de kilómetros a la distancia.

La fama de José de la Herrán Pau llegó hasta los oídos del Estado Mayor Mexicano, por medio del cual nació la rudimentaria y casera JH, el 19 de marzo de 1923. Lo que se logró escuchar por esa estación fue un concierto interpretado por la Banda del Estado Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina.

La historia completa de este acontecimiento me la contó, paso a paso, el propio don José de la Herrán Pau, ese catalán que se enamoró de México, que se naturalizó mexicano y fue determinante en los primeros años de la historia de la radiodifusión y la telefonía en nuestro país. La puesta en marcha de la señal de la XEW fue obra completa del talento de este ingeniero.

Yo quise conocerlo. Lo busqué y encontré un mediodía en que nos citamos en un restaurante de comida española que frecuentaban muchos ancianos como él, en las calles del centro de la ciudad. Comimos una exquisita paella mientras conversábamos. Ya los años se le habían venido encima a don José, pero respetaban su prodigiosa memoria.

Luego de que puso en marcha su emisora casera JH —las iniciales de su nombre—, el ingeniero se volvió a encontrar con Emilio Azcárraga Vidaurreta, a quien había conocido en Estados Unidos. Éste lo buscó para que instalara el equipo que hiciera sonar la XEW.

—¿Cómo y quiénes instalaron la XEW?

—La instalación y la echada a andar casi correspondió con la Ley Calles, época en la que México se salió del patrón oro. Esto provocó un gran trastorno de carácter financiero: quebraron todas las agencias RCA Victor que vendían transmisores en nuestro país. Pero, claro, habían comprado a precio de oro y sólo podían

cobrar a precio de plata. Total, esas son las explicaciones de por qué tiene uno que cambiar de giro. Así, de vendedores y armadores de receptores, pasamos a radiodifusores. Un día don Emilio decidió que trajésemos todos los equipos necesarios para montar la XEW. Yo dirigí la instalación, y del primero de julio al 18 de septiembre nos la pasamos instalando. Era el año 1930.

A propósito del patrón oro, hay que decir que el general Plutarco Elías Calles fue presidente de México de 1924 a 1928 y luego, durante el cuatrienio de su sucesor Abelardo Rodríguez, éste lo nombró ministro de Hacienda; con esa investidura decretó el abandono del patrón oro que, según economistas, es un sistema monetario que fija el valor de la unidad monetaria en términos de una determinada cantidad de oro. El emisor de la divisa garantiza que pueda dar al poseedor de sus billetes la cantidad de oro consignada en ellos. El decreto trajo muchas pérdidas a los empresarios importadores de materias primas.



La XEW no quedó exenta de las consecuencias de esa medida hacendaria. El ingeniero recordaba que trajo de Estados Unidos el equipo completo para la emisora; era un transmisor nuevecito, marca RCA Victor. De la Herrán tenía indeleble en la memoria que, antes de la inauguración, él y sus técnicos estuvieron haciendo transmisiones de prueba durante ocho días seguidos, y que cuando ocurrió la salida al aire de la XEW, él se pasó todo el tiempo de pie frente al transmisor, procurando que nada se descompusiera. La planta estaba en la calzada de Tlalpan, entre sembradíos de maíz y de alfalfa, donde hoy se encuentran las oficinas y las emisoras del consorcio radiofónico.

Y, aunque la tarea del ingeniero era, como él me dijo, “poner bien los fierros y hacer sonar la emisora”, se daba sus vueltas a la

cabina para ver el desarrollo del programa inaugural y también para supervisar qué tan nítida salía la señal de voz y música. Le importaba que la estación se escuchara, y bien; o por lo menos, no tan mal. Recordó que “todo fue viento en popa, y la calidad de recepción fue muy buena; el equipo funcionó de maravilla”.

—¿Cómo empieza la XEW a darle continuidad a la programación?

—Originalmente, toda la programación estuvo en manos de dos personas con mucha experiencia en el aspecto cultural: don Enrique Contel, el director artístico y el vendedor más exitoso de los primeros años, y Walter Rademan, quien conocía muy bien de música clásica y de ópera. El señor Contel había sido empleado de la compañía RCA Victor que, con el tiempo, creó una empresa que grababa discos; por eso es que Contel era en esa época experto en todo lo que fuera música grabada y grabable; además, resultó ser un gran vendedor; era de esas personas que vendía lo que fuese sin hacer el menor esfuerzo. Era una delicia acompañarlo a visitar a los clientes potenciales de la W; hablaba con ellos de todo, les contaba historias y chascarrillos y no decía una sola palabra acerca de negocios ni dinero, pero siempre regresaba con un contrato. Ese sistema de ventas, que se instauró en 1930, prevaleció hasta 1934. A partir de esa fecha, ingresó a la emisora el señor Othón M. Vélez, quien era como un hermano menor de don Emilio y se distinguió por ser también un gran vendedor.

Es el mismo año, 1934, Francisco Gabilondo Soler ingresa a la XEW. El ingeniero De la Herrán trató a Gabilondo y, en sus ratos libres, cuando no tenía urgencia por resolver algún desperfecto técnico, conversaba con él, pues compartían una pasión:

—Yo hice muy buena amistad con Gabilondo Soler porque él era muy aficionado a la astronomía, igual que lo somos mi hijo¹¹ y

¹¹ José Antonio Ruiz de la Herrán Villagómez, es ingeniero, fundador y asesor técnico del Museo Universum, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Colabora con el Instituto de Astronomía de la UNAM.

yo. Desde hace tiempo nos dedicamos a fabricar espejos de astronomía en México. Por esa razón me interesé mucho en Gabilondo y eso, en cierto modo, favoreció a su programa, porque yo venía todas las tardes a ver que se preparasen los estudios, todo por el interés especial en la música infantil y por la amistad que llevaba con él.

—¿Y, cómo recibió el público el programa de Cri-Cri?

—Fue grandioso... Constituía el primer programa de ese corte, aunque tiempo atrás la XEW había sostenido la serie de cuentos de *Tío Polito*, con Manuel Bernal. Pero ya para la fecha en que ingresa Gabilondo teníamos el estudio-teatro y los programas se hacían (no todos ni siempre, pero muchos de ellos) con público. XEW produjo muchas series en vivo; esa era una característica que le daba enorme ventaja y prestigio sobre la mayoría de otras estaciones que se atenían a tocar un disco, con frecuencia rayado y mal grabado.



José de la Herrán Pau

El ingeniero José de la Herrán Pau no ha recibido de México el reconocimiento que merece, ni tampoco de la emisora que armó técnicamente. Además, a él se deben muchas innovaciones que introdujo la XEW entre los años treinta y los cuarenta. Por ejemplo, la depuración de la técnica para grabar programas en discos de plástico y de acetato. El sistema para hacerlo se llamaba “cortador”, y

consistía en una aguja especial que iba recortando, haciendo el surco y al mismo tiempo grabando. Toda una proeza de esos tiempos.

—¿Cómo podían hacer grabaciones con ese sistema tan rudimentario?

—Pues era lo único que teníamos al alcance, y así trabajamos durante varios años hasta que pudimos grabar los programas en cinta. Antes de eso, no había manera de hacerlo y que además conservase la buena calidad.

Hay que decir que es a partir de 1935 cuando las emisoras, entre ellas la XEW, introducen una primera cinta, la de alambre, cuyos resultados eran deficientes. Luego apareció la cinta magnética, con mayor fidelidad y más años de vida.

El ingeniero De la Herrán vivió largos años en las instalaciones de la XEW. Su amistad con Azcárraga Vidaurreta existía de tiempo atrás, pero al crear la estación se estrechó. Cuando lo entrevisté en 1981, habían pasado ya ocho años de que el Tigre mayor falleciera en Houston, Texas. Don José guardaba este recuerdo de él:

—Don Emilio jamás se portó como un jefe. Él era un poco mayor que yo, ocho años tal vez, pero nosotros lo veíamos como un padre, ni siquiera como un hermano mayor; en primer lugar, porque era un hombre muy impresionante, de gran estatura y muy robusto, le decíamos el Grandote, pues tenía unas manotas así de enormes, y con todos fue generoso y amable.

Don José de la Herrán Pau, gran conversador, pianista por afición, conocedor del cielo como Gabilondo Soler y hermoso ser humano, falleció en 1991. Su hijo, José Antonio, quien a finales de los años cuarenta organizó, en instalaciones de la XEW, los primeros talleres de lo que sería la televisión, conserva documentos, objetos e historias que ilustran la fructífera vida de su padre.



Otro personaje de la XEW que vivió muy de cerca el desarrollo de Francisco Gabilondo Soler en esa emisora, y tejió una rica amistad con él, fue el locutor Luis Cáceres, que en los años ochenta ya era considerado “el decano de la locución”. Conversé con él en un

café, El Habana, donde solía almorzar. Era muy risueño y conservaba su honda y profunda voz, así como la elegancia en el vestir.

—¿Conoció a Francisco Gabilondo Soler en la XEW?

—Sí, cómo no. Mi “hermano” Francisco siempre quiso ser alguien en la vida. Fue un hombre muy luchón. Él vino a la XEW y expuso sus ideas de trabajo a don Othón M. Vélez; a éste le gustó la propuesta de tener un programa para niños e hizo lo necesario para sacarlo al aire. Apenas empezó a transmitirse la serie de Cri-Cri, los directivos de la emisora recibieron cartas, montones de cartas con opiniones favorables a esa propuesta. Gabilondo conoció en la estación a Alfredo Núñez de Borbón; él captó muy bien la idea de Gabilondo y lo acompañó al violín; el grillito era el violín de Núñez de Borbón. En aquel tiempo no había discos de efectos sonoros, pero Francisco se encontró a un muchachón que le inventaba todos los sonidos, y que hacía con papel celofán ruidos de truenos o cantos de pajaritos. Así fueron creando los personajes *Nariz verde*, *Panza roja*; *El rey de chocolate*, o *El chivo ciclista*, bajo la supervisión y las ideas de Pancho Gabilondo, quien tenía una inspiración preciosa, porque a él le nacían las canciones con mucha facilidad, con cualquier motivo y a cualquier hora.

Luis Cáceres, yucateco, dicharachero y cantador fue, además de presentador o locutor, un buen vendedor de publicidad. Todavía se emocionaba contándome cómo en los años treinta, cuando la XEW estaba apenas captando audiencia y anunciantes, él y otros locutores como Pedro D’Lille y Ricardo López Méndez, recorrían las calles del centro de la Ciudad de México en busca de “cuentas” para llevar a la emisora.

Pero no eran los únicos que hacían esos paseos. Hasta don Emilio iba a la calle y se encargaba de convencer a los empresarios más difíciles y adinerados. Así fueron conquistando anunciantes y ganándose una buena comisión por ello.

Hablamos mucho de toda esa época en que era extraño para el posible cliente que de pronto lo abordaran esos señores y, así



Luis Cáceres y El Vate López Méndez



Luis Cáceres, Ángela Carrillo, Amparo Montes, El Chango Carmona

como así, en su propio negocio, le propusieran venderle “tiempo y aire”, términos nuevos que se fueron acuñando y haciéndose cotidianos a la vuelta de los meses y los años. Y, volviendo a la cercanía con “su hermano” Francisco Gabilondo Soler, don Luis desempolvó algunas remembranzas, como la siguiente:

—El día 3 de noviembre de 1934 nació mi primer hijo y se lo anuncié a Pancho; él me dijo que ya lo sabía y me preguntó: “¿No vas a venir al programa?”. “No —le dije—, no puedo, pero estoy muy feliz con mi primer hijo”. “Entonces —me respondió— escucha la emisión, porque te tengo una sorpresa”. Ese fue el día que estrenó *La patita*, por aquello de que cada niño trae su torta... Y la patitaaaa, va al mercadooooo... pero no sé por qué vino toda esta plática...

—Porque le pregunté acerca de la obra Gabilondo Soler...

—¡Ah, sí! Él creaba todos sus personajes con melodías infantiles; nadie puede atreverse a dudar de la creatividad de Pancho, de ese amor que tuvo hacia los niños. Como le dije, en el programa se recibían cartas por montones, pero me acuerdo de una en especial: la de una señora que decía que si Cri-Cri no le hablaba por radio a su hijo, nomás no tomaba la medicina ni comía. Yo entonces estaba al micrófono y traducía todo lo que me iba diciendo Cri-Cri, mientras Pancho hacía ruiditos con el violín; el mensaje era: “que dice Cri-Cri que debes tomar tu medicina y comer para que te pongas guapo”. El de Gabilondo fue un programa de gran trascendencia.



Francisco se la pasaba tan bien con Luis que hasta le compuso una canción: *Cocuyito playero*. Cáceres era uno de los locutores con más trabajo en la emisora, pues no sólo iba a la calle en busca de anunciantes, sino que retornaba a las instalaciones, hacía al

micrófono la identificación de la estación, participaba en la conducción de varios programas y, de pasada, en ocasiones se quedaba a hacer guardias nocturnas o le tocaba abrir la transmisión, temprano. Por eso, en *Cocuyito playero* Gabilondo lanza esta la pregunta:

¿Quién va po' la ocuridá?...

¿Quién va po' la ocuridá?...

¿Quién va po' la ocuridá?...

*La noche cayó,
por todas partes solo hay ocuridá;
la noche cayó,
y ya no vemos para dónde caminar.*

*Negrito, ven junto a mí,
pues hace un rato que te perdí
y si es de noche tú has de saber
que a los negritos no puedo ver.*

*Cocuyito playero,
ilumina el sendero
con tu linterna de plata,
dame lú...*

*Cocuyito playero,
tu sabes que te quiero,
¡llévame a mi casita
de Veracrú!*

¿Quién va po' la ocuridá?...

¿Quién va po' la ocuridá?...

¿Quién va po' la ocuridá?...

*La noche cayó,
y todo está mucho más negro que el carbón;
hay que comprender
que ni siquiera mis narices puedo ver.*

*Negrito ven para acá,
agarra fuerte mi cinturón,
pero camina, no hay que jalar,
me descompones el pantalón.*

*Cocuyito playero,
ilumina el sendero
con tu linterna de plata;
dame lú...*

*Cocuyito playero,
tu sabes que te quiero,
¡llévame a mi casita
de Veracrú,
de Veracrú,
de Veracrú!*

—¿Por qué se inspiró en usted para el *Cocuyito playero*?

—Sí, ahora le cuento por qué. Antes déjeme decirle que Pancho se merece una estatua en el Zócalo de la capital del país. Claro que todo se acaba en esta vida, pero en un tiempo sus canciones estuvieron prohibidas en las escuelas primarias. A mí me dedicó la canción del cocuyo: “cocuyito playeroooo, ilumina el senderoooo...”, porque yo era muy parrandero, hablando en plata, muy parrandero. Yo abría las transmisiones de la estación todos los días a las nueve de la mañana; pero llegaba por la madrugada a la emisora.

En aquel tiempo sólo había dos estudios y una cabina; así que entraba al primer estudio y apagaba la luz; me encaminaba hacia el segundo estudio y apagaba la otra luz. Los estudios eran de cristal, y cuando todo estaba ya completamente a oscuras, entonces yo encendía mi lamparita de mano, y me quedaba allá en el fondo del primer estudio, a trabajar en el escritorio, con la tenue luz de mi lamparita, porque la directa me molestaba. Más tarde, abría yo la transmisión al aire. Trabajaba de las 9:00 a las 12:00 del día; tenía yo un programa que fue muy famoso, era uno de los básicos de la XEW: *El club de la escoba y el plumero*, que pasaba a las once de la mañana, y en el que rifábamos cosas y dábamos premios. El jefe de continuidad llegaba temprano y se encaminaba al estudio que era mi oficina, y veía en el fondo la lucecita de mi lámpara y me decía. “Mare, si pareces un cocuyo”. Y así se me quedó el mote. Luego Pancho dijo que también me veía con mi lamparita, dijo: “Yo le voy a hacer su canción al Cocuyo”, y me la hizo.



Las ondas hertzianas llevaban un comentario, una melodía, un timbre vocal cálido. Con sólo dar vuelta al botón del aparato receptor, surgía la voz de un hombre como Agustín Lara que hablaba y cantaba al oído de todas y cada una de las mujeres que sintonizaban *La hora azul*. En los cafés, los restaurantes y las cantinas se ponía de moda tener un radio, pues era un atractivo extra para los parroquianos. En las vecindades, el más emprendedor de sus moradores se desprendía un rato de ese bien llamado radio, lo encendía en medio del patio y cobraba unos centavos al vecindario por escuchar sus programas favoritos. En completo silencio, la gente atendía, fervorosa, aquello que brotaba de ese aparato.

Era el triunfo de la comunicación y la electrónica conquistando el tiempo y el espacio. Y voces como la de Luis Cáceres

quedaron grababas en la memoria de millones de personas a lo largo de los 50 años que permaneció en la XEW. Él fue de los poquísimos locutores fundadores de la emisora que permaneció tanto tiempo al aire. Su amigo Francisco no duró tanto con su programa, pero don Luis guardaba en su mente los años que trabajaron juntos. Puso a andar la máquina de recordar cuando le pregunté: ¿Cómo era don Pancho Gabilondo?

—Tiene usted razón, cómo era... Él empezó a alejarse de la radio y de la televisión por el mal que tenía en los ojos y por la depresión que le produjo el que ya no pudiese caminar ni ver bien. Pero cuando estuvimos en la XEW era sumamente alegre, muy enamorado y nada feo. Conmigo fue un gran amigo. No tuvo muchas amistades profundas, por eso le encantaba su retiro, allá por el estado de México. Ahora bien, amigas, amigas de verdad, sí tuvo muchas: las estrellas del firmamento...

Don Luis también decía que los yucatecos por naturaleza eran nómadas. Él lo fue. Pero su arraigo ocurrió cuando se hizo locutor y presentador de programas de la W. Además, escribía poemas. Tuvo una emisión que nombró *Auroras en el ocaso*, y leía poesía suya y de otros creadores. Me relató que su papá lo regañaba diciéndole: “¿Cómo puedes decir ese tipo de cosas; ¡es una aberración!” Y él le respondía: “Papá, a los poetas nos está permitido eso, y más”.



Cáceres engarzó su vida con la pasión por la radio. Vivía en y para ella. Sus amistades, sus amores, sus grandes recuerdos nacieron ahí. Conocía a todo el personal de esa W que contribuyó a fundar. Eran pocos, pero hacían mucho. Para él constituyó un hogar, la casa donde vivían todos como una familia. Recordaba hasta los nombres de las primeras tres telefonistas: María Antonia, Jesusa

y Carmen... qué bárbaro, ¡qué memoria! Por eso le era fácil acordarse de la serie de “su hermano” Pancho y de cuánto se divertían improvisando:

—Pues cuando comenzó a hacer su programa, le pusieron a Leopoldo Samaniego, que era todo un señor muy ceremonioso, pero pronto los directivos de la W se dieron cuenta de que no iba con el ritmo de su programa ni con el carácter de Pancho. Y como ya nos habíamos conocido y caído bien, le dijo al director artístico: “él es quien me va a ayudar a improvisar”. Porque, oiga usted, todo era improvisado, nada estaba escrito al principio. Las aventuras de Panza Verde y las demás las inventaba ahí mismo Pancho. Y a todos se nos ocurrían cosas y les dábamos vida, pero la idea y la obra principal eran de Gabilondo¹².

—A ver platíqueme con más detalle... por ejemplo, llegaba con una canción y...

—Sí, podía llegar con la canción o únicamente con la idea de la letra, pero en un ratito la completaba y quedaba lista para estrenarla; a veces hasta componía tres de un jalón. En otras ocasiones, apenas veía un hecho que ocurría en la calle, creaba otra. Así de talentoso era.

Y, ya encarrerados en el noble ejercicio de recordar, pues que me cuenta cómo era la producción de los programas en general, antes de que pudiesen grabarse. Confesó sin pena que los hacían “a como Dios nos daba a entender”, ahí se las iban ingeniando para sacar adelante las cosas, y equivocándose aprendían:

—No teníamos quién nos diera de gritos, ni nadie delante de nosotros que nos dijera éntrale, bájale, sube la voz, cállate. Así fue por un buen tiempo, hasta que pudimos grabar los programas en aquellas “tortillas negras”; así ya fue más fácil, porque cuando un programa nos salía mal, pues se grababa otro. También a Gabilondo Soler le fue útil que existieran esos

¹² Una versión más, que complementa la idea de que el nacimiento del programa y del personaje de *Cri-Cri* fue en equipo, pero bajo el concepto y la dirección de Francisco Gabilondo Soler.

primeros discos de vinilo, pues ya podía grabar su programa e irse a mirar las estrellas.

—¿Cómo podía Gabilondo Soler dar continuidad a su programa de radio y aprender a observar el cielo?

—Lo pudo hacer porque era muy talentoso. Y no sólo la astronomía fue su debilidad; el mar también le atrajo. Él fue uno de los primeros que concursó en las carreras en lancha en el río Balsas. Francisco fue un adorador de la vida. Amaba todas las cosas naturales, como el agua y las estrellas.

Don Luis Cáceres dejó la XEW cuando cumplía 50 años de ejercer en ella sus múltiples oficios. Parecía que deseaba retirarse, pero el gusanito de la radio no lo dejó en paz. Y regresó solamente a la locución, pero en otra emisora. Sus últimos años de vida los pasó en el noticiero de Joaquín López Dóriga, en Radio Fórmula. Con más de 80 años de edad, llegaba puntual, como siempre, a su compromiso radiofónico diario. Murió al pie del cañón, en 2000.



Francisco Gabilondo Soler

EL GRILLO VUELVE A CANTAR

EMPEZABA 1944. A la Segunda Guerra Mundial le faltaba un año para concluir, no así, como decía José Emilio Pacheco, “al dolor que expresaban millones de heridos o mutilados, y la imborrable cicatriz de una masacre que arrojó 50 millones de muertos”, algunos de los cuales eran mexicanos, puesto que 15 mil 530 connacionales marcharon al matadero, enrolados por la armada estadounidense. Los países involucrados en el conflicto bélico tendrían que empezar a sobreponerse en todos los órdenes. México también, pues entró a la guerra casi sin querer. Por eso fue que desde la esfera gubernamental se impulsaba una alegría forzada; había que sonreír y reír, aunque la situación política, económica y anímica fuese para llorar.

Luego de que regresó de Monterrey, Pancho Gabilondo iba de vez en cuando a la XEW, en busca de chamba. Logró que lo contrataran esporádicamente para suplir a algún pianista o para acompañar musicalmente una emisión. Así se la llevó un buen tiempo, hasta que Rosario Patiño consiguió un patrocinador que confió otra vez en ella y en el talento de Gabilondo. El autor del Grillito Cantor, Cri-Cri, volvería a la radio, al fin. Su personaje y su programa vivirían una segunda etapa. Pero la empresa le imponía algunos cambios. El principal: la emisión ya no sería diaria, sino semanal, de media hora de duración.

Pese a ello, Gabilondo retornó con brío a la W. Él estaba por cumplir 42 años de edad. Dejaba atrás el mal sabor de boca de sus experiencias musicales en otros lares. Retornaba a casa. Volverían con él casi todos los músicos que lo acompañaron años atrás; se incorporarían otros, como el compositor y director de orquesta Fausto Pinelo Ríos quien, además de esos talentos, poseía otro indispensable: era violinista. Y el Grillito Cantor sin violín nomás no podría salir al aire.

Alfredo Núñez de Borbón esporádicamente colaboraba en el programa. El yucateco Fausto Pinelo Ríos lo suplía magistralmente. Nacido el 21 de julio de 1893, estudió piano, violín, armonía y composición. Destacó como violinista en orquestas en su tierra natal. En la Ciudad de México trabajaba en teatro y en adaptaciones de obras musicales para la XEW y XEQ. Era también profesor de violín en el Conservatorio Nacional de Música. Compuso canciones y piezas para piano. En 1931 escribió la ópera *Payambé*, con libreto de Luis Rosado Vega, según consignan los especialistas Gerónimo Baqueiro Foster y Enrique Martín Briceño.

Fausto Pinelo enriqueció la obra musical de Gabilondo Soler, quien componía otra vez. Casi lo dejó de hacer durante el tiempo que navegó por lejanos mares. Luego de sus fracasos en otras latitudes, valoraba más la generosidad de los mexicanos con sus artistas, pues no los olvidaba. Su retorno a la XEW marcaba la madurez de su existencia y de su creatividad, ésta última era notoria en su música y en sus nuevos cuentos y canciones. En 1940, lejos de su país, sólo escribió dos. Pero de 1942 a 1945 hizo más de 50; todas fueron un éxito y quedaron para el imaginario de sus escuchas: *El calendario*, *El Carrusel*, *Chacho muchacho*, *Che Araña*, *El chivo ciclista*, *Cómo le va*, *El comal y la olla*, *El ropavejero*, y tantas más.

La factura de su obra letrística se consolidó en esta etapa. Como autor, tomó conciencia de que el tiempo pasa veloz y hay que aprovecharlo; lo dice en canciones como *El calendario*; por otro lado, su identidad como mexicano, ese sentido nacionalista que quizás resurgió con mayor fuerza al estar lejos de su patria, lo imprimió en *Mi bandera*, también de este período.

Su composición es más orquestal, con mejores arreglos. No se fueron por la borda los años que permaneció fuera de la XEW; todo lo contrario, lo enriquecieron porque en Buenos Aires, Argentina, se mantuvo como pianista de géneros musicales muy diversos al suyo, y en Monterrey, Nuevo León, amplió sus horizontes de

experimentación en la escritura. El resultado habría de disfrutarlo su público de la XEW al regreso de *Más literatura y canciones de Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri, el Grillito Cantor*.



Un programa semanal de media hora de duración no era, tal vez, lo que Gabilondo esperaba. Pero no estaban los tiempos para quejarse sino para ir hacia adelante. Las secuelas de la guerra llegaban hasta la XEW. La empresa seguía resintiendo no contar con suficientes anunciantes para pagar la nómina artística. Fue acaso esa una de las razones para que Azcárraga Vidaurreta firmara un suculento contrato con la norteamericana Colgate Palmolive; éste tenía tantos ceros que sacaría adelante su negocio. Pero los anuncios de Palmolive traían cola: las radionovelas cubanas, probadamente exitosas allá en la isla: *Ave sin nido*, de Leandro Blanco, que cuenta la historia de Anita de Montemar; *El derecho de nacer*, de Félix B. Caignet, y otras. Al parecer, acá no llegó *El Collar de Lágrimas*, del español José Sánchez Arcilla, que fue el folletín más largo del que se tenga memoria en ese país: se escuchó durante más de tres años y tuvo 995 capítulos.

Esas “óperas de jabón” captaban tanta audiencia y dejaban tales dividendos económicos que la XEW llegó a programar más de tres al día, lo cual fue bueno para las finanzas de la radiodifusora y para Colgate Palmolive. Pero deplorable para productores, actores, guionistas, musicalizadores y efectistas de sonido mexicanos. Más de un lustro tuvieron que esperar, hasta que pasó la moda de la *soap opera* cubana. Fue hasta entonces cuando los dramaturgos y actores mexicanos retornaron a los estudios de Ayuntamiento, para hacer rodar, con argumentos nacionales, las lágrimas de las amas de casa.

Allá en sus años de auge, los “culebrones” cubanos trajeron dinero a las arcas de la empresa de don Emilio, sí, pero modificaron

paulatinamente la línea original de la emisora. Se transformaba en un espacio para radioteatros y noticiarios, principalmente; los programas de concurso, cómicos y musicales iban palideciendo, estaban amenazados de muerte y morirían décadas más tarde.

Esa época dorada de la W con las óperas cubanas de jabón, evidenciaba también los nexos de negocios de Azcárraga Vidaurreta con los empresarios de la radio allá en la isla, los cuales propiciaron un intercambio de artistas.

A Pancho Gabilondo le tocó ser de los elegidos para viajar allá. Lo hizo en la compañía de su inseparable Alpiste. Eso fue en 1944; la visita respondía a una invitación que llegó a las manos de don Emilio Azcárraga. La enviaba don Amado Trinidad, dueño de Radio Habana Cuba, y quien en 1940 se asoció con la Cadena Azul, grupo radiofónico con muchas emisoras a lo largo y ancho de la isla. Con esa sinergia, el nuevo consorcio se convirtió en el más poderoso de Cuba: Radio Habana Cuba-Cadena Azul.

Aquel 1944 cuando Gabilondo viajó a ese país, el conglomerado cumplía cuatro años de fusión. Y para celebrarlo inauguraba sus impresionantes instalaciones, que bautizó como El Palacio de la Radio, y que contaban, entre otros elementos, con dos estudios gigantescos y una orquesta sinfónica. Así, se colocaba a la cabeza de todos sus competidores en Cuba. Don Emilio habrá pensado que era necesario mostrar músculo ante aquel empresario de las comunicaciones, pues cuando Gabilondo realizó el viaje, el consorcio cubano le llevaba al mexicano años de experiencia.

Los cubanos lanzaron su primera emisora en 1922, casi a la par que México hacía sus incipientes experimentos de radiocomunicación. Pero, contrario al nuestro, el avance radiofónico en Cuba subió como espuma, apoyado por el capital norteamericano, al grado tal que para 1933, cuando la XEW acumulaba tres años de existencia, y otras emisoras en nuestro país intentaban consolidarse, en el Continente Americano y el Caribe había 789 estaciones de radio; 625 estaban en Estados Unidos y 62 en Cuba,

en manos de hombres de negocios tanto estadounidenses como cubanos y españoles. Por tanto, en la isla la radiodifusión vivía un auge espectacular.

De aquella estancia en La Habana, Gabilondo Soler y Alpiste aprendieron mucho con los maestros cubanos de la radio y los efectos sonoros. El Alpiste se traería de la isla algunos nuevos secretos de su oficio y puliría otros: la imitación de voces y los sonidos de animales. Gabilondo aceptaría el suyo de guionista, director y conductor. Fue tal el éxito de Gabilondo y de su Cri-Cri en La Habana, que productores y musicalizadores se arremolinaban en el estudio para verlo realizar su programa al lado del genial Alpiste. Esa experiencia dejó una huella en la radio cubana, tan indeleble, que en 1947 en la emisora Unión Radio surgieron series para niños, dos de ellas fueron *El abuelito Cuentatoló* y *Kindergarten Musical*, e incluían canciones de Gabilondo Soler; así lo reseñó la periodista habanera Mireya Cabrera Gaytán.



Entre los años 1944 y 1960, los recursos tecnológicos para la radiodifusión dieron otros grandes pasos. El sonido, que es la vibración armónica del aire, no pudo retenerse en un soporte ni tan rápido ni tan fácilmente. El primer sonido “románticamente preso” se atrapó en cilindros de cera, más tarde en discos de pasta, luego, en alambres de acero y por fin en cinta magnética, como ya enumeré.

Al interior de los estudios de producción radiofónica cada paso se vivió como una celebración: la tecnología liberaba de tensión a operadores, musicalizadores, realizadores y directores artísticos.

Cuando el disco de pasta de 78 revoluciones por minuto hizo su arribo, los realizadores, operadores y presentadores alzaron

los brazos en señal de alegría, pues en aquellos discos se podían ya grabar anuncios y uno que otro programa. Pero, según especialistas como Gabriel Sosa Platas en su libro *Innovaciones tecnológicas de la radio en México*, ese avance tenía su lado B: con apenas unas cuantas pasadas, el disco sonaba con ese polvillo o *scrach*, molesto para el oído del radioescucha. Esos discos, conocidos popularmente como “tortillas negras”, tenían corta vida útil y de calidad.

Tales “tortillas”, aunque menos frágiles que las de maíz, empezaron a viajar por todo el país una vez que se creó en 1941 la empresa Radio Programas de México, de la cual eran socios fundadores Emilio Azcárraga Vidaurreta y Clemente Serna Martínez. Aquellos discos llevaban a los rincones de México anuncios y programas de la XEW. Pero, como todavía no se había inventado la mensajería aérea y el servicio postal iba al paso de una tortuga, correspondió a los representantes de ventas de la emisora viajar a los estados con sus tortillas para entregarlas a las afiliadas en Radio Programas de México.

Rosario Patiño también desempeñó esa tarea; se distinguió como la representante que más viajaba, debido a sus buenos resultados económicos para la empresa de Azcárraga y a que fue la mano derecha de Othón M. Vélez en todos sus asuntos. Sus giras por la provincia eran prolongadas, hasta por dos o tres meses, visitando radiodifusoras a las que entregaba esas tortillas negras; una vez terminada la pauta o periodo de transmisión en una emisora, debía llevarlas a otra con esa misma finalidad y así, hasta que la campaña publicitaria o los programas perdían su vigencia. Y también, hasta que el deterioro de la tortilla hacía casi inaudible el mensaje.

Gabilondo Soler también se beneficiaba por esa novedad: seguía haciendo en vivo su programa en el corazón de la calle Ayuntamiento, pero su producto viajaba ya, atrapado en aquellas tortillas negras. Su éxito se multiplicaría exponencialmente poco después del arribo de la cinta magnetofónica y los más modernos

equipos de grabación. Años más adelante, la industria discográfica le permitió grabar sus exitosas canciones y venderlas.



A la mitad del siglo XX, una buena cantidad de grandes músicos mexicanos había colaborado para el programa que Gabilondo Soler comandaba. Él cada vez escribía más letras de canciones, así como la música que las enmarcaba. Pero muchas veces la presión radiofónica no le permitía redondear sus arreglos. Por eso tuvo el cuidado de buscar el apoyo de directores de orquesta. Chucho Ferrer fue uno de los últimos que colaboró con él.

Su nombre completo: José de Jesús Ferrer Villalpando. Era de Guadalajara, Jalisco, donde nació el 9 de octubre de 1929, en una casa con papás músicos. Estudió en el Conservatorio Nacional de la Ciudad de México, donde fue destacado alumno de Blas Galindo, jalisciense como él. En los años cuarenta ingresó en la XEW; por 13 años cumplió la tarea de director artístico de la orquesta de solistas de Agustín Lara. A la par, musicalizaba y creaba arreglos para programas, entre ellos el de Gabilondo Soler. Fuera de la XEW, la huella de su trabajo quedó en orquestas como la Sinfónica de la Ciudad de México, la de Cámara de Bellas Artes, la Nacional de Música de la UNAM y la de Vancouver, Canadá, entre otras. Ferrer fue también compositor y en su historial hay más de 800 obras.

En 2009 concedió una entrevista a Iris Bringas, quien la publicó en *Proceso* en 2011, cuando el músico murió. Bringas recordaba el paseo que el maestro Ferrer, a los 82 años de edad, le obsequió por su casa. Al llegar al estudio le mostró un mueble en el que guardaba bajo llave, ordenadas y pulcras, las partituras de la música de Francisco Gabilondo Soler. Las atesoró por décadas para recordar que trabajó con él haciendo arreglos musicales.

Cada partitura conservaba las correcciones a lápiz, las observaciones de Gabilondo y de Ferrer, así como la dotación musical. Así lo cuenta la autora de la entrevista: “Evocó el trajín del día a día en la XEW: ‘Trabajaba a un ritmo que no cualquiera tiene capacidad en la actualidad, pues si llegaba Pedro Infante por la tarde había que tener previsión, y entre programa y programa escribir un arreglo, luego otro y el de Pedro, más el de Toña la Negra para la noche, me iba a comer y regresaba a continuar’”. Ferrer, quien tuvo como *hobby* la ebanistería y construyó los muebles de su casa, falleció el 6 de diciembre de 2011, en el Estado de México.



Hacia 1946, un trío de voces femeninas se integró al elenco del programa de Pancho Gabilondo, se llamaba Las Tres Conchitas. Provenían de Tampico, Tamaulipas. Hay pocos datos acerca de la trayectoria artística de estas damas. Dice la leyenda que formaron parte de él Refugio Hernández y las hermanas Gudelia y Laura Rodríguez, aunque existe otra versión que dice que las integrantes eran las hermanas Bertha y Refugio Hernández, acompañadas de su amiga Laura Rodríguez.

La agrupación también se hacía llamar Conjunto Coral Las Conchitas. Precedidas por un buen historial en la emisora XEFW de su tierra natal, Tampico —según dato de don Jorge Miranda en el portal *Escuchando música en Uricuaro*—, estas morenas y rollizas mujeres, llegaron a la XEW contratadas para hacer coros en los programas de varios cantantes, así como para poner sus voces a los *jingles* comerciales.

Participaron en el serial de Gabilondo. Es memorable la presencia de sus voces en *La negrita Cucurumbé* y *El ropero*. Grabaron discos en los que interpretaban canciones de autores como Tata Nacho, Guty Cárdenas y otros. El conjunto coral permaneció

unido y trabajando durante 38 años, hasta que en 1985 falleció Refugio. Francisco Gabilondo recordaba con afecto a Las Conchitas, especialmente a Cuca, con quien trabó una larga amistad.



Las Hermanas Águila fue otro dueto de voces femeninas que ocasionalmente hizo coros para algunas canciones en los programas de Pancho Gabilondo. María Paz y María Esperanza Águila Villalobos fueron internacionalmente conocidas por sus interpretaciones a canciones de Agustín Lara, Gonzalo Curiel, los Hermanos Domínguez y Consuelo Velázquez. Su voz fue calificada de excepcional.

Originarias de Guadalajara, Jalisco, las Águila se iniciaron en el Teatro Degollado en 1932; en su primer concierto las acompañó al piano su amigo y paisano Gonzalo Curiel. Por esa estrecha amistad que de tiempo atrás cultivaban con él, Curiel las animó para que viajaran a la Ciudad de México para presentarse en la XEW. Los directivos de la emisora las escucharon y decidieron promoverlas. Las bautizaron como “el mejor dueto de América”. Grabaron más de 20 discos y en los años cincuenta hicieron coros para algunas grabaciones de Gabilondo Soler.

Apreciadas por todos los compositores, las Águila siguieron cantando durante varias décadas, tanto en México como en el extranjero. Luego participaron en *Nostalgia*, el programa de televisión que condujo y dirigió Jorge Saldaña.

El dueto se desintegró cuando en 1991 María Esperanza sufrió un infarto y falleció. María Paz la sobrevivió y cantó esporádicamente haciendo segunda voz con intérpretes como Eugenia León y presentándose en algunos pequeños centros nocturnos como El Vicio, cuando lo dirigió Jesusa Rodríguez. Paz vio pasar sus

últimos años en la Casa del Actor, de la Anda. Murió en 2004 a los 91 años de edad.



En su Quinta Calyecac, y décadas después de que regresara a la XEW en 1944, Gabilondo Soler todavía conservaba un buen recuerdo de la emisora que le permitió desplegar sus cualidades creativas. Vivía agradecido con ese medio, en el cual estructuró e hizo realidad la obra que compuso para el sector infantil.

—¿Cómo era el ambiente musical de la XEW?

—Era el de una familia. La XEW de ese tiempo constituía una familia... y no nos importaba el dinero, trabajábamos realmente por amor, por gusto. Me acuerdo que por algún tiempo conseguí hacer otro programa que tuvo vida breve y se llamó *La fuente encantada*¹³, en el que se anunciaba el agua embotellada Garcí-Crespo, de Tehuacán. A esa emisión invité a Emilio Tuero para que juntos hiciésemos algunas canciones; en realidad, era una reminiscencia del *Guasón del Teclado*, sin dar mi nombre; más bien estaba yo de incógnito. Había dos hombres al piano, Juanito García Esquivel y yo. Los *chansonniers* eran Emilio Tuero y Ramón Armengol, quienes se pusieron muy contentos porque conseguí que cada uno cobrara 25 pesos diarios por emisión.

Parece poco ese dinero, pero era una fortuna si lo vemos en el contexto de la percepción del salario mínimo diario en el período de 1941 a 1946, época del gobierno de Ávila Camacho; en ese lapso era de 3.39 pesos al día. Se incrementó a 6.70 diarios en el mandato de Miguel Alemán, de 1947 a 1952. Así pues, Pancho Gabilondo era un buen negociador y le importaba que la gente que trabajara con él percibiera buena paga por su esfuerzo creativo.

¹³ Ese programa salió al aire entre 1951 y 1952. Gabilondo Soler, efectivamente, tocaba el piano y su nombre no aparecía en dicha emisión.

—¿Qué deseaba comunicar con los cuentos y las canciones de Cri-Cri?

—Pues mi intención era absolutamente intuitiva, nunca premeditada, pero tampoco el mío era un trabajo improvisado. Hay algo de inconsciente en todo esto, porque al componer esas canciones no alcanzaba yo a darme cuenta de todo el sentido que proyectan mis letras, y todo lo que a la gente le dice cada pieza o cada cuento. Pero ocurre que, con el tiempo, quienes los han escuchado me dicen: “Oiga, qué buena lección dio usted en la canción de *El barquito de cáscara de nuez*, cuando dice que en la vida siempre hay que ir alegre”. Y hay quien me felicita y me hace ver que esa obra “es un canto a la vida, porque aconseja que uno nunca debe de amilanarse”. Pues... tal vez tenga ese sentido profundo... pero yo nunca me di cuenta, ¡hasta el momento en que me lo estaban diciendo! Y *La muñeca fea* para mí fue una muñeca que auténticamente conocí, que estaba en el cuarto de los trebejos de la abuela; era de trapo rellena de aserrín, y habrá sido de mi mamá, o de alguna de mis tías, ¡vete tú a saber!... y en ese cuarto había ratones y estaba el veliz y el recogedor y la escoba, porque todo lo guardaban allí. Pero esas vivencias para mí fueron reales, las podía tocar... sin embargo, a la gente que no conoce esta historia pues le llama mucho la atención lo que digo en *La muñeca fea*; por eso es que muy sorprendidos me comentan: “Oiga, pero qué bonita canción ha hecho usted refiriéndose al desprecio hacia lo que alguna vez fue bello y luego envejece”... pues, hombre... ¡pues sí!, ¿no crees, hija?, a mí me pasa como al burro que tocó la flauta...



Llegaron los años cincuenta. Buena cantidad de músicos mexicanos había participado en el programa que Gabilondo dirigía.

Él siempre tuvo el cuidado de tener a su lado excelentes directores de orquesta que lo auxiliaron en su tarea musical cuando fue necesario.

Volaba el tiempo. Estaba por terminarse la década de los años cincuenta y la emisión del Grillito Cantor se acercaba al cuarto de siglo. Quién iba a decirlo. Pese a los avatares, el programa se sostuvo, con los altibajos del país y del mundo y la constante búsqueda de patrocinadores. A lo largo de esa etapa de su historia, algunas de las marcas que en distintas épocas apoyaron la emisión del Grillito Cantor fueron La Lotería Nacional, Larín, Agua Purificada Pascual, Calcetines W Five, Nestlé (fabricante de Milo), Refrescos Lulú, Refrescos Pascual, Sonrisal y Telas Treborco, entre otras.

Es curioso que algunas de esas empresas siguieran el que iba a ser el destino final del programa de Gabilondo Soler: desaparecieron. Los dueños de telas Treborco, quizás veracruzanos, fundaron la tienda departamental del mismo nombre en el puerto. El nacimiento, auge y final de Treborco habla de lo que ha ocurrido en el país con la industria textil mexicana. Si en el porfiriato surgieron grandes fábricas en Veracruz, Tlaxcala y Puebla, después de la Revolución Mexicana su producción declinó; luego, con la Depresión de 1929 en Estados Unidos, sufrieron otro golpe que casi las mata. Pero lo superaron y experimentaron mejoría en el período de Lázaro Cárdenas. Durante la Segunda Guerra Mundial y pasada ésta, vivieron un brillo que duró más de tres décadas, hasta que el Tratado de Libre Comercio vino a darle la puntilla a casi toda la industria textil nacional. Treborco desapareció como tantas otras.

Ciertas ramas de la industria vivieron casos de éxito, pese a que en cierto momento las pasaron negras. Refrescos Pascual (hoy Pascual, S.A.), que cíclica y solidariamente patrocinó el programa de Gabilondo Soler, es un emblema de lucha. Nació en los años cuarenta y fue fundada por Rafael Víctor Jiménez Zamudio. Al

principio sólo vendía paletas; después, agua de garrafón, y luego, los refrescos con pulpa de fruta. Sus instalaciones estuvieron en la colonia Anáhuac, luego en la San Rafael, y más tarde en la Tránsito. Según datos tomados de la página de la empresa, las marcas Lulú y Pato Pascual surgieron en la década de los cincuenta. Luego de superar una huelga y de lograr conquistas laborales, los trabajadores ganaron legalmente los activos de la empresa y la constituyeron en cooperativa. Hoy es una de las pocas cooperativas mexicanas ejemplo de éxito y progreso. Se borraron del mapa industrial del país otros sellos mercantiles que patrocinaron la emisión radial de Gabilondo: Sonrisal, así como calcetines W Five, Chocolates La Azteca y otras.

Nestlé, por el contrario, tuvo éxito ascendente y apoyó a la serie en distintas épocas. Nestlé creó Milo, chocolate vitaminado que anunciaba un muy joven Chabelo en el segmento de Cri-Cri en los años cincuenta. Esta empresa la fundó en Suiza, en 1866, el químico de origen alemán Henri Nestlé, quien desarrolló una harina a base de leche y cereales tostados que sirvió de gran ayuda a madres que no podían dar pecho a sus hijos. Esa marca, según datos de su sitio web, se asentó en México en 1930 como importadora. En 1935 abrió sus primeras fábricas y el Distrito Lechero en Ocotlán, Jalisco. En 1955 introdujo la tecnología de inseminación de ganado lechero. La Nestlé fue el patrocinador que acompañaría a Cri-Cri hasta el último de sus programas al aire en la W.



Y llegó 1959. Y, con él, un aniversario importante para Pancho Gabilondo, el número 25; un cuarto de siglo de su programa al aire. Por tal motivo, buena parte de ese año hubo bastante trabajo para el compositor y su elenco; organizaban el que sería el especial de aniversario del programa. El asunto no fue sencillo

para Pancho, pero todo apuntaba a que el resultado sería muy divertido y placentero. Sin embargo, la angustia empezaba a crecer. Pancho se ponía cada vez más nervioso debido a la presión que ejercían sobre él los muchos mensajes que, con demasiada anticipación, leían los anunciadores, invitando al público para que no dejasen pasar ese especial, una emisión en la que habría sorpresas.

El misterio quedó al descubierto a las 13:15 de la tarde de otro lunes, como aquel en el que hizo su primera aparición en radio. Ese lunes de 25 años después, había mucha gente en el estudio y una larga fila de otros radioescuchas que se quedaron con las ganas de entrar. En la emisora, se dieron cita los artistas que participarían en el especial; iban elegantemente vestidos, ellas de vestido negro o blanco, ellos de traje y corbata. Luis Cáceres anunció al público que al fin llegaba el especial tan prolíficamente anunciado semanas atrás. Luego, la orquesta tocó la rúbrica del programa. Y Francisco Gabilondo Soler, ataviado con traje gris claro y corbata de moño, se dirigió a sus radioescuchas y a los ahí presentes:

Posiblemente ya lo ha oído usted. ¡Tanto han dicho por ahí que este programa cumple 25 años que quizás nadie lo ignora! Pues sí, el jueves pasado, a la una y cuarto (si es que el reloj andaba bien) Cri-Cri ajustó artísticamente un cuarto de siglo. ¡Gracias a Dios y al auditorio! Lo curioso es que a pesar del tiempo, Cri-Cri no crece y le siguen gustando las mismas cosas. Ya se sabe que la moda exige cambiar a menudo, lo mismo de ropajes que de costumbres. Cri-Cri se confiesa culpable: admite ser un anticuado al que todavía le encantan los dulces, los cuentos, las travesuras y las orejas de los conejos. Claro está que tuvo suerte fantástica de vivir la vida que más le gusta: la de la imaginación...

Más adelante, como vocero o intérprete de Cri-Cri, expresó:

Cuando estas cosas comenzaron hace 25 años, Cri-Cri ansiaba cantar, aunque tocaba mal y escribía peor. Un caballeroso compañero nuestro, Leopoldo de Samaniego, aunque inteligentísimo, era y puede que siga siendo, un verdadero artífice de la informalidad más exquisita. Llegaba a la hora al programa y no había qué leer. Luis Cáceres, el *Cocuyo*, famoso locutor y también popular como gran amigo, fue quien animó toda nuestra primera serie. Y a falta de material, nos poníamos a improvisar pláticas. “Qué dices del Negrito Sandía”. “Pues que es un tonto. Sí, tontísimo y trompudo”. “Dice cosas muy feas”. “Sí, horrorosas”. Pero en aquellos tiempos la radio era cosa nueva y sus exigencias pocas... Un día, Cri-Cri decidió aprender a escribir, aunque al principio le resultó difícilísimo, aun al tratar de cosas tan dulces como las de *Bombón I*.

Pancho Gabilondo se confesaba, sin rubor, ante el público. Sí, era cierto que al principio escribía poco y tal vez mal, pero aprendió. Y superó a algunos de sus maestros. Se mostraba sincero, tal como era. Sólo las personas talentosas e inteligentes pueden reconocer sus errores frente a un público que ya admira su creación.

Luego de esas y otras palabras, Gabilondo Soler cedió los micrófonos a los artistas de la W que participarían en ese especial de aniversario: Pedro Vargas, las Hermanas Águila, el Panzón Panseco, las Tres Conchitas, Tilín, Olga Puig, Julio Julián, Raulito el Cartero del Aire y el tenor Gabriel Gutiérrez. Cada quien interpretó una de las ya famosas composiciones del artífice del programa. Él agradeció a muchos durante el festejo: a Othón M. Vélez, Víctor Pazos, Manuel Núñez, Lorenzo Bravo, Julio Martínez; a los “ruidosos ruideros” Peimbert y Alpiste, a Pepe Agüeros, “que siempre vienen y nunca cobran”. Entusiasta, dijo que tenía material, energía y cuerda para 15 años más de programa, pero únicamente le quedaban dos por delante. Lo malo era que él no lo sabía.

Pero esa tarde, a ritmo de mambo se cantó y bailó *La negrita cururumbé*, con Las Tres Conchitas; más tarde, *Caminito de la Escuela*, a cargo de las Hermanas Águila; Pedro Vargas interpretó *La Sirenita*; el Panzón Panseco se arrancó con *El negrito bailarín*; el tenor Gabriel Gutiérrez interpretó *El ropavejero*; Tilín, el cómico, se discutió con la canción *El puerto*, en la que imitaba a Agustín Lara, según consignó el investigador Pável Granados en el libro *70 años de la XEW*, publicado por Editorial Clío en la década de los noventa.

Esa singular amalgama de música, canción y cuento a la que Gabilondo dio vida, estaba en su momento de mayor madurez intelectual; lo dicen las letras de sus canciones *Qué tipo el topo*, *El relojito*, *Teté* y *La marcha de las canicas*, entre otras. Fue una época de poca producción; podría decirse que de la década de los cincuenta a los sesenta Pancho escribió poco, pero lo hizo con mayor calidad que antes, quizás por ello más lentamente. Buena parte de su tiempo lo utilizaba para revisar, corregir, reescribir incluso lo hecho en sus inicios del programa en los años treinta.

No había estudiado para escritor; recordemos que terminó apenas la instrucción básica. Pero era un gran lector, y leyendo se aprende a escribir, según lo afirman autores que han ganado el Premio Nobel. Además, era riguroso y nunca se creyó aquello de la fama... y ni en el mar se mareó.

Era un hombre cuyo éxito se cimentaba en la preparación, la autocrítica y el trabajo diarios. *Lunada*, para mi gusto una de las más poéticas de sus composiciones, constituye una prueba de la exigencia que se imponía para que sus líneas expresaran mejores metáforas cada día. Veán si no. La primera versión de *Lunada* la escribió en 1934, y dice así:

*La luna con las estrellas
en la laguna se va a bañar.
Los gnomos en la pradera
con esta danza podrán bailar.*

*Los gnomos están de fiesta
a la floresta van a saltar.
Los grillos con sus violines
tocan y tocan sin descansar.*

*Sedienta, a la laguna
una vaquita bajó a beber.
Y al verla, un renacuajo
con gran trabajo echó a correr.*

*El pobre del renacuajo,
muy asustado, se refugió
debajo de las enaguas
de su abuelita doña Crocró.*

*Ranita, dime cómo
puedo encontrar al gnomo.
Tal vez será su casa
aquella gran calabaza.*

*Ranita, dime cómo
puedo encontrar al gnomo.
“Croá croá, croá croá”,
¡pues la luna te lo dirá!*

*Ranita, dime cómo
puedo encontrar al gnomo.
Tal vez ya no está lejos,
bailando con los conejos.*

*Ranita, dime cómo
puedo encontrar al gnomo.
“Croá croá, croá croá”,
¡pues la luna te lo dirá!*

Años después la revisaría; trabajó en ella hasta que encontró la fórmula más sublime para regalarle a los niños una sencilla y bella explicación de los procesos climatológicos, y de cómo las fases de la Luna nos ayudan a entenderlos. Ya en la época de la revisión de esa pieza, Gabilondo no era únicamente el letrista y compositor musical, también se consolidaba como astrónomo y apasionado observador del cielo. He aquí la versión que hoy todos cantamos todavía:

*La luna garapiñada
quitando estrellas salió a brillar,
solita, redonda y bella,
con luz de nácar pa' regalar.*

*Los gnomos están de fiesta
a la floresta van a bailar.
Los grillos con sus violines
Tocan y tocan sin descansar.*

*Ranita, dime cómo
puedo encontrar al gnomo.
Tal vez será su casa
aquella gran calabaza.*

*Ranita, dime cómo
puedo encontrar al gnomo.
“Croá croá, croá croá”,
¡pues la luna te lo dirá!*

*Las noches de plenilunio
a campo abierto serán así:
calientes si son de junio
y fresquecitas si son de abril.*

*La luna ya está muy alta,
parece plata con fondo azul,
y el gnomo, de blanca barba,
quiere bajarla con un bambú.*

*Ranita, dime cómo
puedo encontrar al gnomo.
Tal vez no esté muy lejos,
bailando con los conejos.*

*Ranita, dime cómo
puedo encontrar al gnomo.
“Croá croá, croá croá”,
¡pues la luna te lo dirá!*

Otra muestra del crecimiento de la poética de su obra, y también de la certeza de que por las rendijas de las letras de sus canciones se escapaban algunos sentimientos íntimos del compositor, es la pieza *La despedida*, que compuso en 1955:

*La familia Conejín
va de viaje para Europa.*

*En un barco de vapor
se embarcó toda la tropa:*

*Abuelita, los papás,
muchas primas, varios tíos,
más catorce conejitos,
todos muy amigos míos,
a los cuales he venido a despedir.*

*Ese barco que los lleva
ya se despegó del muelle;
si no jala más aprisa,
pos quién sabe cuándo llegue.*

*Asomadas por la popa,
bajo el humo en negras bolas,
las orejas de conejos
se columpian con las olas.*

*Una lagrimita con sabor de sal
ha caído al agua y ahora
ya es más hondo el mar.*

*La familia Conejín
ya se ve como un puntito.*

*Quiera Dios que sean dichosos,
que regresen muy hermosos,
que recuerden al que aquí
les dice adiós.*



En esta canción de 1955, su compositor muestra un dejo de tristeza. ¿Qué pasaba por su vida? Varias cosas: la separación de su primera esposa Rosario Patiño; esa separación tuvo varios momentos de reconciliación y rompimiento, hasta que en 1954 se concretó en divorcio. Pronto dio paso a su matrimonio con Yvette Boulet. Faltaban pocos años para que nacieran sus siguientes dos hijos, fruto de esa relación: Francisco y Andrea. Además, ponía el pie en el primer escalón de la tercera edad. Iba a cumplir medio siglo de vida. “Que recuerden al que aquí les dice adiós”, una frase de alguien que está triste, y con el pañuelo se despide de esa familia Conejín, su familia —de la que acaba de alejarse— que cruza el charco y lo deja con un hueco en el corazón. Tenía una nueva ya, claro, pero extrañaba sin remedio a la primera.

Empezaba 1960. A medida que echaba años, Pancho Gabilondo se sentía más cansado físicamente. En algunas de sus interpretaciones la voz se le escucha un tanto ahogada. Crear un programa semanal en vivo; escribir, corregir, revisar partituras y letras; lidiar con músicos a los cuales debía indicar con precisión el *timing* y el ritmo del programa, sin olvidar al público que pedía a través de cientos de cartas, y luego ya ¡por teléfono! que repitiera sus canciones favoritas o que aconsejara a los chiquillos, significaba una presión que a veces quería abandonar saltando por la ventana sin dejar rastro, cual grillo.

Eso quizás también lo leyó en sus ojos el propio Emilio Azcárraga Vidaurreta. Y un día de 1961, la culminación definitiva de su programa llegó. Era 30 de julio. Para sus adentros, acaso Pancho Gabilondo descansó. Las canciones eran exitosas, se cantaban en el país; no en las escuelas, pero era lo de menos. La imposición de la obra nunca fue su finalidad. El último programa que hizo en la W no fue triste; todo lo contrario: él mismo recordaba que don Emilio le organizó “una fiestecita”, es decir, una despedida. Y luego de eso: nada. Sólo esa sensación de “ya vete pa’ tu casa”.

Así las cosas, Gabilondo Soler, con el grillo sentado en su hombro derecho, se despidió definitivamente de los micrófonos de la XEW. Su fiel patrocinador, Nestlé, había desembolsado unos últimos pesos para esa emisión del adiós. Los músicos, la mayoría amigos entrañables del compositor, lo acompañarían en esa última presentación. No todos los que arrancaron con él en el programa estuvieron presentes, pero sí los fundamentales. Sin duda, no faltó el principal, el alma y la voz de Cri-Cri: Manuel Bernal. Y volverían a encontrarse, cuando Gabilondo firmó contrato con RCA Victor y *Reader's Digest* para grabar sus canciones en el álbum *Cuentos y canciones de Cri-Cri*, Manuel Bernal fue gustoso a trabajar al lado de su amigo.

A esas alturas de su vida, Bernal tenía más de 60 años de edad, su carrera era reconocida en Centro y Sudamérica. Recibía el título de “el mejor declamador de América” y Nicaragua lo reconocía como el gran intérprete de la poesía de Rubén Darío. Su forma de decir *La suave patria*, de Ramón López Velarde, quedará para la historia de la declamación mexicana. En 1970 sufrió un infarto y dejó la radio. Falleció el 7 de enero de 1975, de un paro cardíaco. Sus restos están en la rotonda de los Hombres Ilustres del Estado de México.

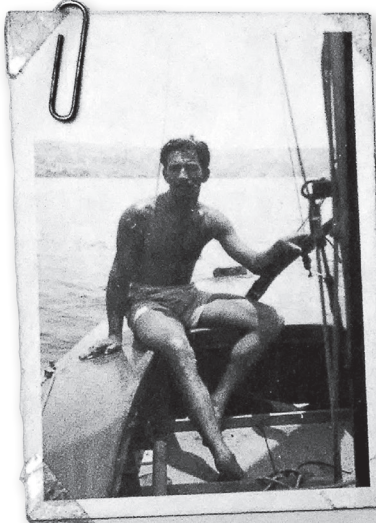


Tal vez el adiós definitivo al programa de Cri-Cri fue en el estudio Azul y Plata o en el Verde y Oro. No importa. Lo fundamental era que Gabilondo Soler dejó para siempre su casa radiofónica el 23 de septiembre de 1961. Sí, para siempre, porque ninguna otra emisora volvió a contratarlo. Con el siguiente texto se despidió de su público:

Atenta despedida de un servidor, Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri, el Grillito Cantor:

Quiero aconsejar, finalizó Cri-Cri, quiero decir a todos ustedes antes de terminar mi serie de aventuras, que no traten de hacer lo que yo he hecho, será muy divertido entrar en el país de los cuentos, es encantador tocar instrumentos y podrá parecer agradable escribir 100 mentiras con faltas de ortografía, pero aparte de esas pequeñas diversiones, la vida consiste en educar el esfuerzo, cada día hay que hacer más siguiendo el consejo de los viejos, obedeciendo los mandatos de mamá y perdonando torpezas a niños que conocemos; hacer más, cada vez más, así ha ido el mundo rodando y en sus vueltas aprendiendo. No destruir ni libros, ni animalitos, ni flores o arbolitos esbeltos; seremos cada vez más ricos queriendo ser cada vez más buenos, que aquel que piensa torcido lo perseguirán en el sueño cosas terribles y falsas envenenando su tedio.

“Seremos cada vez más ricos queriendo ser cada vez más buenos”, delicado consejo con el que dijo adiós a una época de su vida y de su trabajo. Pudo leer los cambios que se avecinaban y, como torero que fue, abandonó a tiempo los ruedos.



System of Navigation

Annapolis, Maryland



THAT
CABILONDO SOLER has completed the
MARINE DEAD RECKONING AND CELESTIAL NAVIGATION COURSES
with an average mark of 97 per cent. and is accordingly awarded this

DIPLOMA

In Witness Whereof, the signatures of the officers are affixed this
24th day of October 1945

[Signature]
OFFICER

[Signature]
OFFICER

Foto: Barbara Sanz Polo Gabillondo.

Diploma de navegación marítima y celestial

¿Y EL GRILLITO? EN LOS RINCONES

SE CERRÓ, pues, el ciclo radiofónico de Francisco Gabilondo Soler. El grillo se fue a su rincón en Tocuila, allá por Lechería y Texcoco en el estado de México. Pero no a lamentar la pérdida del espacio que le permitió expresarse, sino a disfrutar de la vida de otra forma, sin la presión del reloj.

Fue entonces que Pancho emprendió con más energía dos de sus pasiones: la navegación y la astronomía.

Desempolvó sus conocimientos de astronomía y matemáticas, los cuales en el pasado, allá por 1929, le ayudaron para ingresar al Observatorio Astronómico Nacional de Tacubaya en calidad de ayudante meritorio, al lado del ingeniero Joaquín Gallo.

También le sería muy útil para esta nueva etapa sacar a orear sus lecciones de navegación que tomó años atrás, siendo todavía un fortachón lleno de energía. Ese anhelo por tomar de nueva cuenta el timón de un barco y navegar en alta mar se haría realidad nuevamente, sin presión de ninguna especie. Cuando me encontré con él, todavía recordaba con mucho entusiasmo sus retos en el mar.

—¿Y por qué quiso aprender a navegar?

—Practiqué la navegación porque me entró curiosidad de aprender a situarme en el mar. Hacerlo en tierra no es fácil, pero existe la ventaja de que no se está uno moviendo. Cuando ya tuve conocimientos acerca de la situación geográfica, tanto de latitud y de longitud terrestre, pues me entró la espina de cómo podría orientarme en el mar. Entonces me fui a Maryland y tomé un curso que para mí fue muy fácil, porque ya antes había sido calculista en el Observatorio Astronómico Nacional que está en Tacubaya... era calculista voluntario, claro está... como consta en los anuarios. Y como ya estaba yo muy fogueado en la astronomía, en Maryland a los estadounidenses se les hizo que yo

era un genio, porque eso que a ellos les costaba tanto esfuerzo entender, a mí me resultaba fácil, todo lo tenía aquí, al dedillo... Luego, años después, tuve la oportunidad de transportarme en embarcaciones ajenas y, con el tiempo, llegué a tener un yate de 38 pies, pero eso fue ya muy posterior a mis inicios allá en Maryland. Debido a mi trabajo en la radio casi no podía atender el yate... lo traje de San Diego, California, y lo tuve anclado en Acapulco. Afortunadamente, cuando se desbarrancó el peso, y el dólar saltó de 8.60 a 12.50, en tiempos de Adolfo Ruiz Cortines, decidí vender el barquito, porque el deporte de la navegación es muy caro... Había una gringa que estaba enamorada de él y por fortuna me lo compró al mismo precio que me costó, que eso sí fue bueno, porque no es igual comprar que vender... y estaba en buenas condiciones el yate, porque lo usé muy poco... Pero luego hice bonitos viajes en otros barcos de personas adineradas que, como no sabían de navegación, pues me invitaban, ¡y así llevaban navegante gratis!; su obligación era darme únicamente la comida, así que ellos encantados... y yo, quitándole tiempo a Cri-Cri... porque en la época de los primeros años de la XEW pues no existían los discos, y después, cuando se inventaron, no nos permitían ponerlos; la dirección de la emisora no lo autorizaba; cuando el público sabía que la música que estaba escuchando provenía de un disco, no seguía oyendo el programa; quería que todo fuese en vivo, porque lo sentía más cálido y lo apreciaba más.

Seguiría disfrutando ese deporte durante varios años más después de su salida de la radio. Más tarde, como se consigna en el libro *Francisco Gabilondo Soler, su obra y sus pasiones, una herencia para México*¹⁴, Pancho y su medio hermano menor, Enrique González Soler, hijo del segundo matrimonio de su madre, se adentraron en distintas aguas de México, en el Lago de Tequesquitengo y en el

¹⁴ Escrito por Gerardo Australia y publicado por la Fundación Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri, en 2015.

de Valle de Bravo. Pancho alguna vez participó en una regata que salía de Acapulco y llegó a San Diego.

Con ese bagaje, un buen día decidió que podía construir su propia embarcación. Y como si fuese un fabricante experimentado, emprendió esa tarea con el apoyo de Enrique González Soler. Para no hacerles el cuento largo, les digo que Gabilondo consultaba libros, enciclopedias y, por fin, aunque a lo mejor le sobraron piezas, terminó su barquito. Lo más importante de este reto no fue hacer la nave, sino disfrutar el trayecto; el viaje, no la meta, como dice Constantino Kavafis, el poeta griego, en *Ítaca*. Y como la pasión por el mar no tiene límites de edad, cuando andaba por los 63 años, don Pancho Gabilondo concursó en el maratón náutico del Río Balsas, en 1970.



Al retirarse de los compromisos radiofónicos, Gabilondo Soler quiso probarse en la televisión, quizás para no cerrarle la puerta a aquella invitación que Azcárraga Vidaurreta le hiciese en los albores de ese naciente medio electrónico. Pero su presencia fue tan fugaz como la de un cometa. Ese lenguaje no era el suyo, ni el de su personaje, el *Grillito Cantor*. Cuando le pregunté acerca de esa etapa de su vida profesional, apenas si quiso decir unas cuantas cosas, como estas:

—¡Es horrible la televisión!, no pude acostumbrarme a tanta tensión que hay en los foros y a tanto tiempo que se pierde en cada toma. Se va la vida de balde que da gusto. Toda esa frialdad espantosa que hay en la televisión no existía en la radio, en donde éramos una familia. Yo decidí no seguir más, no era lo mío.

Liberado de la tele, tampoco se interesó por la cinta producida por Carlos Amador y dirigida por Tito Davison, en la que de buena fe pretendieron relatar su vida. Se estrenó en 1963, y aunque

casi al final del filme Gabilondo aparece brevemente, fue Ignacio López Tarso quien caracterizó al compositor. Dicen algunas voces que a don Pancho no le gustó nada la historia ni la actuación de López Tarso.



El 3 de febrero de 1989, el corazón de Francisco Gabilondo dio un vuelco. No por un infarto, sino por el fallecimiento de su hija Diana cuando todavía era muy joven. La causa: un aneurisma. Con su hija compartió paseos, largas excursiones y aventuras; también fue con ella con quien solía conversar más acerca de sus lecturas predilectas. Desde adolescente, Diana se interesó también por los libros y la escritura, y en su adultez creó varios cuentos y relatos para los infantes.

La conocí en su casa en 1982. Me permitió asomarme a sus incontables álbumes en los que guardaba la vida y obra de su padre, principalmente, pero también la de su madre, doña Rosario, quien en alguna época de su juventud quiso ser trapequista, y lo intentó.

Ese año conversé con Diana, “ese Cri-Cri con faldas”, como la definía su padre. Aquí algunos fragmentos de sus opiniones y remembranzas acerca de su papá:

—Recuerdo que me sentaba junto a un radio, de esos muy antiguos, a escuchar las canciones y los cuentos de Cri-Cri; sinceramente, creía que los animalitos estaban dentro del aparato. Ahora bien, cuando mi papá llegaba a la casa después de hacer su programa y si mi hermano Jorge y yo le pedíamos que nos contara un cuento, pues nos lo contaba, pero todo eso ocurría de manera muy natural, porque para mí era muy normal ser la hija de Cri-Cri. Pero el Grillito no es únicamente para niños, también se dirige a las personas sensibles, a ellas las acompañará toda su vida con su alegría. Además, no conozco a otra persona en México

o en otro país que haga lo que hizo mi padre. Y a pesar de que se dice que los mexicanos no triunfamos en México, pues mi papá sí lo consiguió.

Diana era igual de niñera que la abuela en la que se inspiró Gabilondo. Y por eso decía que “los niños siempre son niños y será igual de fácil de motivarlos a la fantasía; son ricos y sinceros, los niños no cambian aunque pasen los siglos; los que cambiamos somos los adultos. A mis nietos los veo fantasear con las canciones y los cuentos de Cri-Cri. Yo se las canto”.

Cuando le pregunté si creía que era vigente la obra de su padre, me respondió:

—Cri-Cri es para fantasear sobre lo que nos cuenta. Son viajes de la imaginación. El Grillito Cantor nos toma de la mano y nos lleva a donde está la fantasía. Y esa va a ser como nosotros la creemos, no es algo ya digerido, por eso a mi papá no le gustó llevar a Cri-Cri a la televisión. Todavía hoy, cuando las abuelitas quieren dormir a sus nietos, no lo hacen con la televisión, que es muy ruidosa, sino cantándoles canciones de Cri-Cri.

—Cuando niña, ¿cuál fue el rasgo que más admiraba de su padre?

—Es una persona muy sencilla, y por tanto muy fácil de comprender y también muy dado a la comprensión; es bondadoso, estudioso, fue también guapo y fuerte. Bueno, alabarlo para mí es muy fácil. Me enriqueció ser su hija, porque es un artista. Cuando estoy sola me ha hecho mucha compañía ese mundo de fantasía que nos regaló. Ahora bien, yo no me siento muy diferente de las demás personas, porque Cri-Cri para mí es como si fuera el papá de los niños de México, pues a todos nos cantaba por la radio; fue el señor que a miles nos contó cuentos al oscurecer. Sin embargo, el compositor que vivía en mi casa, es decir, Francisco Gabilondo Soler, era un hombre muy estudioso; se encerraba en su despacho y pasaba horas y horas en el piano, o leyendo libros y componiendo; porque las cosas no nacen así con facilidad, sino

a base de mucha preparación. En nuestro hogar había muchos libros, yo sabía que las canciones y los cuentos que mi padre hacía no bajaban al papel por arte de magia; había que leer y trabajar para darles vida. Así es que no estaba el grillito cantando todo el día para mí. Al contrario, tenía que ser respetuosa de no entrar al estudio, de no molestar mientras él creaba.



Diana iba a Tocuila, estado de México, para ver a su padre; lo hacía con frecuencia. A él le mostraba sus cuentos para niños y adolescentes, y permitía que le hiciera observaciones. Su papá era meticuloso en el uso de la palabra precisa; si tenía dudas, salía de ellas explorando al interior de sus diccionarios y enciclopedias.

—¿Cuál era el proceso de su papá al crear una canción o un cuento?

—Bueno, él decía que todas sus canciones están basadas en las experiencias que tuvo en la infancia y también en las vivencias cotidianas de su adultez, en las cosas que a diario miraba. Él está seguro de que canciones y cuentos nacen de la inspiración, no se hacen; si se hicieran, decía, él hubiese puesto una fábrica y entonces se habría ido a la Costa Azul a rascarse la barriga teniendo en el dedo un anillo con un enorme brillante. Pero no; las canciones están siempre ahí, son tenues, como un reflejo en el agua, pero hay que llegar a ellas por sentimiento, por inspiración, y a ésta se llega por la concentración, el estudio y la sensibilidad. Y también se debe saber música, escribirla, leerla, corregirla; la pieza anda por ahí, flotando, ahí está; sólo es cosa de darle forma y sacarla a la luz. Ese fue el proceso del que yo me di cuenta.

Diana y su hermano Jorge acompañaron en la adolescencia a su padre por algunas de aquellas incursiones en altamar. Diana heredó esa pasión que transmitiría a varios de sus hijos; uno de

ellos dedicó un tramo de su juventud a viajar y trabajar en un barco que surcaba los mares cerca de las Antillas Menores.

—¿Ustedes escuchaban antes que otros las canciones? ¿Se las cantaba él antes de estrenarlas en la radio?

—Bueno, a veces era así, pero no había una ley, ni era su obligación hacerlo. En otras ocasiones guardaba por mucho tiempo sus composiciones y después las sacaba, revisaba y elegía alguna para la radio o para grabarla. Pero mi padre conserva muchísimas que no grabó, así como otras que todavía no ha arreglado y unas más que son simples ideas, o que están entre papeles. Es decir, al ver el proceso de trabajo de mi papá, entendí que una canción no sale completa de un tirón. Al piano se puede escuchar una versión, pero luego la tiene que orquestar y le va haciendo arreglos; era un proceso desde luego muy largo.

Traigo a la memoria aquella prohibición o especie de boicot a la obra de su padre, un veto del que bien a bien no se saben sus orígenes, ni si fue por escrito o una simple sugerencia de funcionarios para congraciarse con el secretario de Educación Pública en turno. A falta de documentos que corroboren el dato, ese boicot sigue siendo una especie de mito en torno a la obra de Gabilondo.

Diana tampoco recordaba una fecha exacta de ese acontecimiento, aunque sabe que ocurrió:

—Fue algo como un boicot por parte de la Secretaría de Educación Pública con el fin de imponer en las escuelas un tipo de canción que no fuera la de Cri-Cri, porque así convenía a los intereses de algunas personas en aquel momento. Considero que a la larga salió ganando Cri-Cri, pues las canciones cantadas a la fuerza por lo general no gustan, así que eso no le hizo mucho daño ni a la obra ni al personaje ni a Gabilondo Soler.



Le pregunté a Diana si el suyo fue un padre modelo. Recordemos que él se hacía cargo de la casa y de los niños por largas temporadas, en una época en que esto no era común, ni estaba bien visto que la mujer trabajara y se desentendiera del hogar. Mientras Charito viajaba a causa de sus múltiples negocios, él se quedaba en casa componiendo canciones y cuidando a sus hijos. Para Diana, según dijo, no era tan importante que fuese un padre modelo, sino que estuviese enamorado de la vida: “Ese es mi gran papá, una persona a la que le gustan las estrellas, el mar, la música, los niños y tantas cosas más”.

—¿Qué anécdota divertida recuerda de su niñez al lado de papá?

—Anécdotas de aventuras guardo muchas. Y de familia y viajes también. Pero hay una que recuerdo especialmente. Un día, mi hermano Jorge y yo nos fuimos con él a cazar iguanas. Total, no encontramos una sola, pero caminamos muchos kilómetros y teníamos una sed terrible. No podíamos tomar agua del río porque mi papá no nos lo permitía, pues según él estaba un poco sucia y cuidaba que no nos enfermáramos. Tuvimos que aguantarnos, camine y camine durante muchas horas, y a mí ya se me pegaba la lengua por tanta sed. Seguimos avanzando hasta que por fin llegamos a la carretera y, después de largo trecho por el campo, vimos a lo lejos una gasolinería. Cuando llegamos ahí, empezamos a beber refrescos hasta que nos los acabamos todos; no dejamos uno solo. Pero él, mi papá, fue el que empezó primero. Eso hay que precisarlo, ¿eh?

Muchos años antes de morir, Diana Gabilondo Patiño le confió a su esposo Jesús y a Bárbara, la hija mayor de ambos que, cuando se fuese a otra vida, quería que la depositasen en el mar, en un punto con coordenadas específicas que ella conocía y le gustaba, y que tal vez descubrió en altamar con su padre.

Cuando el deceso ocurrió, la familia cumplió el mandato. Los cuentos que Diana escribió durante muchos años, y que su papá le corrigió, los publicó Editorial Porrúa en una edición póstuma

que se distribuyó prácticamente entre la familia. Son dos libros: uno contiene relatos para niños y se titula *En el arcón escondido*, y el segundo guarda narraciones para adolescentes y se llama *La luna del viento*.

Pancho Gabilondo tuvo en sus manos estos dos volúmenes que aparecieron en diciembre del año del fallecimiento de Diana. Sin duda, los leyó; pero quizás no tuvo tiempo de volver a hacerlo, ya que en diciembre del año siguiente, 1990, él también murió.

Hay hechos que ocurren en algunas familias que no tienen explicación, pero duelen porque son demoledores. La primera que formó Francisco Gabilondo, y que se mantuvo unida por el matrimonio hasta mediados de los años cincuenta, fue desengarzándose, como cuentas que se escapan del hilo de un collar, sin saber por qué, en una sucesión casi consecutiva: en 1988 falleció Rosario Patiño Domínguez, Charito, primera esposa de Pancho y la mamá de los patitos Jorge y Diana. Al siguiente año, 1989 murió Diana. En 1990, Francisco Gabilondo Soler dejó este plano del Universo. En 1994, cuatro años después de que desapareció el creador de Cri-Cri, moría Jorge, el primogénito. En un lapso muy corto, de apenas seis años, se fue todo ese núcleo familiar. Por fortuna, viven sus descendientes, la mayoría de los cuales aman, respetan y difunden la obra de sus antecesores.



Pero antes de que los últimos hechos mencionados ocurrieran, y después de que visité a Gabilondo Soler, quise saber qué tan valorada era por aquellos años ochenta la obra que él creó para los niños. Habían transcurrido más de 20 años de su retirada de la XEW y un silencio como loza pesada parecía cubrir su obra.

Debido a su gran modestia, Francisco Gabilondo Soler nunca hizo alarde del valor que encierran las piezas que creó para

los niños. Lo cierto es que, tanto en las canciones como en los cuentos, encaminó a los infantes por el sendero de la curiosidad, del sentido del humor, la alegría y la motivación del aprendizaje, especialmente a través de la lectura.

Para conocer si en México existía la apreciación por la obra de Gabilondo Soler, me acerqué a algunos especialistas. Uno de ellos fue José Antonio Alcaraz, compositor, dramaturgo y crítico musical de la revista *Proceso*, quien en 1981 me dijo:

—Con Cri-Cri aprendimos a sonreír. Sus canciones son un ejemplo impecable del manejo de la prosodia, esa parte de la gramática que enseña la correcta pronunciación de las letras, las sílabas y las palabras.

Solía decir Alcaraz que Gabilondo era, al lado de Agustín Lara y Chava Flores, el mejor exponente de la música popular mexicana, y subrayaba que la gran virtud de sus canciones es que se alejan “del sentimentalismo enfermizo y de esa especie de catarata lagrimeante que por desgracia priva en la canción”.

Alcaraz reconocía con tanto entusiasmo el valor de Gabilondo en la música para niños, que en los años noventa escribió el libro *Cri-Cri, mensajero de la alegría*, una edición de la Universidad Veracruzana, en copatrocinio del INBA y el extinto Conaculta.

En nuestra charla de los años ochenta, Alcaraz dijo que era radical y definitiva la aportación de Gabilondo Soler al universo de la música infantil.

—Es una gran virtud de Gabilondo Soler alejarse del registro sentimentaloides. Encontramos que hizo canciones de tipo festivo; otras, en las que un nacionalismo bien entendido apunta en el trasfondo, como aquella que habla acerca de “qué bonita es mi bandera”, o la referida a regiones concretas, como *La negrita Cucurumbé*, que podría tomarse como un canto a Veracruz. También considero otra gran virtud el sentido del humor impreso en ellas.

José Antonio me confesó que conservaba desde la niñez los discos —rayados y muy usados— que le compraron sus padres,

esos que Gabilondo Soler grabó en los cincuenta. Alcaraz nació en el año de 1938, murió en 2001; tenía 63 años de edad.



También acudí a Carlos Monsiváis, quien durante el último tercio del siglo XX representó una voz singular que reconocía la valiosa aportación de las manifestaciones populares a la historia de la cultura nacional:

—En primer término, hay que situar la calidad literaria básica de Gabilondo; él es un fabulista y, en ese sentido, desciende directamente de Iriarte y Samaniego, si no quieres remitirte a Esopo. Es evidente que todo este proceso de humanización de los animales, del que nos proporciona tan pródiga muestra la fábula española, encuentra pocos cultivadores en el siglo XX mexicano, porque hay toda una actitud muy tiesa y muy formal que se rehúsa casi siempre a la fábula; ésta funciona sobre todo en la caricatura. Los mejores fabulistas mexicanos del siglo XIX y la primera década del XX son caricaturistas; tú encuentras en los periódicos de oposición a Porfirio Díaz ridiculizado; los caricaturistas tenían un gran espíritu de fábula, espíritu que viene finalmente a hallar una vertiente a la vez trágica y renovadora en Gabilondo Soler, y posteriormente en Tito Monterroso. Gabilondo lo que hace es tomar el modelo de la fábula, actualizarlo, darle una dinámica popular, aderezarlo con música muy agradable y pegajosa, y buscar ahí la variedad de estilos musicales: *fox*, tango, bolero y otros ritmos, y presentar al niño el mundo de la fábula reanimado e impulsado por el poderío de dos industrias que nacen en la década de los treinta: la radio y la disquera.

A Monsiváis le hice conocer la opinión de Alcaraz en torno al buen manejo que Gabilondo Soler hace de la prosodia. Monsi coincidió en el punto de vista del crítico de música, y abundó:

—Parte del sentido memorizable de Cri-Cri es el conjunto. Prosódicamente es excelente y melódicamente es retenible a grados extremos: “Un gatito me decía ‘yo soy de barrio, de un barrio pobre y trabajador...’” es un endecasílabo que está trabajado de un modo absolutamente claro y nítido, o “Te quiere la escoba y el recogedor, te quiere el plumero y el sacudidor, te quiere la araña y el viejo velís...”, cada línea es un acierto de esa otra melodía que es la prosodia; entonces, es un doble juego melódico que se refuerza: la letra a la melodía, la melodía a la letra. Hay aquí una capacidad de fabular muy notable. Desde luego, Gabilondo Soler, en un sentido masivo, fue el fabulista mexicano del siglo XX... y no Fidel Velázquez”.

Imposible no reír con el sarcasmo de Monsiváis, quien expresaba los conceptos más satíricos mientras su rostro permanecía impassible e inexpresivo. Carlos, que nació y creció en un barrio popular, San Simón, en la colonia Portales, se confesaba sin rubor admirador rotundo de Cri-Cri.

—Cuando niño, ¿escuchabas y admirabas a Cri-Cri?

—Obligadamente. Yo era un niño del Distrito Federal. Todos los domingos el ritual absoluto, inseparable, era escuchar a Cri-Cri; uno ya lo conocía, se sabía las letras y, sin embargo, volvía a las explicaciones que representaban sus canciones, y retornaba uno a encandilarse por ese mundo de la fábula... creo que *La patita*, o cualquiera de las canciones de Gabilondo, tiene ya una carga nostálgica que impide muchas veces cualquier enjuiciamiento crítico, porque uno no puede evitar que, si tiene una actitud demasiado severa con Cri-Cri, la tenga también con su propia infancia.

Al preguntarle acerca de la vigencia de la obra de Gabilondo, Monsiváis no quiso tener el atrevimiento de hablar a nombre de millones de niños mexicanos. Pero se aventuró a hablar a título personal:

—Si mi puerilidad de espíritu puede ser un factor testimonial, creo que sigue siendo una música que yo escucho con enorme

deleite. Los esfuerzos de músicos como Nacho Méndez o Eugenia León y otros intérpretes, en el sentido de proponer modernizaciones de Cri-Cri, han resultado exitosos.

Y Monsiváis hizo una observación muy pertinente y absolutamente real para todos los que amamos la obra musical de Gabilondo:

—Lo que pasa es que, finalmente, lo que acaba imponiéndose es escuchar a Cri-Cri en el formato clásico, y oír *Di por qué* con las Tres Conchitas, y escuchar la propia voz de Gabilondo Soler interpretando sus canciones; esto ha impedido que se acabe con su gran carga tradicional en una sociedad como la urbana mexicana del siglo XX y de los albores del XXI, tan desprovista de tradiciones. Siento que aunque hay un reconocimiento muy amplio al autor, está muy confinado al músico para niños; es una cosa muy condescendiente, muy encajonadora, la actitud hacia Gabilondo Soler, que es bastante más que esa suerte de Cepillín melódico en el que algunas veces se le coloca.

Carlos Monsiváis Aceves, periodista, escritor, líder cultural y cronista de la Ciudad de México, nació el 4 de mayo de 1938 y murió el 19 de junio del 2010. Su trabajo en favor del reconocimiento de la música popular como patrimonio cultural incluía a Gabilondo Soler, de quien dijo:

—Francisco Gabilondo es un gran creador, un hombre que además de tener una energía y una prolijidad asombrosas, es un compositor cuyas fábulas carecen por lo general de moralina y mensaje, y se entregan al puro deleite de la fábula. Incluso la canción que más podría pensarse moralizadora, como es *El negrito sandía*, la encuentro mucho más divertida en la posibilidad de que *El negrito* diga picardías, que ante el regaño y la conminación. El caso de Gabilondo Soler es el de un gran creador al que estas divisiones genéricas han confinado a una suerte de animación de la infancia; pero, en verdad, es mucho más que eso y ha sido, dentro de eso, un hombre extraordinario.

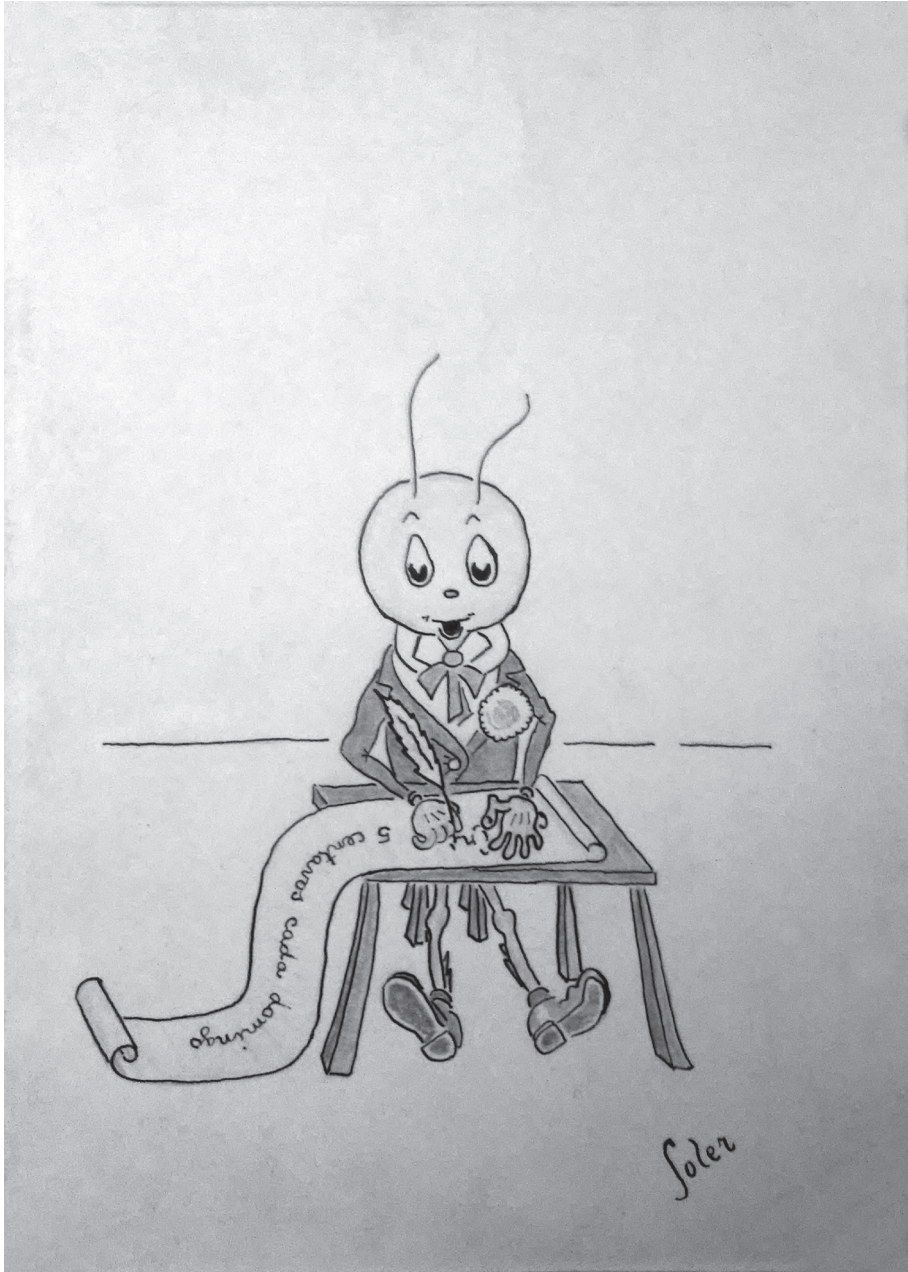


Foto: Bárbara Sanz Polo Gabilondo.

Dibujo de Cri-Cri realizado por Francisco Gabilondo Soler

GABILONDO, CUENTISTA

LOS CUENTOS que Francisco Gabilondo Soler creó para la infancia mexicana se han analizado poco. Eclipsados por el éxito de sus canciones y su música, la prosa se perdió de vista. Hace falta navegar unas horas en aquellos relatos para desentrañar los secretos que encierran.

En 1965 Gabilondo Soler firmó un contrato con RCA Victor, que contempló la producción de un álbum con cien cuentos y un número similar de las canciones más conocidas. Así pues, las breves historias que Manuel Bernal leía en la emisión radiofónica se preservaron y difundieron en los discos durante varias décadas. Al fusionarse RCA Victor primero con BMG Ariola, después con Sony BMG en 2004 y luego con Sony Music Entertainment en 2008, ésta adquirió el catálogo de obras de Gabilondo Soler. Desafortunadamente, en las ediciones que pone a la venta hacia el final de cada año, el álbum contiene únicamente las canciones. A los veteranos admiradores de Cri-Cri, esta nueva versión del álbum nos entristece, pues consideramos que se fragmentó la amalgama original que su autor forjó y se empeñó en conservar durante años. Es cierto que llevar los cuentos al libro abre un espacio para que sean apreciados, justamente como textos con valor literario, pero ponerlos en letra impresa no riñe con la posibilidad de que se incluyan en el álbum las grabaciones originales, en la voz del “mejor declamador de América”.

Hoy mucha gente recuerda las canciones y las canta, pero nadie puede citar de memoria una línea de los cuentos. Por eso, con nostalgia he vuelto a buscar y leer algunos de ellos. De entre un montón de esas narraciones, elijo cuatro, para que ustedes los disfruten:

Primero reproduzco un cuento en el que el autor explica por qué decidió meterse al oficio de crear canciones. Se titula: *Dedicatoria*.

A mis amigos desconocidos:

Hace un tercio de siglo, cuando aún no sabía qué rumbo tomar en la vida, di en recordar mi infancia. Imagen tan dulce y grata que traje consigo una cascada de musiquita alegre.

Escribir aquellas lejanas impresiones me reportó primero, un difícil pasar; después, un vivir modesto. Pero olvidando el signo del dinero, la verdadera fortuna consistió en dar forma a cien pequeños detalles de la primera edad.

Escribir cada canción, cada cuento, me ha causado tanto placer y emoción que no cambiaría mi montón de papeles por un tesoro rutilante y yerto.

Gente hay que sabe de mis cantos; otros, por cosa de años, o de distancia, apenas van a conocerlos. A todos mis oyentes dedico esta parte de lo que llevo imaginando, con la esperanza de que tales pequeñeces también evoquen en ellos días lejanos de risas y juegos, con la misma intensidad que yo he sentido al hacerlo, de corazón.

En esta *Dedicatoria*, el escritor deja ver cuánto le gustaba trabajar para los niños; su prosa nos envuelve en la generosidad del creador que “no cambiaría su montón de papeles por un tesoro rutilante y yerto”.



El siguiente cuento, titulado *Gustos de Cri-Cri*, habla de las aficiones y los pasatiempos del autor detrás del personaje: su amor por el agua, por las tardes de lluvia y por las noches oscuras. Hay sentido del humor e imágenes poéticas en esta historia:

A Cri-Cri le gusta el agua porque nació donde el agua bulle; en aquel sitio las raras veces que no cae del cielo basta asomarse al

puede para ver cómo canta el río, no sólo el agua; Cri-Cri gusta de tantas cosas que enumerarlas todas bastaría para colmar la paciencia de un santo anacoreta, mas en la larga lista de sus predilecciones cabe mencionar la noche; quizá por haber sido grillito en otros tiempos, Cri-Cri adora el reinado de las sombras.

Sombra no significa oscuridad, la sombra pide un poquito de luz para existir, ese tantiquito de claridad puede ser una luna cornuda, una lunita oronda o un sinfín de luceros esparcidos por las manos del sembrador eterno; en la noche se canta, en la noche se reza, van por la noche tontillos que empinan botellas y astrónomos que apuntan telescopios; quienes ambulan por la noche se llaman noctívagos; recorrer las callejuelas oscuras sin saber a dónde va uno es una pérdida de tiempo muy apreciada por los soñadores. A veces las sombrías encrucijadas están tan repletas de ilusos que basta la menor torpeza para dar de narices contra un poeta.

Y la noche va tendiendo su infinita hebra negra, adentro de las casas quietas cuando los moradores confían sus cabezas a suaves almohadas frescas, suceden cosas, cosas fabulosas pero ciertas, mas habría que ser un muñeco de cartón para creerlas.

“La sombra pide un poquito de luz para existir”, qué manera bella de otorgarle vida y sentido a la anónima sombra. Continúo con una narración que retrata de cuerpo completo al creador del Grillito Cantor. El dinero no fue su meta, sino un vehículo para hacer una vida llevadera y cumplir sus sueños y pasiones. He aquí, pues, *Cosas de millones*:

Cri-Cri recibió una carta que parecía un telegrama, telegrama por lo breve y concisa. En tres líneas más cuatro palabras y un punto final se le anunciaba la visita del representante de una editorial de música. ¡El próximo jueves a las cinco! Así fue: En el día indicado y con una puntualidad que hizo rechinar al reloj, un tipo alto y seco llamó a la puerta de Cri-Cri. Sin perder el tiempo en caravanas,

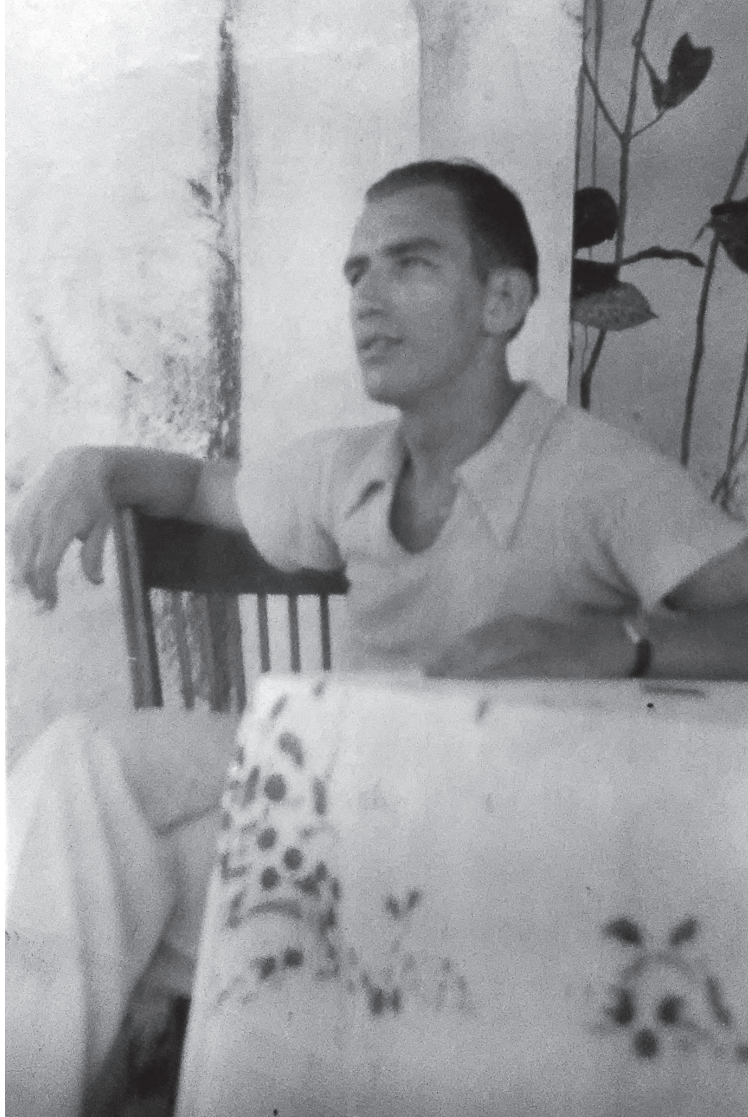
cumplimientos, ni preguntas sobre la salud de la familia, el representante de la compañía mostró sus credenciales y una libreta de cheques. La importante editorial deseaba comprar canciones de Cri-Cri. Esa gigantesca empresa se dedica a imprimir todas las escalas en gran escala. El recién llegado preguntó a Cri-Cri si estaba dispuesto a componer cien canciones por semana durante cinco años de contrato, o sea 26,000 canciones en un lustro. Cri-Cri se quedó con la boca abierta. En lo que va del año apenas ha podido concluir una canción y echado a perder otra.

El representante le aseguró que sólo una producción intensiva conduce a la opulencia. “Mire, señor experto, no me hable usted de riquezas”, respondió Cri-Cri.

“Yo conocí a un individuo que firmó un contrato para recibir todos los días un millón de billetes. La primera semana el hombre estuvo feliz. Al cabo de un mes comenzó a depositar los billetes en los bancos porque en su casa ya no cabían. Al año de haber firmado el contrato, los financieros le hicieron saber que ya no podían admitir más billetes debido a que los bancos estaban tan atiborrados de ellos que no se podía dar un paso en las oficinas. ¡Un millón le seguía llegando cada día! Mandó edificar grandes cobertizos para almacenar su papel moneda”.

Pronto se agotaron los materiales de construcción y no se contó con sitio para guardar la avalancha de valores. El hombre trató de esconderse para evitar recibir el millón diario. Se refugió en las bibliotecas públicas, donde es fama que no entra nadie, pero hasta ahí lo encontraban los encargados de entregarle el dinero. ¡Un millón todos los días! ¡Un millón!

“Ya desesperado apiló los billetes en la calle, con un letrero que decía: ‘Señores ladrones, tengan la bondad de robar todo lo que gusten’. Pero los ladrones sospecharon alguna engañaza y dejaron el dinero intacto. Tanto papel en la vía pública impidió la circulación de los vehículos y las autoridades obligaron al archimillonario a quemar los billetes. Pero para incinerarlos necesitó tales cantidades



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler

Francisco Gabilondo Soler



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler

Francisco Gabilondo Soler siempre mostró un gran interés por la navegación

de petróleo, carbón y madera que acabó con los pozos, las minas y los bosques de todo el país. Y, como pesadilla, seguía recibiendo un millón de billetes cada mañana”.

“No, no quiero oír hablar de riquezas”, recalcó Cri-Cri. “Me las vería más negras que la negrita Cucurumbé”.

Concluyo esta visita a la obra literaria de Gabilondo Soler, des-empolvando el cuento *Valor de la fantasía*, donde el escritor nos habla de cómo el universo de la curiosidad, la imaginación y los libros es inconmensurable y derrotará siempre a la ignorancia.

Sin los grandes viajes marítimos, a estas fechas quizá tendríamos una mentalidad apenas mejor que la del borrico. Y es que las travesías, además de valor y ansias de descubrimiento, exigieron perfeccionar los conocimientos de su época. El movimiento aparente de los astros, el cálculo de las distancias, las variaciones de la brújula, la construcción de mapas, la dirección de los vientos y corrientes. Cristóbal Colón tuvo que estudiar mucho antes de demostrar la redondez de la Tierra a sus aplanados contemporáneos.

Para saber cosas hay que acudir a los libros. Hay niños que adoran los libros más gruesos, pero sólo porque encaramándose sobre un montón de ellos es como logran alcanzar la azucarera puesta fuera de su alcance.

No falta quien desperdicie los libros y prefiera aprender directamente de la vida; aunque así casi nunca se pasa del prólogo de la existencia.

Cri-Cri aprendió mucho de los libros; se puede decir que casi todo. Sólo que los libros que estudia Cri-Cri son de cuentos, cosa nada práctica, según la gente poco imaginativa. Aunque, tener poca imaginación es disculpable; también se puede nacer con las narices chicas.

Pero, ¿será la fantasía poco práctica? ¿Qué sensatez indica soñar despierto con piedras que hablan, con la esfera de cristal, con la

alfombra mágica, con los carruajes tirados por caballos fantasmas o con el obús de Julio Verne? Pues nada, sin acariciar esos ensueños, sin vislumbrar cosas prodigiosas, ¿acaso existirían la radio, la televisión, los aviones, los automóviles y los cohetes espaciales?

Todas esas maravillas ya andaban en los libros mucho antes de que nuestros respectivos abuelitos aprendieran a jugar al *pon pon-ta-ta*; de modo y suerte que los libros de cuentos no contienen mentiras sino asuntos muy posibles.

La inclinación de Cri-Cri hacia la fábula está lejos de ser inteligente. Le gustaron los libros de cuentos porque son hermosos y nobles; fue más bien una cuestión de sentimiento.

Claro está que para enterarse de tanta literatura, Cri-Cri tuvo que aprender muchas más letras de las que figuran en su canción de las vocales.

Cri-Cri amaba el agua; Gabilondo, también. El grillito no quiso hacerse rico; tampoco don Pancho. Ambos se alimentaron de la fantasía porque creían en el valor de soñar. El creador de Cri-Cri creía en la bondad de las personas y en su capacidad para recibir mensajes esperanzadores; concibió una obra para dotar de riqueza intangible a niños y adultos, no para enseñarlos a perseguir bienes materiales ni dinero. Como me dijo, “para qué tener tanto dinero, ¿qué hace uno con él? ¡puras tonterías!”.



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler.

Francisco Gabilondo Soler



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler.

Francisco Gabilondo Soler

ADIÓS, MAESTRO

DESPUÉS DE desayunar, Francisco Gabilondo Soler se sentó a reposar en su sillón preferido. Cerró los ojos para descansar. Y se durmió para siempre. El inventor de Cri-Cri falleció el 14 de diciembre de 1990, a los 83 años de edad, en aquella casa en la que había una fuente con chorrito.

Un silencio permeó y creció en ese hogar, salió por las calles de Tocuila, corrió por el país entero y viajó por buena parte del mundo de habla hispana. Los cri-crífilos caímos en la orfandad musical, irremediablemente.

Al día siguiente era sábado 15 de diciembre. Los periódicos insertaron la noticia del fallecimiento de Francisco Gabilondo Soler en sus primeras planas; algunas fotografías mostraron diversas etapas del compositor; otras caricaturas lo dibujaban con alas, resplandor en el rostro y corona de ángel, o aureola de santo. Suspendido en el espacio, se encaminaba hacia el cielo y las estrellas.

Algunos músicos confesaron conmovidos su añeja adicción a Cri-Cri y escribieron emocionados textos en los periódicos. En el diario *La Jornada*, el bajista y compositor Armando Vega Gil, quien formó parte del grupo de rock Botellita de Jerez, revivía un encuentro que él y sus colegas del grupo tuvieron con Gabilondo Soler durante un viaje en tren.

En el bar de ese ferrocarril se toparon con él, quien bebía cerveza y los invitó a acompañarlo. Mecido por el ritmo de la máquina sobre los rieles, les contó muchos de sus viajes, de sus andanzas por París y otras ciudades. Retomo el siguiente pasaje del texto de Vega Gil:

Cuando nos despedimos, Gabilondo Soler me estrechó la mano —quiero creer que también me abrazó— y dijo con sus ojos siempre

vivos y enormes: “Cuando escuches *La Negrita Cucurumbé* o *La Patita*, puedes decir que el hombre que la compuso es tu amigo”. Ahora tengo treinta y cinco años. Jamás volví a hablar con Francisco Gabilondo Soler, con ese hermoso semidios que deambulaba por las noches en un tren que ya nunca se detendrá, frente a una cerveza solitaria como la espuma del mar: eterno. Con su muerte muere un poco de nosotros, y sin embargo, del hombre sólo quedan sus obras. Dios te salve, Grillito Cantor.

Ese mismo día, otros músicos dieron su opinión acerca de la pérdida que significaba la huida de Gabilondo a estudiar el cielo.

Valentín, miembro de Los Hermanos Rincón, declaró:

Nos ha parecido muy trascendente la figura de Cri-Cri porque destacó una tradición que en pocos países se ha marcado; después de la lírica tradicional mexicana él siguió cantando para los niños con mucha creatividad, jocosidad y chispa, de tal manera que es una figura muy difícil de igualar en el mundo.

Juan Arturo Brennan, crítico de música, dijo ese día:

Es interesante ese trascender de una generación a otra y otra y otra. Es una prueba de que encontró un lenguaje y una forma de comunicarse que no ha sido superada hasta el momento. Podría decirse que muchas de sus canciones son ya parte de la mitología de la música popular de México.

Ignacio Helguera, crítico y musicólogo, que en aquella fecha colaboraba para XELA, emisora de música clásica que ya desapareció, escribió varios artículos que fue leyendo, uno a uno, durante toda la semana en esa emisora. Nacho ya no está en este mundo, pero reproduzco una parte de uno de ellos que me obsequió días después de la muerte del compositor:

[...] Cri-Cri no tiene precedente ni continuación en la historia musical de México: su debut, en XEW, en 1934, inaugura el episodio más brillante de la música entre comillas “infantil” mexicana y lo clausura con su muerte. ¿Por qué “infantil” entre comillas? Porque su música es para niños, sí, pero también es música sin más. Lejos de toda comercialización, con dedicación y responsabilidad artística genuinas, Cri-Cri compuso 110 canciones (según datos de la Fundación Francisco Gabilondo Soler, hasta 2016, hay 260) en 56 años, además de material inédito de cuya existencia informaron sus familiares. Al escuchar este centenar de canciones de Cri-Cri se advierte su esmero artesanal, su aversión a los esquemas y las fórmulas preconcebidos, su sólido sentido de la factura musical, su prosodia admirable, la originalidad y el desenfado de sus letras, su imaginación ávida y exquisita, su variedad formal de registros literarios y musicales —poema, corrido, estampa, cuento, fábula, vals, tap, tango, pasodoble, rumba— y la belleza de sus melodías, la diversidad y vivacidad rítmicas.

Helguera, que partió muy joven de esta vida, reconocía a Gabilondo como su maestro de infancia:

Uno de los mayores méritos de las canciones de Cri-Cri reside, a mi modo de ver, en que no estrecha o simplifica el mundo para que sea accesible a los niños. Lo adapta, sí, pero conservándolo en la riqueza infinita de sus ángulos, matices, extensiones imaginarias y rincones amargos poblados de muñecas feas, abuelas que lloran al recordar [...]. Las golondrinas, dicen que abundantes, de su casa de Texcoco, han cantado la despedida final para el Grillo Mayor. En el bosque se enciende el canto esmeralda de los grillos y en “el cielo zafir”, la “luna garapiñada” y las estrellas, que él espiaba por el telescopio de sus canciones.



La desaparición física de Francisco Gabilondo Soler iba a abrir, poco a poco, el reconocimiento a su obra, el que una parte de la sociedad le debía. En su estado natal, Veracruz, y en otros, incluso en el entonces llamado Distrito Federal, lo homenajearon de distintas formas, pero el medio intelectual se lo regateó, por largo tiempo. Luego de 1961, año en que salió de la radio, por más de dos décadas ningún especialista se acercó a su obra para analizarla.

Fue casi una década después de su muerte que, paulatinamente, sectores de la intelectualidad manifestaran públicamente haber sido seguidores de Cri-Cri en la infancia y admirar su obra desde el punto musical y literario.

El escritor Gabriel Zaid realizó una tarea grande cuando decidió reunir en dos volúmenes buena parte de las letras de las canciones de Cri-Cri, conocidas y grabadas en disco hasta entonces: *Canciones completas de Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri*. El volumen contiene también breves textos de creadores como del cineasta y novelista José de la Colina; las escritoras Alicia y Ana García Bergua; los poetas Francisco Hinojosa y Eduardo Lizalde; el dramaturgo Hugo Hiriart; el estudioso de cine Juan José Reyes, y el propio Gabriel Zaid.

En esa obra coordinada y compilada por Zaid, Mario Lavista, el laureado compositor mexicano de la nueva música clásica, se expresó así del compositor Gabilondo Soler:

En sus canciones, la música y la letra empalman con perfecta armonía. Pero en esa producción memorable reside el mayor de los enigmas: ¿qué extraña conjunción biográfica ocurrió en su vida para concentrar la mayor parte de su obra (las mejores 120 canciones, de un total de 210) en tan sólo tres años (1934-1936) de intensa creatividad?

José de la Colina dice en un pasaje del ensayo incluido en esa publicación:

Las canciones de Cri-Cri integran una de las pocas obras de gran literatura infantil, si no la única, que haya dado la lengua española. Hecho más para el oído y la imaginación que para la vista, Cri-Cri pertenece al mundo de la radio y sus ensoñaciones.

En 2015, el historiador Enrique Krauze en su libro *Rostros del devenir cultural de México*, de la serie *Caras de la Historia II*, de editorial Debate, rememora su propia experiencia de cuando era niño, y la titula “Gracias Cri-Cri”:

En casa de mis abuelos, a mediados de los treinta, se escuchaba el programa de *Cri-Cri* en la XEW. Tan pronto como aprendió a hablar español, mi madre se aficionó a sus canciones, en especial a *La Patita*, *El chorrito* y *Caminito de la escuela*. Veinte años después, en la casa de mis padres, mis hermanos y yo escuchábamos las canciones del *Grillito Cantor* en los flamantes LP, de la RCA Victor que por entonces grabó el propio Francisco Gabilondo Soler. Nuestra favorita era *Di por qué, dime abuelita...* Pasaron más de 20 años y *Cri-Cri* se convirtió en una presencia cotidiana para mis hijos. Su mamá —Isabel Turrent— y yo lo invocábamos a veces como un breviario de conducta: para que no sorbieran la boca (*Papá Elefante*) o para que no le pusieran reparos a la comida (*La merienda*). Lo cantábamos para asustarlos (*Canción de las brujas*) y para arrullarlos (*Juan Pestañas*). A León le entristecía la canción de *El venadito*, que quería jugar con su reflejo en el agua. A Daniel le divertía —creo— oírme imitar con voz baja y temblorosa: *¿Quién es el que anda allí? Es Cri-Cri, es Cri-Cri.*



Otro hecho relevante ocurrió al comenzar el siglo XXI: la obra de Gabilondo Soler despertó el interés de los académicos de

universidades mexicanas. Algunos jóvenes de carreras relacionadas con la literatura, la historia, la musicología, la semiótica y hasta la archivonomía, tomaron a Cri-Cri como sujeto de investigación y análisis. La mayoría se enfocó hacia el valor poético y literario de las canciones.

Por el hecho de que mi libro *De lunas garapiñadas, Cri-Cri* fue, durante más de dos décadas, la única fuente documentada y publicada, todas aquellas tesis, sin excepción, retomaron fragmentos de él para dar a conocer la trayectoria y el pensamiento de Gabilondo Soler.

Fue entusiasmante encontrar y leer esos trabajos que elaboraron jóvenes, mayoritariamente mujeres, para obtener un grado académico. Como autora de este libro, es satisfactorio saber que mi obra fue columna vertebral de sus tareas, y útil herramienta para apuntalar sus tesis. Y, desde luego, es reconfortante saber que sí hay profesionales con ética que respetan el derecho de autor y consignan la fuente de donde tomaron los datos.

A continuación, algunos de los pasajes de tres tesis que profundizan y ayudan a apreciar mejor, desde distintos ángulos, la obra que nos dejó Francisco Gabilondo Soler.

La primera se titula: “*En otro tiempo cuando estabas no sé dónde...*”: *Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri, 1934-1961*, tesis que data de 2004 y sustentó Esther Cuatzon Mora para obtener el grado de licenciado en Historia, por la Facultad de Filosofía y Letras, del Colegio de Historia de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. El punto central de su disertación es subrayar el nacionalismo impreso en la mayoría de las letras de las canciones de Gabilondo, y cómo contribuyen “al fortalecimiento de la identidad nacional”. En la presentación de su tesis, la autora dice:

Los primeros avances de esta investigación se dieron en la Temática de Revolución Mexicana [...]. A partir de este momento muchas preguntas surgieron sobre la manera en como [sic] este personaje



Archivo: Fundación Francisco Gabilondo Soler.

Francisco Gabilondo Soler con el Tío Polito en un homenaje en Orizaba en 1972

cubrió un importante proceso histórico cultural entre los años de 1934 a 1961. En este proceso descubrí no sólo la enorme importancia del sujeto de mi investigación, sino lo fascinante que podía llegar a ser.

[...] Los puntos que se abordan en este trabajo son: la vida de Francisco Gabilondo Soler contextualizada respecto a la historia nacional; la íntima relación que guardan las canciones de Cri-Cri, con el nacionalismo, pues sus contenidos contribuyen al fortalecimiento de la identidad nacional al lograr conjuntar una serie de ritmos musicales que conforman la música popular; la influencia del entorno y de la vida cotidiana que está plasmada en las letras de sus canciones y, por último, la trayectoria de Cri-Cri en íntima relación con su auditorio y la radio.

En el capítulo introductorio, Esther Cuatzon dice:

¿Por qué estudiar a Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri? Es una pregunta que he tenido que contestar en diversas ocasiones desde que inicié este trabajo. La respuesta [...] porque es uno de los actores más importantes en la formación de la cultura popular durante los años treinta y cuarenta en México, particularmente de la infancia. Ahora bien, por cultura popular me refiero a “una extensa serie de procesos sociales concretos, originados en el pasado o propuestos por elementos modernos [...]”.

La autora hace un recorrido por la biografía de Gabilondo Soler, hasta sus inicios en la XEW como creador de Cri-Cri, el Grillito Cantor. Al explorar las fuentes que podrían ayudarla a conocer mejor la trayectoria del compositor, reconoce que buscó mucho y encontró muy pocas:

Uno de los principales escollos en la realización de este trabajo fue la escasez de fuentes. Históricamente estamos hablando de un trabajo

inédito, ya que por alguna razón los historiadores se han visto cautivados por otras figuras del espectáculo como Guty Cárdenas, Jorge Negrete, Pedro Infante o José Alfredo Jiménez. Sin embargo ninguno se ha ocupado del trabajo de Francisco Gabilondo ni de los aportes que este hombre hizo a la música infantil y que ayudaron al desarrollo histórico de la cultura popular mexicana.

Acerca del nacionalismo presente en las canciones de Gabilondo, dice:

Así podemos ver que en pleno auge del nacionalismo en los años treinta y cuarentas, Gabilondo logró conjugar en su trabajo, a la tradición popular y a la música académica, como a los nuevos ritmos, esto proporcionó identidad a muchos niños, además de algunos adultos que también disfrutaron de sus canciones.

Y pone de ejemplo la siguiente canción:

Estos aspectos son más claros si recurrimos a su obra, en la que, como se ha mencionado, encontramos una gran diversidad de formas musicales, ritmos, sabores y colores que van desde el jarabe hasta el vals, por ejemplo, el *Charrito de barro*, compuesta en 1936.

Luego, trae a colación otra letra, *La Piñata*:

En 1934 Gabilondo compuso otro jarabe titulado *La piñata*, en la que se resalta lo que se consideró representativo de lo “mexicano”. En los 20’s en el ámbito popular se buscó una representación de lo propio convocando a la diversidad (Pérez, 1984, p. 141), pero hacia los años treinta, bajo Cárdenas, se buscó “resaltar los elementos de la cultura popular —indígenas, mestizos y folclóricos— que fueron celebrados y amalgamados como Cultura Nacional” (Vaughan, 2000, p. 17).

La tesista resalta también el costumbrismo mexicano impreso en la obra de Gabilondo. Por ejemplo en los villancicos, género en el que también incursionó:

El segundo villancico que Gabilondo compuso se llama *Pastorela Mexicana*, se compuso en 1960 y al parecer fue enviado a un concurso de villancicos mexicanos con un seudónimo, pero perdió. En esta melodía se habla del nacimiento de Cristo el veinticinco de diciembre.

Finaliza su tesis con esta conclusión:

Por todo esto Cri-Cri es una de las figuras culturales más del siglo XX. Sin ser un pedagogo, formó y creció junto a muchos niños que esperaban la visita dominical y que repitieron este ritual un sinnúmero de ocasiones en sus hogares a través de la radio. Además este grillo no sólo cautivó a los chiquitines, sino que creó lazos con casi todos los miembros de la familia que lo aceptaban. Por último Cri-Cri, sin saberlo, llegó a ser un punto de identificación y arraigo al país para muchos mexicanos.



Otra tesis que estudia la obra de Gabilondo Soler es *Tópicos y gestos en las canciones de Francisco Gabilondo Soler: una aproximación desde la teoría gestual de Robert Hatten*, escrita en 2008 por la musicóloga María Asunción Leñero Elu, quien sostiene:

La obra de Cri-Cri conforma un discurso musical con claras fuentes de inspiración extra musicales, que no sólo se evidencian en los textos de sus canciones, sino en sus procedimientos de composición. A fin de estudiarla, nos vemos precisados, por tanto, a ensayar una

estrategia de análisis que integre dos niveles de significación: el de los elementos estrictamente musicales y el de aquellos relacionados con el contexto cultural y performativo de las piezas.

Y en otro pasaje, plantea:

A lo largo de su obra, Gabilondo Soler plasma distintos aspectos de la idiosincrasia del pueblo mexicano, en especial de la clase media. Muchos de sus personajes representan tipos sociales con sus inquietudes, aspiraciones, cualidades y defectos. A menudo se trata de animales que, en una representación antropomórfica, encarnan personas o situaciones de la vida cotidiana, las cuales dan verosimilitud a las historias y permiten que el público se identifique con ellas y las disfrute.

Además, en otro párrafo, la autora dice:

Gabilondo Soler no se limita a combinar el relato de una situación con un universo musical; su talento consiste en remitirse a las emociones y acciones que originalmente suscitan dicho relato, para corporeizar una vivencia. Gracias a la música, logra infundir un cierto carácter anímico aún a los elementos de la naturaleza. Así por ejemplo, en la canción *Marina* el trazo ascendente y descendente de la melodía con el acento con el que se inicia el canto, evoca a las olas del mar con un dinamismo casi corporal. En *La lluvia*, las gotas que rebotan en el suelo se expresan con una onomatopeya y una melodía con saltos ascendentes en *staccato* que le imprimen vivacidad.

En el centro de su tesis, sobre el valor gestual de la obra de Gabilondo, Leñero revisa la letra de la canción del chinito, *Chong Ki Fu*, y dice:

La síntesis de varios gestos musicales y literarios manifiesta este nuevo tópico. Así, se verá en el primer ejemplo de la canción *Chong Ki Fu* cómo Gabilondo Soler inventa frases que en español asemejan la estructura y acento del idioma chino, afectando de este modo la enunciación —aspecto central de la retórica— y representando así la condición de “extranjero” de quien habla.

Leñero, se interna en las partituras de ciertas canciones, y resalta sus características y procesos. Sobre los valores onomatopéyicos y gestuales del chinito *Chong Ki Fu*, dice: “Como se ha observado hasta ahora, el tópico como síntesis gestual es ampliamente utilizado por Cri-Cri para construir escenarios culturales con los personajes que los pueblan”. Luego, se ocupa de la letra de la canción *Marina*, para ejemplificar que:

Gabilondo Soler utiliza elocuentemente el gesto onomatopéyico y el gesto retórico en la canción *Marina*. La pronunciación exagerada de la letra “r”, simula el ruido que provoca el rompimiento de una ola. El gesto retórico mimetiza tanto el movimiento de la ola —que inicia, llega a un clímax y se desvanece— como la forma curva que este movimiento describe —se alza, rompe y decrece—. En esta metáfora se vincula el movimiento de la ola con el de la melodía que asciende y desciende.

Esta tesis, casi al llegar a la conclusión, menciona:

La riqueza y especificidad de la obra de Gabilondo Soler aflora si se estudia a partir del reconocimiento de la importante relación que existe entre su música y el discurso del cuerpo. La metáfora implícita entre el movimiento corporal y el gesto musical sirve para dar vida, en sus piezas, a los personajes, vivencias e imágenes que en ellas se presentan.

La autora cierra su trabajo diciendo:

El modelo gestual brinda sin duda importantes herramientas para comprender la poética de Gabilondo Soler como construcción de un espacio creativo que vincula las dimensiones literaria, corporal y musical con la cultura, y en el cual intención y forma se hallan consistentemente unidas. Diestro en el arte de conjuntar la imaginación, el lenguaje y el movimiento, no sorprende que al final de su álbum, *Cuentos y canciones*, el propio Cri-Cri se despidiera como si lo hiciera desde un escenario teatral:

*En las comedias antiguas,
al final de la función,
solían recitar un verso
cuando ya caía el telón.*

*El verso daba y pedía,
con exquisitos primores:
las gracias al auditorio
y aplausos a los actores.*

*Como yo no soy poeta
ni tampoco un elocuente
para no meterme en líos
doy las gracias simplemente.*

La última que menciono es una tesina que presentó Yeni Vázquez García, en 2011 para obtener el título de licenciado en Archivonomía por la Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía, y que se titula *Reorganización del Archivo histórico de Francisco Gabilondo Soler, “Cri-Cri, El Grillito Cantor”*, que sugiere y busca poner orden en los muchos documentos que Gabilondo Soler dejó en su casa de Tocuila.



Rosario Patiño y Francisco Gabilondo Soler

LAS MARIPOSAS EN LA BARRIGA

CUANDO LE dijo adiós a los medios, Pancho Gabilondo se dedicó a sus placeres. En ese tiempo, ya poseía la casa de Tocuila, y allá se quedó a observar el cielo. Al fin, sin la presión del tiempo, podría mirar por noches y madrugadas la bóveda celeste con esos telescopios que compró con sus ganancias en la radio y en la industria del disco. No ahorró dinero. Prefirió usarlo.

Allá, entre milpas y arroyos, alejado del mundanal ruido, solía tocar el piano de tanto en tanto. Leía y releía los libros que amaba, buscaba en enciclopedias ciudades que ya no podía ir a conocer, conversaba en silencio con su pasado y miraba su futuro con aceptación.

A veces lo visitaban sus nietos, y en otras, salía de su fortaleza. Debía hacerlo: instituciones educativas y culturales de su estado y de otros lares querían verlo, platicar con él, hacerle homenajes en vida; sembrar placas y bustos por distintos rumbos del país.

Cuando su organismo todavía lo ayudaba, solía visitar a Rosario Patiño, su exesposa. Con el paso de los años, ambos superaron los raspones de la vida matrimonial. En su apartamento de la Condesa, ella le invitaba su bebida preferida, el whisky, y conversaban sabroso por largas horas; recordaban los años idos, rescataban recuerdos de la infancia de los hijos; sonreían ante las bromas de los nietos y los bisnietos. Por la tarde, después de comer, Pancho Gabilondo retornaba a Tocuila. Un día ya no estuvo más. Su piano quedó en silencio. El Grillo escapó a buscar un nuevo rincón.

Para cerrar esta obra, reservé la última parte de la entrevista que sostuve con él. Mi libro permaneció guardado por años, pero nunca lo olvidé. Tres décadas después, lo volví a abrir con la misma emoción de mi primer encuentro personal con Francisco

Gabilondo Soler, ese ser humano que admiré y quise conocer desde niña, mientras lo escuchaba por la radio, al lado de mi madre y mi ejército de hermanos.

Cuando lo tuve frente a mí lo admiré otro tanto. No de manera ciega como fanática, sino con serenidad y orgullo, porque al conversar con él descubrí muchos de sus valores como persona y, sobre todo, como músico, letrista y cuentista. La virtud más relevante que hallé en él como ser humano fue que quiso seguir aprendiendo hasta el último día de su vida. Y que, incluso siendo un anciano, también era un niño. Gracias.



—¿Cuándo nace en usted la pasión por la astronomía?

—Nace con Pancho Gabilondo; era yo muy chamaco y me acuerdo que andaba con unos gemelos de teatro que eran de mi papá. Según yo, estaba viendo la luna y las estrellas; además, sin saber realmente qué era lo que veía. Estaba yo muy niño, la prueba es que no me acuerdo cuándo exactamente fue y cuántos años tenía yo. Luego, como a los once de edad, un compañerito me regaló un libro; creo que el autor se llamaba: Flammarion¹⁵. Estaba en español, y era así de chiquito; tenía en la portada el planeta Tierra y sobre él un hombre desnudo, sentado, mirando hacia arriba, viendo el firmamento... ¡Uy, pues que me vuelo con esa imagen y con el libro!, y de ahí voy a recabar datos, a hacerme aparatos dizque muy buenos.

—¿En verdad usted mismo los hacía?

—Pues sí, ¡no te digo que no eran tiempos de comprar! Más tarde, ya en 1930, ganaba yo dinero —no mucho— pero me

¹⁵Nicolas Camille Flammarion. Astrónomo. Nació el 26 febrero de 1842 en Montigny-le Roi, Francia, y murió el 3 de junio de 1925 en Juvisy-sur-Orge.

mantenía y también pude adquirir mis primeras herramientas para observar el cielo.

Fue hasta 1950 que Gabilondo Soler construyó su propio observatorio de divulgación científica en Tultepec, estado de México. Entusiasmado como estaba con ese tesoro, invitaba con frecuencia a sus colegas, para que lo conocieran. Entre esos visitantes aficionados a la astronomía estuvo Eric Roel Schreurs, quien también era miembro de la Sociedad Astronómica de México (SAM).

Cinco décadas después, cuando Roel también había dejado atrás la juventud, recordó un hecho que ocurrió precisamente en el observatorio de Tultepec. La anécdota, escrita por él, está en su página de Internet que da a conocer avances de la observación astronómica:

Hace muchos años, Francisco Gabilondo Soler (el famoso Cri-Cri) nos invitaba a observar el cielo en su recién montado observatorio, ubicado en un oscuro poblado llamado Tultepec en el estado de México, lugar en el cual Gabilondo compró un terreno a una señora a la cual llamaban doña Coleta.

Ella siguió viviendo en una casita que tenía dentro del mismo predio. En uno de esos días, mientras los miembros de la Sociedad Astronómica de México (SAM) estábamos observando el cielo a través del telescopio, ocurrió algo muy simpático. Justo en el momento en que uno de quienes estábamos mirando por el telescopio dijo gritando: “Miren, ya salió El Cuervo”, apareció doña Coleta en la puerta de la casa.

La señora se enojó con Gabilondo Soler, y le dijo que no permitiría que sus malcriados amigos entraran a sus dominios para insultarla. Después de varias explicaciones por parte de Gabilondo y luego de que a través del telescopio le mostró que ese amigo se refería a la constelación llamada El Cuervo que se asomaba en aquel momento en el firmamento, finalmente doña Coleta nos perdonó. Esa anécdota me dejó un maravilloso recuerdo de mi amistad con

Gabilondo y con otros amigos miembros de la SAM, que ya pasaron a mejor vida.



Aquel observatorio de Tultepec fue de gran utilidad para Gabilondo Soler y para la SAM, pero don Pancho lo desmanteló hacia principios de los años sesenta, época en que la luz eléctrica invadió la zona, lo cual impedía la visibilidad estelar. Finalmente, en 1973, cuando ya su vista y su salud se habían quebrantado, Gabilondo donó a la SAM el observatorio.

Pero durante los años en que pudo tenerlo y mantenerlo, Gabilondo Soler lo disfrutó a plenitud, todo el tiempo que podía. Lo equipó con lo necesario para realizar lo que fue su especialidad: el estudio de los astros. Muchas de las observaciones y de los hallazgos que logró fueron consignados en anuarios de la SAM, institución de la que fue miembro honorario hasta el fin de sus días.

—¿Y siempre está observando el cielo?

—No siempre, a menos que haya una cosa muy interesante allá arriba, y entonces sí me paso las noches en vela.

Todavía en 1980, cuando lo visité en la Quinta Calyecac, por los rumbos de Lechería, Gabilondo conservaba en su casa un telescopio de regulares dimensiones, reglas y tablas de cálculo matemático, así como mapas de la bóveda celeste. En aquel pueblo y en los años sesenta era posible apreciar el cielo en su ancha y profunda negrura. Cambiaría luego radicalmente.

—¿Y cómo se entera de que va a ocurrir algo interesante allá arriba?

—Hay varias maneras; tenemos efemérides y pronósticos calculados. Y ahora hay información del Observatorio de Harvard; yo recibo esa información, tengo una suscripción permanente.

Si hay un cometa, luego luego le avisan a uno por tarjeta aérea. La verdad es que es una información oportuna y nos ayuda mucho. También nos avisan cuando hay una estrella nueva. Es un servicio para todos los observatorios y observadores del mundo. Se inscribe uno y a partir de ahí le avisan a uno de todo lo que está por suceder en el cielo. Y existen también las efemérides del Observatorio Naval; éstas se compran cada año, traen las posiciones de los principales astros, día por día. Así que no tiene gran mérito encontrar cosas en el cielo. Ya sabiendo manejar esa información es relativamente fácil.

La modestia lo acompañaría hasta el final de su existencia. Al darle vuelta a la página del pasado, Gabilondo Soler enfocó los ojos hacia el cielo. Ahí puso su tiempo, ánimo y energía restantes. Seguramente hoy el Observatorio de Harvard ha dejado atrás las tarjetas aéreas como vehículo para informar a sus suscriptores acerca de los hechos que han de acontecer en el espacio sideral. El correo electrónico habrá relegado esas tarjetas a un mero memorial de que el tiempo no se detiene.

—Frente a la televisión y los juguetes que incitan a la violencia, ¿cómo queda Cri-Cri?

—¡Imperturbable! ¡Igualito! Cri-Cri no puede dejar de ser lo que ha sido siempre. Ha habido gente que actuando de buena fe me sugiere que, conociendo yo de astronomía, haga canciones que hablen del espacio sideral y cosas de esas. Pero, ¿cómo voy a hacerlo? Para mis piezas me gustan las cosas caseras, no las del espacio; bueno, algunas cositas como *El barquito en el mar del sur*, no tienen mucho que ver con los temas habituales de mis composiciones, eso es cierto... Pero, fíjate que todo, todo lo que he hecho, es casero: es el paisaje pero visto desde la casa, esa es la característica de Cri-Cri. ¿Qué andaría haciendo el Grillito con los marcianos y otras ridículas de ese tipo? Además, de esa manera se pierde el amor a la idea original, es como pensar en don Quijote en motocicleta, ¿verdad?, ¡qué absurdo!, hay cosas que no se llevan.

—Es decir, no le gusta la idea de que Cri-Cri se modernice, quiere que siga hablando de su muñeca fea, de su río...

—¡Pues sí!: de su hogar. Por mucha electrónica y mucha cosa de esa, tu hogar sigue siendo tu hogar... y el grillito, a los rincones, ¡nada de grandezas! Es un animalito hecho para los rincones... además, ¡así está bien!, ese es su papel, no hay que claudicar. ¿Cuántas veces me han querido meter al chachachá y al rocanrol? Pero no me he dejado.

Gabilondo, al igual que su grillito, se acurrucaba por los rincones favoritos de su hogar. Allá por la sala, junto al piano, o cerca de la biblioteca que contenía más de tres mil títulos. O ahí en el comedor, porque desde la puerta abierta podía observar las flores del jardín, los perros, las gallinas, los pájaros y la fuente con chorrito. Su vida era sencilla, no simple.

—Hoy escuchamos a los niños hablar de personajes diferentes a los que usted cantó, ¿siente que Cri-Cri ya no es vigente?

—Así es, y no se pueden cambiar las cosas. También Mozart quedó atrás, ¿verdad? Claro, mi música no es comparable con la de él, que es elevadísima, pero hay muchas obras culturales que van quedando atrás, y ¡ni modo! Johann Baptist Strauss y sus valses también quedaron atrás, ¿sí o no? Sin embargo, todavía hay quien lee a Julio Verne.

Melómano y lector que fue, Gabilondo desempolvaba a Verne y a Strauss de tanto en tanto, y a otros autores que conoció en su infancia y a lo largo de la vida. Admiraba también la obra poética de muchos, principalmente la de Federico García Lorca y Ramón López Velarde, y hasta me mostró los ejemplares de esos autores; eran libros con huellas de haber sido bastante visitados.

—¿Entonces sus canciones las pensó únicamente para la radio?

—Así es. Las letras que canta Cri-Cri no son para ser plasmadas ni en el cine ni en la televisión. Es como si quisiera llevar a la radio un poema de Ramón López Velarde, por ejemplo; ¿quién va a plasmar la *Suave Patria*, o algo de Amado Nervo o de Federico

García Lorca? Eso se ve, pero sin verlo; así es Cri-Cri... A mí, ¿cómo me han hecho la lucha para que haga películas! Pero yo he dicho que no, porque eso sería matar a Cri-Cri.

Don Pancho Gabilondo, como su Grillo, no tenía aires de grandeza. Si en su mejor época en la radio no perdió el piso y rehuía los reflectores y las entrevistas, en sus dos últimas décadas de vida rechazó varias propuestas que ofrecían hacerlo rico y más famoso. Ninguno de esos dos objetivos fue jamás de su interés. Si así hubiese sido, habría aceptado hacer televisión porque, pese a no gustarle, ese medio le habría dado mayor proyección y fama que la radio.

—Y la televisión, ¿le ha restado escuchas a Cri-Cri?

—Pues no, si así fuera ya no se venderían mis discos. Supongo que todavía escuchan los niños mis canciones, si no ¿para qué compran mis discos? Un amigo me dijo un día, muy entusiasmado: “tengo todos tus discos y los cuido como no sabes”. Y yo le dije: “No la amueles, mano, entonces de qué voy a comer, ráyalos y vuelve a comprarlos”... Mientras se vendan, es señal de que alguien gusta de mi música, no van a comprarlos para tirarlos al potrero... bueno, eso supongo.



—Y, ¿si sus discos ya no se vendieran?

—Bueno, pues pongo una tortería... ya hasta tengo el nombre, se va a llamar: Los Compositores. Inspiradas Tortas Compuestas... como ves, de hambre no me muero, hija. Claro que no tengo un capital ahorrado, pero conservo esta casita, un coche y otro que le di a un hijo mío.

—¿Pero le daría tristeza que los niños ya no se interesaran por Cri-Cri?

—Bueno, pues mientras me interese a mí... Pero no... es difícil, hija. Fíjate: Ramón López Velarde murió en 1921, y ahí sigue su

obra, e interesa. Y a mí me parece un poeta muy sabroso. Muchos de los intelectuales decían arrogadamente: “López Velarde ¡huele a provincia a leguas!” Eso le achacaban a su obra... que es muy pueblerino... Bueno, pues tiene su encanto ser pueblerino. Por lo menos yo soy original, no le he copiado a nadie, como han hecho otros.

—¿Qué le ha dado su personaje, Cri-Cri, a la gente?

—Pues... usted dígame.. A mi me ha dado... de comer y también el gusto de hacer eso que me emocionaba. Porque trabajar en lo que a uno le gusta pues es una bendición... incluso ganando muy poco. Los verdaderos maestros de vocación, aunque ganen mal, me imagino que gozan su labor... y supongo que el pintor, aunque venda con mucha dificultad sus cuadros, es feliz porque lleva a cabo lo que le place. El que vive de lo que es su elección, aunque sea de forma muy modesta, pues lo disfruta mucho.

Hacía ya muchos años que Gabilondo Soler había decidido alejarse del ensordecedor ruido y de las luces de la ciudad capital, y también de todos los juicios adversos o laudatorios hacia la obra musical y narrativa que legó a los niños de México.

Como el grillo que es tímido y sólo por su canto sabemos que está ahí, en algún sitio del campo, Gabilondo también se protegió de las miradas extrañas. Contento con su tarea musical y con la vida bien vivida, supo dejar atrás el éxito y la popularidad, aunque de vez en cuando se asomaba a sus composiciones para corregirlas o volver a escribirlas.

A partir de 1964 volvió a intentar una vida en pareja al lado de Gloria Gallegos, quien lo acompañó hasta los últimos días de su vida y con quien tuvo dos hijos más, Tiburcio y Flor.



—Y si lo invitaran a formar parte de una organización que luche por los derechos de los niños, ¿qué propondría?

—Primero pediría que me corrieran, que me corrieran inmediatamente, porque no me iba a gustar estar ahí en esa organización.

—¿No cree que vale la pena luchar por los derechos de los niños?

—Claro que vale la pena. Si yo pudiera pedir algo para ellos, pues insistiría en que durante un buen tiempo no fuesen al colegio y pudiesen entrar a todas las paleterías, las pastelerías y las jugueterías a agarrar de todo. Porque hay que comer y disfrutar la vida, ¿no cree? Cómo es eso de que mandan a la escuela tan temprano a los niños, y pasan un montón de horas en el salón de clases, muchas veces aburriéndose, porque hay chicos que van a aburrirse de lo lindo. Yo no sé por qué no han puesto una escuela para niños inteligentes. Yo nada más fui hasta sexto de primaria y no quise continuar estudiando porque me fastidiaba el colegio; pero recuerdo algunos amiguitos que eran muy listos, aprendían las cosas así de rápido y de inmediato se aburrían, porque ya no tenían qué hacer el resto del tiempo en la clase. Por eso digo que deben hacer escuelas para muchachos sobresalientes, así como hay para niños de lento aprendizaje. A nadie se le ha ocurrido pensar en los chamacos brillantes.

—¿Entonces, propone que no vayan a la escuela?

—Sí, propongo que durante un largo período permitan que todos los niños dejen de ir a la escuela. Yo sugiero que todos los niños dejen de ir a clases, que coman muchos helados, pero que no se los cobren. Le aseguro que a los tres meses ya querrán ir a la escuela, ya no se interesarían por los pasteles ni por los helados, pues se habrían dado una hartada...

El sentido del humor no lo abandonó. Sabía reírse de sus achaques, de sus errores, y hacer bromas de todo. Vivía su presente. Todo lo demás parecía formar parte de un antiguo libro de historias que de tanto en tanto tomaba del librero y hojeaba. Así lo

percibí cuando, sentado frente a la mesa de la cocina, encendiendo y apagando el puro, se interesaba más en el mundo fantástico de los insectos y las estrellas que en su propia trayectoria.



Y formulo la pregunta que despejará la duda de muchos que han hecho correr el rumor de que a don Pancho Gabilondo Soler no le caían bien los niños ni deseaba tenerlos cerca:

—¿A usted le gustan los niños? Hay quien dice que no le agradan...

—Claro que no. Conozco a muchas personas que pasan junto a un niño y le dan un zape, pues no pueden verlo, lo aborrecen... Yo no. No soy una maravilla con ellos, pero... no me molestan; quizás me molesta más un adulto que un niño. Mi trato con los chiquillos es bueno, agradable. Me gustan los niños que se viven como tal, no los que quieren aparentar ser grandes. ¡Ah!, pero eso sí: ¡no me meto a la jaula de las fieras, ni de broma!

—¿Continuamente recuerda su infancia?

—Sí, es lo que más recuerdo de mi vida; tengo más presentes los primeros años que muchos intermedios, aunque... ¡quién sabe, porque también me acuerdo de otras cosas que hice siendo adulto! Pero después de la década del sesenta mi vida ha sido tan apacible que me provoca recordar mi infancia. También lo que me gusta es rememorar el contenido de los libros que he leído. No soy como Ramón Menéndez Pidal, que tenía una biblioteca con 100 mil volúmenes, y cuando se enfrascaba en una discusión con algún amigo, le decía: “Espéreme usted”, e iba por un libro en específico, y sabía que en la página tal estaba lo que argumentaba. Imagínate: ¡cien mil libros! En la XEW tuvimos a Humberto Tamayo, un muy buen anunciador. Era yucateco y heredó de su suegro una biblioteca de historia. ¿Pues no se la leyó completita?

¡Y se la aprendió todita...! Y me contaba que lo hizo para entretenerse... Bueno, yo estoy muy lejos de esos dos grandes lectores, pero algo he leído.

Lástima que no pude hojear los volúmenes de su biblioteca durante alguno de aquellos viajes a la Quinta Calyecac. Esos libros debieron serle útiles durante su trabajo como Cri-Cri, y como navegante y astrónomo que también fue.

—¿Qué libros son los que más lee ahora?

—Pues los de astronomía y de distintas materias. Continuamente estoy leyendo o repasando algo. Aquí con quien más convivo es con mis libros.

—Supongo que para usted fue muy satisfactorio ser Cri-Cri, esa especie de padre, abuelo y bisabuelo de millones de mexicanos.

—Pues sí: conozco a muchos hombres maduros que hoy todavía se acuerdan de aquellos programas de la radio, sobre todo los que se transmitieron durante muchos años los domingos. Hasta el expresidente José López Portillo un día me salió cantando unas canciones que yo hice en la época en que era el Guasón del Teclado. Tenía memoria de elefante ese señor; de repente, me empezó a decir: “Y le apuesto a que yo sé mejor que usted el origen de *La patita*”. Y resulta que me dijo: “En el año de 1931 o 1932, en la estación que estaba frente a la Alameda Central, hizo usted unas calaveras para la temporada de muertos, y una de ellas decía: ‘Calavera... amarilla... amarilla como un cirio de la Villa’”, y López Portillo la cantó con la música de *La patita*. Pues sí, era cierto; esa fue la musiquita de aquella calavera. Luego pasó a ser la de *La patita*. Imagínese, si él era de mis niños radioescuchas, cómo no he de tener por ahí más “hijos de Cri-Cri” que ahora son abuelos o bisabuelos.

Irreverente, burlón y sarcástico; observador, amante de la música, don Pancho Gabilondo vivió sus últimos años alegrándose y emocionándose con las cosas sencillas que ocurrían a su alrededor, como aquella interminable labor de las hormigas, haciendo de la

azucarera un botín. Era mi última visita a la casa de Gabilondo Soler en Tocuila. Antes de apagar mi grabadora y regresar a la Ciudad de México, le pregunté:

—Si hiciera un recuento de su vida, ¿qué me diría?

—Que no la cambiaría por nada... varias veces he pensado: bueno, es cierto que es una exageración que inventé a Cri-Cri para poder estudiar astronomía, es realmente una exageración, pero la creación de ese personaje me dio buenas oportunidades de estudio, ya que el tipo de trabajo que hice en la radio fue muy tranquilo... En otros momentos, reflexiono y me digo: si yo hubiese tenido la posibilidad de elegir entre ser astrónomo de Harvard, matemático o navegante... o simplemente Cri-Cri... pues me quedo con Cri-Cri. Luego pienso: bueno, si en 1930 me hubiera ido a Europa, y hubiese realizado otros planes que ya tenía en mente, pues... ¡qué bueno que no lo hice!... porque entonces no hubiese podido existir Cri-Cri... de modo que ya es hasta obligación moral tener que aceptar a Cri-Cri como parte de mi vida.

Ser “simplemente Cri-Cri”, no tuvo nada de simple. Fue una tarea monumental que México tardará en apreciar y valorar en toda su dimensión y todas sus facetas. No cabe duda de que llegué a conversar con don Francisco Gabilondo Soler en la época precisa. Ésa en la que dedicaba buena parte de sus días a reflexionar sobre su pasado personal y profesional. Es esa etapa en la cual los años, o la vejez, se han instalado en los huesos, los ojos, las coyunturas y las arterias de la persona, y no le permiten moverse o caminar ágil como antes, pero sí rememorar, como una necesidad primaria de combatir la enfermedad del olvido.



—¿Usted se considera un hombre afortunado?

—Sí, ¡afortunadísimo! Si ahorita quiero un castillo, de inmediato lo tengo, como lo deseo y a mi gusto. Para tenerlo a mi alcance, busco la enciclopedia, empiezo a ver los distintos castillos y elijo el que más me conviene... O bien, si deseo un barco, pues luego luego localizo uno precioso, también en la enciclopedia; luego saco mis mapas marinos y navego por donde yo quiero, y ¡lo gozo, lo estoy sintiendo!

Y, en ese instante, yo intento ir con él en ese viaje fantástico, y envidio a la vez no poder subir tan rápido como él a ese barco precioso ni al lomo de la montaña desde donde todo se puede inventar y el paisaje luce maravilloso.

—Es que usted de alguna manera sigue siendo un niño...

—No, solamente soy un ser imaginativo, muy imaginativo. Una de las características del niño es tener mucha imaginación, pero eso, pues... ¡se lo atrofia la sociedad! por la misma rutina de la vida. Pero el niño, por él mismo continuamente está soñando. Eso de “no hagas castillos en el aire o en las nubes, porque no es práctico”, pues para mí sí lo ha sido, pues me ha dado lo que tengo y lo que soy.

A la vuelta del tiempo, aquella rebeldía del Pancho adolescente que no le hallaba sentido a su vida; esa aparente pérdida de tiempo en “chamacadas” como la natación, el box y el toreo, sí encontraron su objetivo. Fueron el preámbulo del encuentro con sus verdaderas vocaciones: la música y la astronomía.

Me despedí de este hombre, dejándolo en el marco de la puerta del comedor. Ya no quise hacerlo caminar hasta la reja de la entrada principal. Varios años después de nuestra entrevista, supe que la memoria no le ayudaba a traer archivos con recuerdos. Al final de sus días acaso olvidó que había inventado un célebre personaje al que bautizó como Cri-Cri, el Grillito Cantor.

Antes de salir del comedor, le compartí esta última reflexión:

—¿Será que los adultos nos hemos olvidado de nuestra niñez y de soñar?

—Tengo por ahí un librito que se llama *Pequeño jardín de versos*, de Robert Louis Stevenson (Edimburgo, 1850-Samoa, 1894). Es una obra deliciosa; tiene un prólogo escrito por una persona, tal vez una profesora, en el cual dice que “hay individuos que tienen el don de poseer la llave que cierra la etapa de la infancia y que, cuando son adultos, pueden tomar esa llave, abrir la puerta y regresar a esa etapa”. Es muy bonita esa frase. Y para mí es cien por ciento verdadera, porque yo puedo entrar en mi infancia al momento en que quiero. En cambio, hay gente que no puede retornar a ella; sí se acuerda, pero no con las mismas sensaciones. Yo nada más escucho una corriente de agua y siento mariposas en la barriga; así, mira, así...



Francisco Gabilondo Soler tenía 83 años de edad cuando dejó de existir físicamente. Pero regresó a su Quinta Calyecac transformado en ceniza, polvo de estrellas. Desde el piano sobre el cual descansa, ve cómo amanece y anochece en Tocuila.

FIN

El Chorrillo 1

Allí en la fuente
 había un chorrito
 se hacía grandote
 se hacía chiquito
 estaba de mal humor
 pero chorrito tenía calor

Ahí va la hormiga
 con su pañoques
 y recogiendo las anegadas
 porque el chorrito le salpicó
 y sus chapitos le despiertó

Allí en la fuente
 las hormiguitas
 están buscando sus maguitas
 porque el domingo se van al campo
 todos vestidos de rosa y blanco

Pero al chorrito no le gusta
 que lo van a molestar
 dio media vuelta y se escondió
 entre las piedras de aquel lugar

Partitura y letra original de El chorrillo (primera versión), emblemática canción de Francisco, por ser la primera canción que se escuchó en la radio. Una mazorca compuesta en 1934 y grabada en 1952 por el autor.



Francisco y Rosario una mancuerna única

CIFRAS interesantes de la obra de
Francisco Gabilondo Soler

MÁS de 300 personajes.

120 canciones grabadas.

260 canciones y composiciones,
recuperadas hasta el día de hoy.

CASI 4,000 páginas de cuentos y otros textos.

MÁS de 10 millones de discos vendidos.

85 carretes de grabación en vivo.

De Lunas Garapiñadas

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2017.

Se editó con gran empeño por un equipo de trabajo que ama y quiere difundir la obra de Francisco Gabilondo Soler, y reconoce la obra fundamental que Elvira García expone en esta publicación. Su composición se realizó con tipografías Adobe Garamond y Trajan, modificadas expresamente para su mejor lectura y comprensión.

Se imprimieron 2,000 ejemplares para su difusión.

CRÉDITOS EDITORIALES
FUNDACIÓN FRANCISCO GABILONDO SOLER, CRI-CRI

APOYO A LA INVESTIGACIÓN
Óscar Gabilondo Vizcaino

CORRECCIÓN DE ESTILO Y REVISIÓN
Nayeli Zaragoza Ibarra, Margarita Hernández

RECUPERACIÓN ICONOGRÁFICA Y DOCUMENTAL
Óscar Gabilondo Vizcaino

COORDINACIÓN EDITORIAL, DISEÑO Y CUIDADO DE LA EDICIÓN
Pedro María León Olea

CON ESTA OBRA, ELVIRA GARCÍA tiende el puente que nos permite conocer a fondo a Francisco Gabilondo Soler a través de sus grandes pasiones, como la natación, el box, el toreo, la navegación, la música y, de forma muy especial, la astronomía. Estas páginas revelan al niño que siempre vivió en el creador del Grillito Cantor; muestran que dentro de su vasto conocimiento, la imaginación siempre estaba a flor de piel, y sus relatos nos presentan a la persona que permaneció detrás de un grillito que cantaba y contaba cuentos inesperados, con un pensamiento ágil, sin fronteras, que dejó un importante legado de identidades y valores para muchas generaciones, no sólo de México sino del mundo hispanohablante. Un hombre sencillo que trascendió aun sin tener el interés de ser recordado.

